

**FUNCION MATERNA Y DESEO DE SABER EN EL HIJO VARON.
UN ESTUDIO PSICOANALÍTICO A PARTIR DEL CASO DE LEONARDO DA
VINCI.**

Trabajo de grado para optar al título:

Magíster en Investigación Psicoanalítica

Ximena Yadira Perdomo Quiñonez

IV Cohorte

Asesora

ÁNGELA MARÍA JARAMILLO BURGOS

Magíster en Ciencias Sociales Énfasis en Psicoanálisis

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE PSICOANÁLISIS
MEDELLÍN**

2017

Tabla de contenido

Introducción.....	6
Metodología	11
Capítulo 1. Estudios sobre la madre y el deseo de saber.....	20
1.1. Estudios sobre el deseo de saber.....	21
1.2. La función paterna y la constitución del sujeto de deseo.....	24
1.3. La madre y su relación con el saber.....	29
Capítulo 2. Del conocimiento y el saber, ¿de qué saber se trata?.....	37
2.1. Divergencias entre conocimiento y saber: La teoría de la reminiscencia.....	37
2.2. Abordaje psicoanalítico sobre el conocimiento y el saber.....	47
2.3. Un saber inconsciente	53
Capítulo 3. La función materna en relación con la experiencia de castración en el hijo varón	59
3.1. De la 'pulsión de saber' y las teorías sexuales infantiles.....	60
3.2. La madre del amor en relación con el deseo de saber de su hijo varón.....	67
3.3. La madre en relación con el hijo varón: la angustia de castración	74
Capítulo 4. La función materna en la constitución del sujeto de deseo.....	84
4.1. La madre entre la necesidad y el deseo.....	85
4.2. La madre como Otro primordial y su función en el deseo de saber	91
4.3. Función de la madre desde su Deseo Materno.....	96
Capítulo 5. La función materna en el deseo de saber de Leonardo da Vinci	101

5.1.	Del 'recuerdo infantil' al Leonardo inventor	105
5.2.	Las madres de Leonardo y su función en la constitución del deseo	126
5.2.1.	La madre como don de amor.	129
5.2.2.	La madre simbólica.	131
5.2.3.	La madre insaciable.	134
5.3.	Un deseo de saber para no-saber: el horror a la castración materna.....	141
6.	Conclusiones	155
7.	Bibliografía	160

Lo que habla de un hombre es aquello que su nombre hace pensar, y las obras que hacen de ese nombre un signo de admiración, de odio o de indiferencia. Pensamos que él ha pensado, y podemos hallar entre sus obras ese pensamiento que proviene de nosotros: podemos rehacer ese pensamiento a imagen del nuestro. Nos representamos fácilmente a un hombre corriente: unos simples recuerdos suscitan los móviles y las reacciones elementales. Entre los actos indiferentes que constituyen el exterior de su existencia encontramos la misma sucesión que entre los nuestros; somos el vínculo a la par que él lo es, y el círculo de actividad que su ser sugiere no desborda el que a nosotros nos pertenece. Si hacemos que ese individuo destaque en algo, nos costará mucho más imaginar los trabajos y caminos de su inteligencia [...]. Veo que todo lo orienta: está siempre pensando en el universo, y en el rigor. Está hecho para no olvidar nada de aquello que entra en la confusión de lo que es: ningún arbusto. Desciende las profundidades de lo que pertenece a todo el mundo, se aleja de allí y se contempla. Alcanza las costumbres y estructuras naturales, las elabora desde todos los ángulos y se encuentra así mismo siendo el único que construye, enumera, conmueve. Deja en pie iglesias, fortalezas; diseña ornamentos llenos de suavidad y grandeza, mil ingenios, y las rigurosas figuraciones de tantas búsquedas. Abandona los desechos de no sabe qué grandes juegos. En esos pasatiempos que se entremezclan con su ciencia, la cual no puede distinguirse de una pasión, posee el encanto de parecer que siempre está pensando en algo más... [...].

A esta criatura de pensamiento le falta un nombre para contener la expansión de términos que de ordinario están bastante alejados y que se escaparían. Ninguno me parece más conveniente que el de Leonardo da Vinci.

Introducción

Investigar sobre las incidencias posibles de la función materna en el deseo de saber de su hijo varón, implica esclarecer las lógicas que se ponen en juego para que se desee saber, previa constitución como sujeto de deseo.

La investigación se estructura mediante cinco capítulos: el primero de ellos designado como *Estudios sobre la madre y el deseo de saber*, responde al estado del arte, a partir del cual se formaliza con más claridad la pregunta de investigación. El segundo capítulo, titulado *El conocimiento y el saber, ¿de qué saber se trata?*, precisa los términos aquí señalados, derivando en que el saber que interesa para la investigación psicoanalítica es el saber inconsciente. En el tercer capítulo titulado *La función materna en relación con la experiencia de la castración en el hijo varón*, se apuntala en las elaboraciones freudianas dando cuenta de que la castración materna surte impresiones psíquicas en el niño que conllevan implícito el horror y cómo la posterior amenaza de castración conferida al padre, suscita una angustia en el niño. Se establece la hipótesis de que horror y angustia pueden bien guardar un nexo especial con el deseo de saber. El cuarto capítulo designado como *La función materna en la constitución del sujeto de deseo*, identifica la función de la madre en la constitución del sujeto en falta y como tal, sujeto deseante. Finalmente, el último capítulo dedicado a *La función materna y el deseo de saber en Leonardo da Vinci*, se sirve de algunos recuerdos, vivencias y obras de arte del genio más célebre del renacimiento para ilustrar que algunos sujetos como él, ante el horror y la angustia, pueden responder con un deseo de saber. La madre, al ser el objeto perdido, el objeto prohibido del deseo incestuoso, es buscada por el niño sin poderle alcanzar, pero sí puede ser bordeada mediante un deseo de saber que, como en el caso del Leonardo representa un deseo de desear siempre saber.

Y el constante desear saber en este genio universal, lo condujo a plasmar con rigurosa pasión las finísimas observaciones de casi todos los fenómenos de la naturaleza que llamaban su atención y de los cuales se sirvió para crear una considerable suma de inventos o forjar sus reconocidas creaciones pictóricas, incluyendo los miles de dibujos implícitos en sus cuadernos de notas. Según Arango, G (2010): “Leonardo cuando piensa prefiere dibujar en lugar de escribir; este fue su medio común de expresión, de comunicación con el mundo y consigo mismo” (p.109); así que, cada una de sus obras de arte, ofrece una lectura que versa sobre su contexto cultural, su vida y su pensamiento. Más aún si se tiene en cuenta que “la obra de arte pictórica es una visión poética del mundo, no en palabras, sino en imágenes” (Arango, 2010. p. 462), ya que “la imagen nos remite a recuerdos y pensamientos, sentimientos e ideas y por eso es universal, porque todos podemos comprenderla” (p. 463).

Y es gracias a esa universalidad implícita en la obra de arte, que es posible revelar el entramado de pensamientos, sentimientos y recuerdos plasmados en ellos a través de los tonos, las imágenes, las posturas, los semblantes de los rostros articulados en cada pincelada por Leonardo. Para tal fin se retoman específicamente: *La Virgen de las rocas* (1495-1499) expuesta en la Galería Nacional de Londres; *La Virgen con el niño, Madonna Litta* (1490-1491) actualmente exhibida en el museo del Hermitage, San Petersburgo; *Santa Ana, la Virgen y el niño* (1508) junto con *La Virgen de las rocas* (1483-1485) expuestas ambas en el Museo del Louvre en París. Entre ellas, la Virgen de las rocas, fue examinada particularmente por Freud en su obra *Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci* (2001/1910), cuyos análisis han resultado trascendentales para la orientación de esta investigación, especialmente para estructurar el último capítulo.

Es preciso aclarar que, del cuadro conocido como *La Virgen de las rocas*, se conservan dos versiones que reposan una en Londres y la otra en París. Para esta investigación, se ha querido mostrar ambas versiones, las cuales se encuentran: la primera, antes de la introducción y la segunda, se exhibe en el tercer apartado del quinto capítulo; debido a que ambas ilustran una cueva que podría bien estar asociada a una vivencia escrita por el mismo Leonardo, de la cual nos serviremos para desarrollar una hipótesis en el último capítulo.

Ahora bien, el estudio sobre el recuerdo infantil de Leonardo mediante el texto anteriormente citado, tanto en Freud como en Lacan conduce a ubicar la función materna en un lugar digno de ser estudiado, dado que el deseo de saber parece guardar estrecha relación con el amor y el deseo a partir del contacto con el primer objeto de amor que el niño encuentra en la madre: el pecho.

Desde ‘La primera vivencia de satisfacción’, señalada por Freud (2010/1895) en *Un proyecto de psicología para neurólogos*, la madre aparece como aquel “auxilio ajeno” (p. 362) que primordialmente favorece la subsistencia del sujeto cuando este es apenas un organismo incapaz de procurarse por sí mismo la satisfacción de necesidades específicas como el hambre y la sed. Esto ubica a la madre en una función de protección en cuanto provee los medios necesarios para el sustento de la vida de su recién nacido. Si es un ser que procura a su hijo lo necesario para la subsistencia, podría pensarse que por esta misma vía se localiza como una madre en cuya relación con su hijo instaura uno de los afectos privilegiados en el ser humano, a saber, el amor. Al respecto, en *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud (2011/1905a) advierte:

Cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno. Lo perdió sólo más tarde, quizá justo en la

época en que el niño pudo formarse la representación global de la persona a quien pertenecía el órgano que le dispensaba satisfacción. [...] No sin buen fundamento el hecho de mamar el niño del pecho de su madre se vuelve paradigmático para todo vínculo de amor. El hallazgo de objeto es propiamente un reencuentro. (pp. 202-203)

Según la anterior cita, es a partir del contacto del niño con el seno materno que aquel se encuentra inicialmente con el amor y el deseo, acontecimiento que imprime en el niño una experiencia paradigmática que, entre otras cosas, abre nuevas posibilidades de relacionarse con el semejante. Se infiere, entonces, que una de las configuraciones de la madre se encuentra circunscrita en la vía del amor al ser ella quien posibilita la subsistencia de su hijo respondiendo oportunamente a su llamado. Es además en el cuerpo de la madre, que el niño encuentra el primer objeto con el cual establece una íntima relación que abre vías para el amor y el deseo, a saber, el pecho materno. Esta relación con el objeto materno resulta ejemplar para cualquier otro vínculo que el sujeto logre establecer con el semejante.

Ahora bien, a partir de Lacan se esclarece que una madre es además una mujer y como tal su paso por el Edipo le ha permitido su propia experiencia de castración y, en consecuencia, ha debido arreglárselas con su Deseo Materno. Este aspecto se había señalado con antelación en la obra freudiana, explícitamente en el texto *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (2011/1925), estableciendo que en el caso de la niña, al pasar por el complejo de Edipo, su libido “se desliza –sólo cabe decir: a lo largo de la ecuación simbólica prefigurada pene=hijo–, a una nueva posición. Resigna el deseo del pene para reemplazarlo por el deseo de un hijo” (p. 274). El desplazamiento del deseo del pene al deseo de tener un hijo da cuenta del lugar que ocupa para una mujer el falo en términos imaginarios.

Para la mujer que luego ha de ser madre, la castración consiste en la falta de un objeto imaginario, que se ha designado como 'falo'. Dice Lacan (2010/1956) en el *Seminario 4* dedicado a *La relación de objeto* que “el falo no es el aparato genital masculino en su conjunto [...] La imagen erecta del falo, esto es lo fundamental. Solo hay una. No hay más elección que una imagen viril o la castración” (p.52). Así, según como se haya circunscrito el paso de una mujer por el Edipo y posteriormente por el complejo de castración, dependerá cómo se asuma con relación a su Deseo Materno, complejizándose de este modo la relación madre-hijo, ya que es posible que este último sea ubicado en el lugar del falo que a ella le falta. De ser así, imposibilitaría que el hijo se constituyera como un sujeto en cuyo ser albergue un deseo propio y que, en consecuencia, desee saber sobre fenómenos diversos de la vida o de la naturaleza misma. Es por ello que cobra importancia la regulación de la Función Paterna, en la medida en que permite el anudamiento del deseo a la ley y en consecuencia, la constitución de un sujeto en falta.

Si bien es cierto que en la constitución del sujeto resulta decisiva la experiencia de castración, en cuya inscripción es fundamental la función del padre, es necesario admitir que la madre también posee una función indiscutible en la función paterna, por cuanto es ella quien valida o no la transmisión del Nombre-del-Padre a través de la palabra.

Por lo anterior, la pregunta que orienta la investigación se condensa de la siguiente manera: ¿cuáles son las incidencias de la función materna en la instauración de la castración, que a su vez se articula con el surgimiento del deseo y, con ello, del deseo de saber en el hijo varón?. Con el ánimo de responder con precisión a esta pregunta, se establecen los objetivos de investigación en el siguiente orden:

Establecer las divergencias entre conocimiento y saber, derivando en el saber inconsciente que interesa para el psicoanálisis.

Precisar la función materna en la experiencia de castración del hijo varón.

Determinar la función materna en la constitución del sujeto de deseo y, finalmente,

Describir las incidencias de la función materna en el deseo de saber de su hijo varón, privilegiando para ello, la figura del genio más sobresaliente del Renacimiento: Leonardo Da Vinci.

En esta vía, es posible anticipar que para el hijo varón la diferencia anatómica y la experiencia de castración tienen notables efectos en su psiquismo, determinándose así un punto de imposibilidad tanto en el pensamiento como en el saber mismo. Se trata de un *no todo* derivado de la experiencia de castración, en la cual los postulados psicoanalíticos han privilegiado al padre en cuanto que su función consiste en anudar el deseo y la ley para que su hijo quede provisto de unas condiciones mínimas que le permiten emerger como un sujeto deseante.

Ahora bien, los alcances de la investigación no están ligados a mayores pretensiones que servirse de los discursos ya establecidos por el pensamiento freudiano y lacaniano, puesto que ambos se interesaron por estudiar al genio de las artes y las ciencias modernas. Por lo tanto, el propósito reside en capturar aquello que podría ser considerado novedoso en el discurso del psicoanálisis frente a la pregunta de investigación.

Cabe señalar además que, hasta el momento, no se han encontrado amplios abordajes en la literatura psicoanalítica que versen específicamente sobre la función materna en relación con

el deseo de saber de su hijo varón. Por tanto, el presente trabajo de investigación pretende abrir una nueva vertiente que permita esclarecer las incidencias de la función materna en la constitución del deseo de saber de su hijo.

Metodología

El presente trabajo se orienta bajo los postulados de la investigación psicoanalítica, al interesarse por el estudio de los fenómenos psíquicos como el deseo y, en consecuencia, el deseo de saber. Así, no solo el Nombre-del-Padre, sino también la presencia de la madre es determinante en la constitución del sujeto deseante, no solo porque garantiza su subsistencia, sino porque además tiene la posibilidad o no de circunscribirlo como un sujeto que se forja por efecto del lenguaje. Los postulados psicoanalíticos permiten esclarecer el lugar que vendría a ocupar la madre con relación al deseo de saber de su hijo, dado que, desde los albores del psicoanálisis, se ha evidenciado la importancia del Otro materno en la constitución de la vida psíquica del sujeto. Esto supone la necesidad de indagar las lógicas de la subjetividad presentes en la relación con la madre y el deseo de saber de su hijo. Se privilegia los postulados psicoanalíticos porque ofrecen de manera generosa elementos que pueden servir para un exhaustivo análisis, a pesar de la existencia de otras perspectivas propias de las Ciencias Sociales que ofrecen asimismo otras lecturas.

En ese sentido, es preciso señalar que, teniendo en cuenta la pregunta que alienta el presente trabajo, se realiza una investigación de tipo documental, que, según palabras de Héctor Luis Ávila (2006), puede describirse como “una técnica que permite obtener documentos nuevos en los que es posible describir, explicar, analizar, comparar, criticar entre

otras actividades intelectuales un tema o asunto mediante el análisis de fuentes de información” (p. 50). Para ello, la posición del investigador que se fundamenta en el campo psicoanalítico está orientada por la proximidad con el método cartesiano, mediante el cual siempre prevalece la duda sobre la que reposa un querer saber acerca del fenómeno que cautiva su atención. En la cuarta parte del *Discurso del método*, el filósofo francés René Descartes (1998/1637) deja un indeleble legado de lo que representa buscar la verdad, asumiendo una postura que ha llamado la atención de estudiosos e investigadores y que no podría expresarse mejor que con sus propias palabras:

Deseando yo en esta ocasión ocuparme tan sólo de indagar la verdad, pensé que debía hacer lo contrario y rechazar como absolutamente falso todo aquello en que pudiera imaginar la menor duda, con el fin de ver si, después de hecho esto, no quedaría en mi creencia algo que fuera enteramente indudable. (p.35)

Buscando hallar un punto de certeza sobre algo, Descartes (1998/1637) se dispone a investigar afianzando sus cuestionamientos en el rechazo del error, para lo cual se fundamenta en cuatro de los preceptos propuestos por la lógica, a saber:

Evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención; descomponer en el número que fuese necesario los elementos a examinar; conducir los pensamientos empezando por los más simples, hasta alcanzar gradualmente unos más complejos, y, por último, cerciorarse de haber realizado todo con tal precisión que no haya escapado nada al proceso de análisis. (p. 26).

Siendo así, el método propuesto por este autor se funda en el análisis y la síntesis, que bien pueden orientar la investigación psicoanalítica. Sumado a esto, en el *Discurso del método* se encuentra otro elemento de vital importancia para la investigación psicoanalítica que es necesario resaltar:

[...] y puesto que hay hombres que yerran al razonar, aun acerca de los más simples asuntos de geometría, y cometen paralogismos, juzgué que yo estaba tan expuesto al error como otro cualquiera, y rechacé como falsas todas las razones que anteriormente había tenido por demostrativas. (Descartes, 1998/1637, p. 35)

Reconocer la posibilidad del error al razonar desde una perspectiva psicoanalítica implica asumirse como un sujeto escindido, en la medida en que no todo lo que consideraba saber es verdad, dando así lugar a la falta, la cual a su vez permite el acceso al deseo, fundamental en la construcción de un saber. Corresponde asumir la posición del investigador que, habiendo emprendido la investigación, lo hace bajo la premisa de que no todo puede ser develado en la misma.

Descartes llega a un punto crucial desde el cual deduce que, habiendo puesto a prueba todo cuanto consideraba conocer o creer, le resulta imposible poner en tela de juicio la existencia de quien duda, por cuanto forzosamente debe hallarse vivo. De manera que indica:

Pero advertí luego que, queriendo yo pensar, de esa suerte, que todo es falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa; y observando que esta verdad: “yo pienso, luego soy”, era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no son capaces de conmovérla, juzgué que podía recibirla sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que andaba buscando. (Descartes, 1998/1637, pp. 35-36).

Para la teoría psicoanalítica, el *yo pienso* parecería estar del lado del saber, y el *yo existo*, del lado de la verdad, verdad ilustrada por Descartes (1998/1637) en uno de los fragmentos de la segunda de las *Meditaciones metafísicas*: “[...] habiéndolo pensado bien y habiéndolo examinado cuidadosamente todo, hay que concluir por último y tener por constante que la proposición siguiente: ‘yo soy, yo existo’, es necesariamente verdadera” (p. 94). A partir de esta vía del saber y la verdad correlativos al pensar y el existir, es posible confluir en el sujeto

del conocimiento, el sujeto cuya existencia se prueba en que no puede dudar de su propio acto de pensar.

Lacan (1971/1966), retomando este planteamiento cartesiano en su texto *La ciencia y la verdad*, aduce que el cogito debería precisarse como: “ahí donde pienso no soy, luego soy donde no pienso” (p.349). Esta adecuación enfatiza que el ser se funda en el instante en que el pensamiento se anuda a la palabra. Se es sujeto gracias a que se nace inscrito en unos significantes¹ referidos a un Otro, a un contexto familiar, social y cultural que le permiten configurarse como un sujeto del discurso; y es precisamente este tipo de elementos el que le otorga a la investigación psicoanalítica una mirada que diverge sustancialmente de las investigaciones sociales.

Juan Bauzá (1989), en el texto que dedica a comentar *La ciencia y la verdad*, explícitamente en el apartado titulado *Sujeto, saber/verdad* correspondientes a los párrafos 1 a 5, sostiene que para el psicoanálisis la verdad tiene que ver con el decir sobre el sexo, pero hay algo de imposibilidad sobre el decir frente a este, por cuanto hay un saber al cual no se tiene acceso. Este punto de imposibilidad guarda relación con un “horror al sexo, por cuanto se plantea entonces una relación divergente entre el saber y la verdad allí donde ésta se torna imposible” (p. 85), ya que el inconsciente no siempre sabe la verdad cuando hay algo que insiste, que se repite, lo que finalmente conduce a una escisión entre verdad y saber.

¹¹ El término significante es tomado por Lacan de la obra de Ferdinand de Saussure (1916), quien en el *Curso de Lingüística*, establece que el significante es lo que representa o apunta a un significado; así, la palabra árbol es el significante con que se representa un significado o concepto mental (p. 66-67). Lacan por el contrario, advierte que, el significante (S₁) no alcanza un significado si no se articula a otro significante (S₂). Lacan (1964) en el Seminario 11, define el significante como “lo que representa a un sujeto para otro significante” (p. 206). Con S₁ Lacan designa aquel significante amo que representa al sujeto para los demás significantes (S₂). Cabe aclarar que el término significante no es equivalente de lo que designa una palabra, pues según Lacan (1954) pueden existir “unidades de lenguaje más pequeñas que las palabras (morfemas y fonemas) o más grandes que las palabras como las frases u oraciones, entre otros (Seminario 4, 1957, p. 288).

Dado el carácter otorgado al inconsciente, instancia fundamental en la constitución de un saber que de hecho está agujereado por la imposibilidad de decirlo todo, se considera necesario conducir el presente trabajo sobre la investigación psicoanalítica.

De igual manera, otro principio que se traslada de la técnica psicoanalítica al campo de la investigación, conduce a precisar la posición del sujeto con relación al fenómeno que se desea investigar en lugar de verificar los hechos para certificarlos. Por tanto, es preciso realizar una lectura intratextual de Freud y Lacan para precisar cuál es la función de la madre en la configuración del deseo de saber en la figura de Leonardo da Vinci.

Es necesario recurrir a un método que permita alcanzar un nivel comprensivo en la investigación, mediante el cual no solo se indague el fenómeno que causa el interés establecido para tal fin, sino que además facilite descifrar la cadena signifiante² que se repite, pues como lo diría el mismo Lacan (2003/1958) en su obra dedicada a *La juventud de Gide o la letra y el deseo*:

El psicoanálisis sólo se aplica, en sentido propio, como tratamiento y, por lo tanto, a un sujeto que habla y oye. Fuera de este caso, sólo se puede tratar de método psicoanalítico, ese método que precede al desciframiento de los significantes sin consideraciones por ninguna presupuesta forma de existencia del significado. (p.728)

² Lacan siguiendo a Saussure, reconoce la linealidad de los significantes, mediante la cual los significantes se cruzan por efecto de las leyes gramaticales. Adicionalmente, retoma al lingüista Roman Jakobson para ampliar esta idea y propone que la cadena signifiante corresponde a la vinculación de los eslabones de un collar con otros eslabones que, a su vez, forman parte de otros collares. Por lo cual, no podría completarse la cadena, pues siempre habría lugar para vincular otro signifiante.

De modo que, para estos efectos se hará el esfuerzo de leer sobre la base de una reducción significativa³ los textos que, de Leonardo da Vinci, se hayan escrito bajo la mirada rigurosa del psicoanálisis y que ilustren algún elemento de la función materna en relación con su deseo de saber, privilegiando aquellos significantes que den cuenta de esta relación posible. La lectura de las principales fuentes primarias, que en este caso corresponden a textos de quienes podrían catalogarse como los máximos exponentes de la investigación psicoanalítica, a saber, Freud y Lacan, servirán para determinar el lugar de la función materna en la configuración de su deseo de saber.

De igual manera, será necesario remitirse a una biografía confiable, pensando inicialmente en la elaboración reconocida de Giorgio Vasari (1511-1574), quien recopilara la vida de los reconocidos artistas del renacimiento italiano en su obra póstuma: *La vite de' più eccellenti architetti, pittori et escultori italiani*⁴ (1568). No obstante, se privilegia una biografía reciente; se trata del libro *Leonardo da Vinci, el vuelo de la mente*, escrito por Charles Nicholl (2005), el cual se encuentra elaborado con sumo detalle, recogiendo además, los apuntes más relevantes de la obra de Vasari. Es necesario en este punto citar una de las frases lacanianas contenidas en el *Seminario 17, El reverso del psicoanálisis*, que, aunque no tan célebre como otras, marca una diáfana vía para la lectura de los textos anteriormente mencionados:

Nos permitimos leer una biografía cuando tenemos medios, cuando contamos con los documentos suficientes para testimoniar sobre lo que cree una vida, el destino que cree haber tenido, paso a paso, incluso a veces de qué modo ha creído concluir dicho destino. (Lacan, 2008/1969, p. 30)

³ El término hace referencia a la reducción de sentido que tiene lugar mediante la repetición de los significantes (S₂) asociados al significante unario (S₁), de tal manera que, entre más se agote el sentido de los significantes mediante la palabra, más es posible acercarse al S₁.

⁴ En esta obra que traduce al español: *La vida de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos*, la descripción biográfica de Leonardo Da Vinci, se encuentra en el segundo tomo, que versa sobre los artistas del siglo XV.

En este orden de ideas y teniendo como referencia la importancia de la precisión y la captura del detalle, se considera necesario acoger la sugerencia propuesta por el profesor Gallo: “interpretar y situar las citas en un contexto para localizar y tratar de explicar o de construir lo que quiere decir el propio texto” (clase 6, línea de investigación, 2013). Esto convoca uno de los propósitos que, a mi parecer, interesa a la investigación: aproximarse al encuentro de algo que aún no se ha dicho.

Por lo anterior y con el ánimo de precisar su importancia, se retoma literalmente la frase que Lacan (2003/1958) expone en el texto *La juventud de Gide, o la letra y el deseo*, la cual versa así:

Toda investigación, en la medida en que observe este principio, y por la mera honestidad de su acuerdo con la manera en que se debe leer un material literario, encuentra en la ordenación de su propia exposición la estructura misma del sujeto delineado por el psicoanálisis. (p.728)

Y el sujeto delineado por el psicoanálisis cobra valor y sentido bajo la mirada de un lector que se posicione teniendo como punto de referencia la ética del psicoanálisis, por lo cual, en lugar de tomar lo que se considere lo mejor de cada cosa, se optará por la argumentación orientada a establecer los propósitos planteados en los objetivos de la presente investigación.

Ahora, entre el delineado y la lectura converge la existencia del lenguaje artístico como aquél que emplea un medio específico para expresar ideas y sentimientos de manera estética y, dado que Leonardo se sirvió de sus pinturas para representar contenidos relacionados con sus ideas, creencias y experiencias, es pertinente apoyarse en la lectura de las obras que se han elegido para determinar los objetivos planteados en esta investigación.

En este sentido, cabe señalarse que, así como antecediendo a la tabla de contenido, se presentó *La Virgen de las rocas* (1495-1499) ostentada en la Galería Nacional de Londres, con

el propósito de mostrar que, siendo una obra de arte admirable, “contiene varias partes sin terminar, entre las cuales se encuentra la mano izquierda del ángel” (Arango, 2010, p. 252), de la misma forma, se presenta a continuación el primer capítulo correspondiente al estado del arte, en el cual se condensan algunas investigaciones realizadas en torno a la pregunta que orienta el trabajo a realizar y a partir de cuya elaboración, se despliegan elementos determinantes para el desarrollo de los subsecuentes capítulos.

Capítulo 1. Estudios sobre la madre y el deseo de saber

El presente capítulo responde al estado del arte, cuyo propósito principal consiste en pesquisar hallazgos teóricos, metodológicos y conceptuales que hayan sido señalados por anteriores investigaciones en psicoanálisis y que guarden alguna relación con la pregunta que mueve esta investigación. Consultar en primera instancia qué aspectos sobre el tema investigado han sido abordados permite, de un lado, cierta claridad para no indagar en lo que ya ha sido elaborado, y, de otro, amplía las posibilidades para el desarrollo de la investigación propiamente dicha. En efecto, los aspectos aquí señalados permiten considerar posibles vías para el abordaje de las incidencias de la madre en el deseo de saber del hijo varón.

Se han establecido tres apartados, cada uno de los cuales procura exponer algún elemento concernido en la pregunta de investigación: en *Estudios sobre el deseo de saber*, se expone cómo es concebido el deseo de saber por los autores en él señalados, precisando aquellos elementos que den cuenta de este concepto con relación a la madre; el segundo apartado se ha llamado *La función paterna y la constitución del sujeto de deseo*, en el cual se presentan algunas investigaciones que ponen de relieve la función del padre como agente fundamental en la constitución del sujeto en falta y, por ende, del sujeto deseante, contrastando este asunto con lo establecido por la psicoanalista Any Cordié, quien destaca el rol de la madre en el texto que ella ha titulado *El nacimiento del sujeto*; finalmente, en el tercer apartado se retoman elementos concernientes a *La madre en relación con el saber*, destacando los planteamientos señalados por el profesor Hector Gallo, de los cuales se procura señalar elementos relevantes para el posterior análisis de las incidencias posibles de la madre en el deseo de saber de su hijo

varón. Al final se extraerán las conclusiones más relevantes de estos desarrollos que puedan ilustrar alguna manera de continuar abordando el tema de investigación.

1.1. Estudios sobre el deseo de saber

El abordaje del deseo de saber en el campo psicoanalítico ha despertado el interés de develar aspectos de la relación del sujeto en especial correspondencia con el contexto escolar. Una de las psicoanalistas que se ha interesado por el estudio sobre el deseo de saber en el ámbito escolar ha sido Graciela Giraldi (2003), quien en el texto *El fracaso escolar* establecido en el segundo tomo de *Psicoanálisis con niños y adolescentes, políticas, prácticas y saberes sobre el niño* precisa una observación crucial: “¿Cómo introducir a la dialéctica de la suposición y búsqueda de saber con el Otro si estamos pipones y nada nos falta?” (Giraldi, 2003, p.114). Esta frase sugiere que el reconocimiento de la falta posibilita entonces el deseo de saber. Si trasladamos esto a la constitución del sujeto, es posible conjeturar por tanto que la experiencia de castración por la que pasa el niño o la niña parece ser, indudablemente, la antesala que abre paso al deseo de saber.

En igual sentido, y remitiéndose nuevamente a inquietudes sobre el deseo de saber en el actual contexto escolar en el texto que dedica a *La educación sexual escolar y los síntomas actuales*, Giraldi (2008) sostiene que lo que fracasa es el lazo de la subjetividad de la época con el saber, pues no se trata de saturarse de información, sino que es necesario “disponerse como amante a la búsqueda de aquello que nos falta” (p. 73). Y si de la falta se trata, una de las posibles experiencias que indiscutiblemente nos ubica frente a ella es la experiencia de castración. Si un sujeto tuviese la sensación de que nada le falta, indiscutiblemente no sentiría

la necesidad de indagar acerca de lo que el Otro desea de él, es decir, no habría lugar para que se interese en pasar por el Otro para representarse a sí mismo, para saber en qué lugar es que el Otro lo circunscribe a propósito del deseo. Desde este señalamiento, cabe preguntarse: si el deseo de saber supone una pregunta frente a lo que quiere el Otro, entonces ¿qué es lo que debe acaecer para que un sujeto desee saber y cuál es el lugar o la función que vendría a ejercer la madre en este fenómeno de la vida psíquica en relación con el saber?

Por su parte, la psicoanalista brasileña Ana Lidya Santiago (2009), quien se ha interesado por estudiar *La inhibición intelectual en psicoanálisis*, condensa parte de sus investigaciones en un libro titulado de igual manera, subrayando que la “capacidad para el trabajo intelectual y la característica del pensamiento en el curso de la latencia no expresan otra cosa que no sea el destino de las investigaciones sexuales desarrolladas entre el tercer y el quinto año de vida” (p.173). Siendo así, parece que el paso del niño por este periodo en el que emerge un especial interés por ampliar o afianzar sus teorías sexuales resulta determinante para la producción intelectual. De este modo, la sexualidad infantil se centra como una fuente de empuje que conduce al pequeño investigador hacia la tarea de descifrar algunos enigmas referidos a su vida sexual en relación con sus padres.

Aunque la autora en mención describe al detalle los postulados freudianos con relación a las ‘teorías sexuales infantiles’, resaltando las razones que impulsan al niño a derivar en cada una de ellas, sus aportes conducen al entramado de lo que Freud (2010/1908c) describió como los ‘destinos de la pulsión sexual’ en su texto *Sobre teorías sexuales infantiles*, a saber: “la inhibición del pensamiento, la compulsión neurótica y la sublimación” (pp.216-218). Santiago

(2009) aduce que, a excepción de esta última, los dos primeros corresponden a la inhibición intelectual, dado que:

La *Wissentrieb*⁵ comparte el destino de la sexualidad, el deseo es reprimido junto con la pulsión sexual; la avidez de saber permanece inhibida y la libre actividad intelectual limitada” (p.179).

Esto no sucede en el caso de la sublimación, en cuyo destino la libido no sufre los efectos de la represión, por cuanto el pensamiento puede ponerse al servicio de otro tipo de investigaciones.

Se entiende entonces que, de los tres destinos de la pulsión de saber, la que permitiría mayores rendimientos en términos de desear saber sería la sublimación, cuyo término es presentado por Freud (2010/1908), en el texto *Sobre teorías sexuales infantiles*, como el caso más raro y extraordinario de los posibles fines en los que puede desembocar la pulsión sexual; de hecho, el mismo Freud (2010/1908) señala que es gracias a “esa desviación de las fuerzas pulsionales sexuales de sus metas, y su orientación hacia metas nuevas” (p.161) como se han procurado representativos “logros culturales”.

Se infiere, pues, que la sublimación como destino pulsional privilegiaría entonces el deseo de saber al facilitar que la energía libidinal se disponga al servicio de la investigación, transitando en primera instancia por la investigación sexual infantil. Precisamente, uno de los casos que ilustra de manera significativa el caso de la sublimación y que es señalado por el creador del psicoanálisis es el de Leonardo da Vinci, de quien se ocupará la presente investigación, como el hijo varón en quien el deseo de saber cobra un valor altamente representativo.

⁵ *Wissentrieb* es la palabra original con que Freud designó en alemán la pulsión de saber en el texto *Tres ensayos de teoría sexual infantil* publicado en 1905.

Las preguntas que emergen como consecuencia de lo anterior son las siguientes: ¿cuál es la función de una madre frente a la elección de la sublimación como una de las tres vertientes de la pulsión de saber en el hijo varón? ¿Qué sucede en la relación madre-hijo para que la pulsión de saber tome la vía de la sublimación y no otra?. Sobre estas preguntas nos ocuparemos en el último capítulo.

1.2. La función paterna y la constitución del sujeto de deseo

En el texto *Psicoanálisis con niños y dificultades en el aprendizaje*, Mario Elkin Ramírez (2007), siguiendo los postulados lacanianos, explicita que es gracias al Nombre-del-Padre que “un sujeto puede introyectar la ley significativa y por esa vía toda normatividad, incluyendo la escolar y social, y conciliarla o no con sus deseos” (p.79). Siendo así, esta dimensión simbólica es la que permite la articulación del sujeto con su contexto social a través del lenguaje, para lo cual es necesaria la intervención de un significante que provenga de quien ejerza la función paterna para que el sujeto luego desee saber.

Otra ejemplificación de ello resulta ser la tesis de maestría *La posición subjetiva del niño en la familia: sus posibles desencuentros con el deseo de aprender*, realizada por Sissy Cedeño Freiner (2012), que se apuntala en el supuesto de que la constitución del niño se encuentra inmersa en las funciones parentales, mostrando que la función paterna es decisiva para la confirmación del sujeto barrado y, como tal, sujeto deseante. Esta posición corrobora nuevamente la trascendental importancia de la función del padre como agente regulador de la vida anímica infantil, a partir de la cual es posible la instalación de una falta constitutiva que cause el deseo.

Ahora bien, al buscar investigaciones que se aproximen al término *deseo de saber*, se encuentra la tesis de maestría de Diela Betancur (2013) titulada *Adolescencia y saber: posiciones subjetivas, modalidades de vínculo y destinos posibles*, la cual expone elucidaciones sobre el deseo de saber al detenerse en lo que Freud denominó pulsión de saber. En esta investigación, se aborda la ‘intelectualización’ como un mecanismo de defensa de acuerdo con los postulados señalados por Ana Freud y el cual corresponde a un intento de articulación de los “procesos instintivos con contenidos de imágenes y representaciones, tornándolos así accesibles y dominables” (citado por Betancur, 2013, p.19). Se sospecha así que en el esfuerzo mismo de razonar se hace un intento de darle una forma discursiva y coherente a aquello que puede resultar difícil de asimilar, es decir, se trata de un mecanismo defensivo mediante el cual el ‘yo’ aborda los procesos instintivos con ideas que puedan resultar más razonables.

Lo anterior sugiere que el sujeto recurre al mecanismo de defensa de la intelectualización en un intento de otorgarle sentido a un instinto que puede incluso generar malestar. Cabe preguntarse aquí: ¿el deseo de saber que se quiere identificar en da Vinci correspondería entonces al producto de un pensamiento cuya función encubriría un no querer saber sobre algún aspecto en particular? y, de ser así, ¿cuál sería? Y, en todo esto, ¿qué tendría que ver la madre en tanto función respecto a un no querer saber? Estas preguntas orientan el último capítulo, en donde serán ampliadas.

Cabe señalar que el saber del que Betancur (2013) se hace cargo en su tesis de maestría corresponde al saber escolar, que vendría a ocupar “distintos lugares para los adolescentes, según las identificaciones que asume y los modos de responder al Otro” (Betancur, 2013, p. 114), privilegiándose en sus observaciones el amor al padre y el temor a perderlo. Dicha

reflexión ubica al padre como si este encarnara el lugar del Otro primordial, configurándose como una prominente figura frente al proceso de identificación, a partir de lo cual puede provocar “la sinergia del saber escolar al servicio del saber inconsciente” (Betancur, 2013, p.115); en todo este entramado se conjuga además el ideal del yo que el adolescente se forja articulando significantes parentales. Esto sugiere, según Betancur (2013), que para los adolescentes que participaron en su investigación, las valoraciones que ellos atribuyen como buenas y ejemplares, se encuentran estrechamente relacionadas con aquellos significantes que han provenido del padre. Así, el saber que les podría resultar interesante, podría estar en la misma vía de los significantes articulados con el padre mismo.

Es preciso señalar que en las tesis de maestría de Freiner (2012) y Betancur (2013) se privilegia al padre como una figura representativa y necesaria en la configuración del deseo de saber, en la medida en que ejerce una función fundamental en la experiencia de castración y, posteriormente, en la identificación de los adolescentes, ya que el ‘ideal del yo’ que se constituye en ellos se hace sobre la articulación de significantes que aluden a la misma vía de la Función Paterna. Siendo así, el padre se ubica en un lugar a partir del cual tiene lugar la castración y luego la identificación del sujeto, deviniendo así en sujeto deseante. No obstante, se sospecha que la madre podría representar una función específica en todo este entramado mediante el cual el niño se constituye en sujeto de deseo y, por lo tanto, es preciso seguir indagando en otras elaboraciones teóricas cuál es su función en términos de la constitución del *deseo de saber* en su hijo varón.

A diferencia de las anteriores investigaciones, la psicoanalista francesa Annye Cordié, siguiendo las enseñanzas lacanianas, se ha detenido a pensar la inhibición intelectual como un síntoma que sustituye un sufrimiento psíquico en el estudiante, pues, además de responder a

unas exigencias estipuladas en el ámbito escolar, responde de manera singular en cuanto su constitución como sujeto o no de deseo, lo que a su vez remite nuevamente a las primeras vivencias que quedan registradas en el cuerpo de dicho sujeto desde sus primeros meses de vida. Esto sugiere a la inhibición intelectual como sustituto del sufrimiento psíquico que puede imprimirse en el cuerpo del niño ante la insatisfacción de sus necesidades primordiales como el hambre, la sed o el frío entre otras, dado el caso en que su madre no interprete acertadamente con sus respuestas ante los pedidos del niño.

En este sentido, en su texto *El nacimiento del sujeto*, correspondiente al segundo capítulo del libro *Un enfant devient psychotique*, Cordié (1987) señala que durante los primeros meses de vida del niño la madre es quien garantiza en buena medida la supervivencia de aquel, proporcionándole el alimento y el amor. Siendo así, “la pulsión oral se inscribe de entrada en el nivel de la necesidad, la de ser alimentado. [...] El niño está allí,[...] en un estado de total dependencia del Otro que asegura su supervivencia” (Cordié, 1987, p.22). En consecuencia, es la madre quien, al interpretar *el grito*⁶ del niño, ejerce una función elemental en la constitución del sujeto, puesto que de entrada es ella quien, mediante el sentido que le otorga a este acontecimiento primigenio del ser humano, lo circunscribe o no en la cadena significativa. Se entiende que se logra o no circunscribir al sujeto en una cadena significativa a partir de un primer significante que, en términos lacanianos, corresponde al significante unario, S_1 , a partir del cual se instaura un rasgo único en cuanto su inscripción deja una huella o una marca en el sujeto.

⁶ El grito es entendido como una inervación vascular o alteración interna en la expresión de una sensación tal como Freud (2010/1895) lo presenta en *Un proyecto de psicología para neurólogos* y sobre el cual se volverá en el segundo capítulo de este trabajo de investigación, explícitamente en el apartado 2.2. abordaje psicoanalítico sobre el conocimiento y el saber (p. 47).

Ahora bien, Cordié muestra una clara predilección por el término ‘deseo de saber’ en lugar de ‘pulsión de saber’, argumentando que esta última se encuentra estrictamente ligada al cuerpo, mientras que la noción de deseo alcanza una mayor elaboración en relación con el saber. Este aspecto reafirma la pertinencia del término en el título de la investigación.

No obstante, todos los detalles que conciernen a la relación entre madre e hijo en el texto que entreteje Cordié (1987) –en el que, por lo demás, retoma a reconocidos exponentes posfreudianos cuyas elaboraciones teóricas confluyen todas en la relación de objeto, a saber, Melanie Klein, René Spitz, Donald Winnicott y Françoise Dolto–, sus desarrollos teóricos proporcionan luces frente a la función de la madre con relación al deseo de saber de su hijo varón, enfatizando en la constitución del sujeto a partir del vínculo que se establece entre el bebé y la madre. Constitución de un sujeto que se legitima, en gran medida, en el ser materno y, en cuanto ser⁷, entrañan el cuerpo y la palabra.

En este sentido y siguiendo a Lacan, se entiende que, la madre como ser hablante, es quien principalmente inserta a su hijo en una lengua materna, mediante la cual lo instala como un ser del lenguaje y con ello, la madre funda a su hijo como ser humano, ser que se constituye en y mediante el lenguaje. Por tanto, es ella quien también transmite un saber sobre el sistema de comunicación verbal en tanto tiene la facultad del habla, del cual se sirve el hijo para establecer una manera particular de relacionarse con el saber. Partiendo de esta idea, es como

⁷ Lacan retoma este término del filósofo Martin Heidegger (1927), quien concibe que el ser es, al ser en el mundo, pues como señala en su libro *El ser y el tiempo*: “El ser se encuentra en el hecho de que algo es y en su ser-así, en la realidad, en el estar-ahí, en la consistencia, en la validez, en el existir, en el “hay” [...]” (p. 17). Lacan en Escritos 1, deduce para la teoría psicoanalítica que “el ser pertenece al orden simbólico, puesto que éste es la relación con el Otro en la cual el ser encuentra su estatuto [...]. El ser se constituye en y a través del lenguaje, por cuanto, el ser humano es ante todo, un ser hablante” (p. 251). Por lo tanto, el sintagma ser materno, alude al ser hablante que es la madre, cuyo lugar bien podría conocerse como el lugar del Otro, en donde el niño encuentra primeramente el lugar de la palabra y esta entendida como aquella palabra que nombra, que designa.

en el último apartado del estado del arte, se ha intentado condensar investigaciones y constructos psicoanalíticos que versan alrededor del nexo madre y deseo de saber.

1.3. La madre y su relación con el saber

En la búsqueda de información concerniente a la función materna en relación con el deseo de saber, se encuentra un texto que ofrece luces para el posible abordaje de la pregunta de investigación. Se trata del texto *Saber y sexualidad*, elaborado por Gallo en 1987 y publicado en la revista *Disparatorio* (1989), en el cual se pone de relieve la curiosidad intelectual propia del niño en la misma línea de los planteamientos freudianos expuestos en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905a), *La moral sexual cultural moderna* (1908) y *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910). De acuerdo con Gallo (1989),

El hombre elabora pensamientos para intentar explicarse el origen de aquello que motiva un dolor y prevenir su repetición. En su mudez significativa el niño indaga por el origen de aquel o aquello que lo perturba en su fascinación imaginaria con la madre. (p.27)

El pequeño investigador se cuestiona frente a aquello que lo incomoda, a saber, la llegada de un hermanito o la presencia de un tercero que lo desplaza en la situación privilegiada frente a la madre. Según Gallo (1989), los textos freudianos anteriormente citados permiten entrever que:

Toda investigación es el producto de la lucha del hombre por la vida, y este trabajo, entre otras cosas, quiere mostrar que esa lucha se impone a todo ser hablante desde los primeros años a modo de combate por mantener localizado en el lugar que siempre reclama, el lugar del deseo de la madre. (p.27)

Según esta frase, el ser humano, desde sus primeros años de vida, cuestiona todo aquello que concierne a su lugar en la vida, y como la madre es quien, en principio, cuida y acompaña,

es con relación al deseo que ocupa el niño para ella lo que trata de localizar mediante las preguntas que se plantea.

Que el niño reclame su lugar frente al deseo de la madre sugiere de entrada un “paradigma de la constitución del sujeto y causa de que puede decirse de éste que no sólo es alguien satisfecho o frustrado, sino esencialmente alguien deseado o no” (Gallo, 1989, p. 27). La madre representa aquí un lugar central por ser ella en quien reposa la posibilidad de otorgarle a su hijo un lugar privilegiado en términos de ser deseado o no, es decir, en primera instancia el niño se constituye como un sujeto de deseo en la medida en que logra leer que se encuentra circunscrito en el deseo de su madre. Que la madre lo desee, le permite al niño constituirse como un sujeto en la misma medida en que, éste, puede apreciar que significa o representa algo para ella.

Subsecuentemente, Hector Gallo (1989) continúa el desarrollo de su texto demarcando la relación entre la *pulsión de saber* y la inauguración del fantasma⁸ fundamental en la neurosis, a partir del cual el niño elabora sus propias teorías. Menciona que es a partir del texto que Freud le dedica “al Leonardo” como se pone en evidencia que con la represión se termina la etapa de la exploración sexual, la cual se desarrolla en términos del fantasma que, a su vez, condensa diversos conflictos y se manifiesta como curiosidad sexual. Según Gallo (1989), se trata de:

⁸ En la obra de Freud, especialmente en los textos *Lo inconsciente* (1915) y *Pegan a un niño* (1919), se concibe como fantasma una escena que se presenta en la imaginación y que dramatiza un deseo inconsciente. En el *Seminario 4* de Lacan (1957), específicamente en el apartado IX, *la función del velo*, se presenta el concepto de fantasma como una defensa a la cual recurre el sujeto para velar la castración. En las posteriores enseñanzas, Lacan designa este concepto con el matema: $(\$ \diamond a)$ para referirse a la relación que establece el sujeto del inconsciente (\$) con el objeto causa de deseo (*a*). Esta relación estable del sujeto con aquello que, causando su deseo, implícitamente lo divide o lo pone en falta.

Aquello que el fantasma inaugura en el paso del tiempo de la mera inscripción al de la reproducción, o lo que es lo mismo, el paso del acto al pensamiento, [...]; en suma, de una época sin historia, sin imagen de sí, a otra en la que el sujeto ha construido un objeto y se pregunta de dónde procede y cómo es que ha llegado a ser lo que es. (p. 28)

Este es el cauce que toma el desarrollo del texto *Saber y Sexualidad* de Gallo (1989), en el que el pequeño investigador, mediante los interrogantes que le refiere al adulto, parece cuestionar implícitamente si alcanza algún valor fálico para su madre en la misma medida en que se sienta deseado o no por ella, pero así mismo intenta comprender el mundo a partir del falo, elemento regulador que le permite la aprehensión y comprensión del mismo. De ahí que prevalezca la tendencia de algunos niños a atribuirle el miembro genital masculino a la mujer o jueguen a hacerlo desaparecer en medio de sus piernas para imitar algún desnudo femenino, como en el caso que el autor plantea para señalar que “el fantasma determina, en el tiempo de la investigación sexual infantil, el examen de la realidad” (Gallo, 1987, p.32).

Ahora bien, el autor del texto en mención examina la castración como fantasma imaginario en términos de la ley simbólica que ella conlleva, al relacionar de manera implícita la manera cómo el niño puede interiorizar a sus figuras parentales bajo los términos ‘puede ser castrado’ o ‘estoy castrado’ como la configuración de una angustia susceptible de derivar en posterior ‘angustia moral o social’ (Gallo, 1989, p.34). En este sentido, Gallo (1989) culmina su texto resaltando que “el horror a la castración se asocia a un convencimiento de pérdida que obliga a reprimir la imagen fálica y a negar, mediante el juicio de existencia, la presencia real del pene en la mujer” (p.35). De tal manera, la anatomía de la mujer parece ocupar un lugar decisivo en la conjugación del saber y la sexualidad del varón, en cuanto que la sola idea de concebir a la mujer sin el miembro, que hasta ese momento representa una imagen de tener, le produce horror al varoncito.

Lo anterior sugiere que resulta necesario ampliar o profundizar en esta vía del horror a la castración en términos de la función materna con relación al deseo de saber del hijo varón, porque, a simple vista, podría deducirse que la castración materna puede generar tal horror al hijo varón que, en consecuencia, se remite a un proceso de negación. No obstante, cabe preguntarse si es esa la única vía que encuentra el hombre frente a la castración materna o si existen otras posibilidades que le permitan orientarse hacia un deseo de saber, de manera que logre diversas consistencias epistémicas. Sobre esta cuestión nos detendremos en el último capítulo de la investigación, cuando nos adentremos en el análisis del deseo de saber en Leonardo.

En la vía de indagar la función materna con relación al deseo de saber se encuentra Giraldi G. (2004), quien en su texto *El niño en la encrucijada, acerca del juego y la sexualidad infantil* enuncia que los posfreudianos habían elaborado una especie de fórmulas en torno a la influencia de la madre sobre el hijo, siendo una de ellas “a madre fálica, hijo ubicado como salame; a madre psicótica, hijo autista” (p. 100). El término ‘salame’, según el *Diccionario de la Real Academia Española* (2010), significa “persona tonta, de escaso entendimiento” (p. 633), lo cual sugiere entonces que una madre que se relacione de manera enteramente fálica con su hijo afecta la relación que este establece con el saber. En consecuencia, parece que definitivamente una de las condiciones que le permiten a un hijo establecer una relación favorable con el deseo y, por ende, con el deseo de saber es que la madre opere desde un lugar desde el cual se muestre en falta y que el hijo sea capaz de leer esa falta para que se plantee un enigma a partir del cual también desee.

Otro aspecto que Giraldi menciona es que a partir de Lacan se empieza a concebir a la madre como una mujer escindida en su función en cuanto madre, pero a la vez como aquella que se encuentra en falta, es decir, como mujer deseante.

Siguiendo esta precisión lacaniana, autores como Lerner (citado por Mejía, 2011), en el texto *Educación y pedagogía, un estado de la cuestión en Colombia*, retoma las “notas sobre el niño” de Lacan y refiere que el triángulo edípico tiene como punto de partida el ‘deseo de la madre’ manifiesto de tres formas en el vínculo con el hijo:

- Una primera posibilidad obedece a un intento de “llenar la falta, el dolor o el vacío que produce sabernos con límites” (Lerner, citado por Mejía, 2011, p.193).
- En segundo lugar, la relación de la madre con el hijo puede tornarse “en forma de odio, ubicándolo en un lugar de desecho” (Lerner, citado por Mejía, 2011, p.193).
- La tercera posibilidad, correspondiente a “ubicarlo en el lugar de objeto que taponan su falta” (Lerner, citado por Mejía, 2011, p. 193).

El niño tiene posibilidades de estructurarse o no como un sujeto deseante dependiendo del lugar que venga a ocupar para su madre y, por los planteamientos freudianos, se conoce de antemano que el vínculo que más favorece el deseo en el niño conlleva el paso por la castración para que pueda devenir un sujeto en falta. Sin embargo, no sabemos si a partir de las otras dos opciones el deseo de saber pueda emerger como respuesta, defensa o sustitución frente al deseo materno.

Ahora, es preciso destacar que en el complejo de Edipo la madre es el primer objeto amoroso del niño, a quien este renuncia gracias a la intervención del padre mediante la

amenaza de la castración. Nuevamente aparece el padre como figura que ejerce la ley simbólica y, con ella, la posibilidad de abrir las vías del deseo en el hijo. Estas observaciones se han señalado con especial insistencia en el texto de Ramírez (2007) *Psicoanálisis con niños y dificultades en el aprendizaje*, al igual que en las investigaciones desarrolladas por Cedeño (2012) y Betancur (2013), cuya apreciación es compartida además por Quintero (citada por Mejía, 2011), quien menciona que “la instauración de la norma surte un especial efecto que conlleva a la consistencia de un sujeto en falta y es en esta vía que el sujeto siente un ‘ansia de plenitud’ y un deseo que a diferencia de la pulsión, no encuentra satisfacción” (p. 41).⁹ Esta frase sugiere de entrada la necesidad de esclarecer el ‘deseo de saber’ respecto a la ‘pulsión de saber’ propuesta por Freud en sus *Tres ensayos de teoría sexual* (2010/1905a), de manera que se soporte teóricamente el término que se ha elegido para la pregunta de investigación.

Finalmente, adoptando la valiosa postura freudiana al término de cada apartado dedicado al establecimiento de sus teorías, se procura consignar algunas de las conclusiones que derivan del anterior recorrido.

Es necesario establecer precisiones sobre los términos ‘pulsión de saber’ y ‘deseo de saber’, debido a que en la teoría freudiana el primero de ellos parece describir un ‘empuje’ que orienta al niño en su incipiente investigación sexual infantil, mientras que el segundo término enunciado por Quintero (citada por Mejía 2011, p.191) abarca un ‘ansia de plenitud’, ansia que no logra alcanzar la satisfacción, lo que caracteriza al deseo. A diferencia de este, la pulsión se encuentra ligada al cuerpo y en esta medida es posible que alcance su meta,

⁹ Esta cita, aunque referencia a Quintero (1995, p. 41), autora del artículo, es extraída de la revista establecida como un material de compilación por María Paulina Mejía (2011): *La relación maestro-alumno desde el psicoanálisis, un estado del arte en Colombia. Revista Separata, Educación y Pedagogía*. (p. 89-194).

hallando así su satisfacción. Esto sugiere la ampliación de las divergencias entre estos dos términos o que se profundice en qué medida tendrían lugar ambos en el ‘deseo de saber’.

En este mismo sentido, a partir de la tesis de Betancur (2013) sobre el saber escolar, se plantea esta pregunta: si se ha considerado a da Vinci como caso a abordar en la presente investigación, ¿cuál es el saber al cual se circunscribe? Una respuesta a esta pregunta exige esclarecer las diferencias entre conocimiento y saber.

De acuerdo con los planteamientos de Ramírez (2007) y, en su misma vía, las tesis de maestría de Freiner (2012) y Betancur (2013), el padre se ubica como una figura representativa que posibilita la instauración de la falta. Desde esta perspectiva, se sigue privilegiando la función del padre no solo en el proceso de castración, sino también en el lugar que puede ocupar un adolescente frente al ‘saber escolar’, en la misma medida en que le permite al sujeto forjarse un ‘ideal del yo’ cuyos cimientos reposan en significantes parentales.

No obstante, estos autores ofrecen pocos elementos teóricos que aborden la función materna y el deseo de saber de su hijo varón. Así las cosas, se continúa en la búsqueda de elaboraciones otorgadas por el psicoanálisis que permitan identificar algunas elucidaciones que orienten la pregunta de investigación. La intelectualización expuesta por Ana Freud y retomada en la tesis de Betancur (2013) sugiere la posibilidad de analizar el saber como una defensa que recubre al yo, protegiéndolo así de algo que no se desea saber.

Del recorrido que establece la psicoanalista Ana Lydia Santiago (2009) en su texto *La inhibición intelectual en psicoanálisis* surge una pregunta que valdría la pena responder o bien en el transcurso de la investigación, o bien al final de la misma: ¿cuál es la función de una

madre frente a la elección de la sublimación como una de las tres vertientes de la pulsión de saber en el hijo varón?

Finalmente, los planteamientos de Cordié (1987) permiten entrever la importancia de la madre en cuanto parece encarnar el lugar del ‘Otro primordial’. Por su parte, Gallo (1989) muestra una clara relación entre el avistamiento de la castración materna y el horror que esto produce en el varoncito.

Lo anterior sugiere la necesidad de profundizar en estas dos posiciones: la madre como Otro primordial y la castración materna con relación al deseo de saber del hijo varón que serán desarrollados en el capítulo 4; por lo pronto, es preciso esclarecer mediante el recorrido del siguiente capítulo, cuál es el saber que interesa a esta investigación conducida en la vía psicoanalítica.

Capítulo 2. Del conocimiento y el saber, ¿de qué saber se trata?

Como bien se señaló en una de las conclusiones del apartado anterior, es preciso establecer de qué saber se va a ocupar esta investigación, para lo cual se ha estructurado el capítulo en tres apartados, respondiendo de esta manera al primer objetivo de la investigación.

En primera instancia, las *Divergencias entre conocimiento y saber, la teoría de la reminiscencia*, retoma aportes significativos que remiten a reconocidos pensadores de la Grecia antigua, entre quienes destaca Platón en cuyo pensamiento se privilegia la 'teoría de la reminiscencia' como una manera de recordar lo ya conocido. En segunda medida, es necesario detenerse a pensar el *Abordaje psicoanalítico sobre el conocimiento y el saber*, pues más allá del saber que puede corresponder al erudito o al sabio, es pertinente advertir a qué instancia psíquica establecida por el creador del psicoanálisis, corresponden tanto el conocimiento como el saber. Y, finalmente, con el propósito de esclarecer cuál sería entonces el saber que interesa en la investigación psicoanalítica, se han retomado algunas elaboraciones a partir de Freud y Lacan, lo cual ha derivado en que el tercer apartado, haya sido dedicado a *Un saber Inconsciente*.

2.1. Divergencias entre conocimiento y saber, la teoría de la reminiscencia

Las primeras nociones sobre el conocimiento, remiten a la filosofía Eleática, en donde se ubican: Parménides, Zenón, Meliso, Jenófanes y Heráclito (Cardona, 1999). Entre estos representantes de la escuela Eleática, se ha elegido a Parménides (entre 530 y 515 a.c.), puesto que establece la existencia de dos vías para el conocimiento: uno falso que está orientado por los órganos de los sentidos y el otro verdadero en tanto es conducido por la razón, y orientado

por la ayuda divina. De acuerdo a esto, en su destacado poema *Sobre la naturaleza* (citado por Míguez, 1977. p.18), se aprecia un ímpetu y una notable determinación de un hombre que se aventura en un carruaje en busca del saber, para lo cual acude a la ayuda divina, una diosa, quien señala la vía que le conviene seguir para alcanzar la verdad. Así, se menciona un fragmento de su poema, refiriéndose la diosa al austero jinete:

Voy a decírtelo ahora mismo, pero presta atención a mis palabras, las únicas que se ofrecen al pensamiento de entre los caminos que reviste la búsqueda.

Aquella que afirma que el Ser es y el No-Ser no es, significa la vía de la persuasión –puesto que acompaña a la Verdad-,

Y la que dice que el No-Ser existe y que su existencia es necesaria, ésta, no tengo reparo en anunciártelo, resulta un camino totalmente negado para el conocimiento.

Porque no podrías jamás llegar a conocer el No-Ser –cosa imposible- y ni siquiera expresarlo en palabras. (Parménides, citado por Míguez, 1977. pp. 49-50).

A partir de su poema, Parménides puntualiza dos vías: la primera, que es señalada como una vía verdadera por la diosa, consiste en saber que el ser es; la segunda remite al camino de la ignorancia, la cual señala que el ser no es. El ser se encuentra en la vía de lo pensable y por tanto, al no contradecirse admite posibilidades para hallar la Verdad; mientras que el No-ser no es pensable, da cabida a la contradicción y por ende, del No-ser nada puede decirse. El pensamiento parece fundarse entonces en el Ser, lo que posibilita el conocimiento; mientras que por la vía del No-Ser se encuentra una imposibilidad para acceder al conocimiento.

En esta misma línea, Platón (1998/404 a.c.), un siglo más tarde, recoge la idea de que el verdadero conocimiento debe orientarse en la vía del Ser, sin dar cabida a la contradicción. De ello pueden dar cuenta algunos de sus *Diálogos*, que se exponen a continuación.

En el emblemático texto de *La República*, (Platón, 1988/404 a.c.) sostiene que: “conocer significa hacer semejante lo pensante a lo pensado” (p.335). Con esta precisión, el filósofo destacado por la teoría de las ideas, establece que el conocimiento implica la comparación por semejanza de un pensamiento en el presente con unos pensamientos circunscritos en un tiempo pasado; es decir, se refiere al establecimiento de una relación de identidad del sujeto cognoscente con el objeto cognoscible en términos de pensamiento.

Es preciso señalar que Platón en sus *Diálogos*, le otorga especial importancia al sentido de la vista en tanto coadyuva al ser humano en la búsqueda del conocimiento para aproximarse hacia la verdad; verdad que, nunca puede ser vista, puesto que el alma se encuentra impura al estar ligada al cuerpo; por tanto, el cuerpo representa una limitación para el conocimiento de la verdad. La siguiente cita extraída del *Diálogo* que establece Sócrates con Simmias en el libro de *Fedón*, respecto al cuerpo, ilustra esta concepción:

[...] y nos perturba de tal modo que por él no somos capaces de contemplar la verdad. Con que, en realidad, tenemos demostrado que, si alguna vez vamos a saber algo limpiamente, hay que separarse de él y hay que observar los objetos reales en sí con el alma por sí misma. Y entonces, según parece, obtendremos lo que deseamos y de lo que decimos que somos amantes, la sabiduría” (Platón en *Fedón*, 2008/404 a.c. p.45).

Alcanzar la sabiduría, representa entonces una separación del cuerpo para que el alma, limpia pueda observar los objetos reales. Recordemos que para el pensamiento platónico, el cuerpo siempre tiende a saciar sus necesidades y dado a que, es susceptible de enfermar, está supeditado a la imperfección. (Platón en *Fedón*, 2008/404 a.c. p.44). Siendo así, Platón (2008/404 a.c.) explicita que:

Puede ser que alguna senda nos conduzca hasta el fin, junto con el razonamiento (...) en tanto tengamos el cuerpo y nuestra alma esté contaminada por la ruindad de este, jamás conseguiremos suficientemente aquello que deseamos. Afirmamos desear lo que es verdad. (p.44).

Según estos señalamientos, que el alma se encuentre en el cuerpo, representa una imposibilidad para que esta encuentre lo que se desea: la verdad. Entonces, se desea la verdad y se es amante de la sabiduría; tanto verdad y sabiduría son buscadas a través del alma, pero al hallarse ésta limitada por el cuerpo, se encuentran en un lugar de imposibilidad.

Ahora bien, en el pensamiento platónico prevalece un abordaje sobre el conocimiento como recuerdo, que es más mencionado como la teoría de la reminiscencia, pero antes de aproximarse a esta, es necesario precisar primero lo que para la filosofía platónica representa la virtud.

En el diálogo de *Menón* y a propósito de estudiar la virtud, se encuentra cómo éste le comparte su apreciación a Sócrates: “pues me parece que la virtud consiste [...] en desear las cosas bellas y ser capaz de procurárselas” (Platón, Tomo II, 2008/388 a.c. p.294), por cuanto la virtud representa entonces unpreciado valor. Entonces, el hombre virtuoso emprende una búsqueda de las cosas bellas; es decir, aquello que agrada a los sentidos y que tienen en sí mismas un grado de utilidad. Enseguida, Sócrates precisa a Menón que lo bello es útil en tanto procura un fin bueno o provechoso para el hombre, pues no podría concebir que lo bello resulte eficaz para un fin malo (Platón, Tomo II, 2008/388 a.c. p. 295).

Estudiar la virtud, conduce a Sócrates a plantear el conocimiento como reminiscencia. Cabe resaltar que la reminiscencia, entendida como el recuerdo, el reconocimiento de algo que, en tiempo pasado se conoció de alguna manera, es abordada por Platón en sus diálogos correspondientes a los libros: *Menón* y especialmente en *Fedón*. En este sentido, en el libro

Fedón, explícitamente en el diálogo que sostiene Sócrates con Simmias y Cebes sobre la *Reminiscencia*, aluden a que el ser humano alberga un saber que puede ser evocado. Siendo así, Sócrates citado por Platón (2008/388 a.c.) señala que:

Al percibir algo, viéndolo u oyéndolo o recibiendo alguna otra sensación, pensemos a partir de eso en algo distinto que se nos había olvidado, en algo a lo que se aproximaba a eso, siendo ya semejante o disemejante a él. De manera que esto es lo que digo, o nacemos con ese saber y lo sabemos todos a lo largo de nuestras vidas, o que luego, quienes decimos que aprenden no hacen nada más que acordarse, y el aprender sería reminiscencia. (p. 63).

Lo anterior sugiere que los órganos de los sentidos, permiten en primera instancia que se perciba algo, a partir del cual se evoque una sensación bien sea por similitud o diferencia con relación a aquello aparentemente olvidado, lo cual posibilita pensar a Sócrates que dicho proceso de pensamiento remite a un saber previo o a un saber que la cultura le provee al ser humano. Para la filosofía de Platón, el saber más que de estar del lado de una transmisión cultural, lo fundamenta como un valor agregado, gracias a la inmortalidad del alma; es así como Sócrates plantea a Menón:

El alma, pues, siendo inmortal y habiendo nacido muchas veces, y visto efectivamente todas las cosas, tanto las de aquí como las del Hades, no hay nada que no haya aprendido; de modo que no hay de qué asombrarse si es posible que recuerde, no solo la virtud, sino el resto de las cosas que, por cierto, antes también conocía. Estando, pues, la naturaleza toda emparentada consigo misma, y habiendo el alma aprendido todo, nada impide que quien recuerde una sola cosa – eso que los hombres llaman aprender-, encuentre él mismo todas las demás, si es valeroso e infatigable en la búsqueda. Pues, en efecto, el buscar y el aprender no son otra cosa, en suma, que una reminiscencia” (Platón, Tomo II, 2008/388 a.c. p. 302).

La reminiscencia representa la búsqueda y el aprendizaje de cosas que el alma ya había conocido, lo cual ubica el recuerdo como la posibilidad que abre vía para que a partir de éste se hallen otras cosas más. Esto supone, adicionalmente, la existencia de un saber albergado en el alma, pues ésta siendo inmortal y habiendo conocido todas las cosas, tanto las terrenales como las del Hades, tiene la posibilidad de recordar lo que antes ya conocía. Siendo así, el conocimiento desde Platón remite a “hacer semejante lo pensante a lo pensado” según la frase que se expuso en un párrafo anterior.

En cuanto al ‘saber’, Platón (2008/404 a.c.) en su obra dedicada a *Fedro*, es descrito como la concentración del alma, en tanto que es a través de la concentración como el alma se sobrepone a la dispersión de los sentidos que tienden a orientarla hacia el mundo exterior, para disponerse a los asuntos del mundo interior; es decir, del pensamiento:

“Porque nunca el alma que no haya visto la verdad puede tomar figura humana. Conviene que, en efecto, el hombre se dé cuenta de lo que le dicen las ideas, yendo de muchas sensaciones a aquello que se concentra en el pensamiento. Esto es, por cierto, la reminiscencia de lo que vio en otro tiempo” (Platón, 2008/404 a.c., p.304)

Lo anterior parece indicar que para Platón, lo que conocemos no proviene del mundo externo, ni conocemos directamente por medio de los sentidos, sino que, mediante estos es posible reconocer el verdadero saber, concentrado en el pensamiento, el cual se encuentra en el interior.

Resumiendo hasta aquí, el conocimiento tiende a constituirse en la búsqueda misma de unos objetos que, de acuerdo al pensamiento platónico, en una vida pasada, fueron conocidos. Y si el objeto fue conocido antaño, se supone que, el conocimiento sería entonces un acto de reconocimiento, para lo cual se sirve de la memoria. Pero además, se anhela conocer aquello

que, resulta inalcanzable de aprehender suficientemente: la verdad y que reside por siempre inalcanzable, dado a que, desde las lógicas del pensamiento platónico, el alma se encuentra limitada por estar sometida a las imperfecciones del cuerpo.

A partir de lo expuesto, podría deducirse que en la filosofía platónica, que a su vez, retoma el delineado de Parménides en tanto que la vía del Ser permite acceder al conocimiento de la Verdad, se concibe un alma inmortal que conoce todas las cosas, incluyendo las pasadas, pero al pertenecer al cuerpo, se encuentra limitada para alcanzar la verdad, a pesar de que se ame profundamente la sabiduría. En el alma se guarda una sabiduría consabida gracias al aprendizaje de todas las cosas, incluso del Hades (infierno) y del mundo terrenal, sólo basta con que se recuerde una cosa para que, a partir de esta, se deriven otras más. (Platón, Tomo II, 2008/388 a.c. p. 302).

Por tanto, aunque prevalezca una imposibilidad de acceder enteramente al conocimiento de la verdad, el hombre, amante de la sabiduría, se conduce hacia la búsqueda de la virtud; es decir, de aquello que le resulte útil, bueno a sus sentidos.

En esta misma vía se encuentra Plotino (1985/270 d.c.), conocido como un importante representante neoplatónico, quien en su obra *Enéadas IV*¹⁰, consideraba que, “el conocimiento se tiene cuando la parte del alma con la que se conoce, se unifica y se hace una sola con el objeto conocido. [...] Sólo la unidad de los dos términos constituye el conocimiento verdadero” (p. 369). Siendo así, en Plotino (1985/270 d.c.), también persiste la idea de que, en una vida pasada, en que, los humanos contemplaron a los dioses, se conoció la verdad. Podría

¹⁰ Con este nombre se conoce al conjunto de obras en las que, se entiende, continúa una lectura intertextual de la obra de Platón, en las cuales extrae elementos de *La República*. Las obras de Plotino, fueron establecidas por su discípulo Porfirio en el año 270 d.c..

pensarse entonces que, en este sentido, la verdad estaría en el horizonte, como algo deseable de volver a alcanzar y que, lo que él menciona como 'una parte del alma que conoce', remite a la razón como lo señalaba Parménides en su poema sobre *La Naturaleza*.

Ahora bien, es preciso señalar que Platón en *Fedón*, le otorga especial importancia al sentido de la vista en tanto coadyuva al ser humano en la búsqueda del conocimiento para aproximarse hacia la verdad; verdad que, nunca puede ser vista, puesto que el alma se encuentra impura al estar ligada al cuerpo. Recordemos que para el pensamiento platónico, el cuerpo siempre tiende a saciar sus necesidades y dado a que, es susceptible de enfermar, está supeditado a la imperfección. (Platón, 2008/387 a.c. p.44). Siendo así, Platón (2008/387 a.c.) explicita que:

Puede ser que alguna senda nos conduzca hasta el fin, junto con el razonamiento (...) en tanto tengamos el cuerpo y nuestra alma esté contaminada por la ruindad de este, jamás conseguiremos suficientemente aquello que deseamos. Afirmamos desear lo que es verdad. (p.44).

Ahora nos muestra que, mientras una parte del alma se apoya en el razonamiento para buscar la verdad, el cuerpo, al procurarse sus propias satisfacciones, limita dicho alcance y en tanto tal, la verdad parece quedar en el lugar de un bien supremo, al cual tiende, sin poderlo alcanzar. En este sentido, el conocimiento tal como es planteado desde Platón, conlleva a ubicar el deseo que, surge, en el mismo propósito de llegar suficientemente a una verdad inalcanzable. Dicha verdad se ubica como imposible, en el sentido de que lo es en términos de una aprehensión absoluta.

Se entiende que esta concepción platónica sobre el conocimiento, prevaleció durante muchos siglos posteriores en la filosofía cristiana y de la cual los proclamados Santos:

Agustín, Tomás de Aquino, Buenaventura y Nicolás de Cusa, parecen ser grandes representantes.

Podría resumirse hasta aquí que, el conocimiento tiende a constituirse en la búsqueda misma de una verdad que, de acuerdo al pensamiento platónico, en una vida pasada, fue conocida. Y si el objeto fue conocido antaño, se supone que, el conocimiento sería entonces un acto de reconocimiento, para lo cual se sirve de la memoria. Pero además, se anhela conocer aquello que, por efectos del cuerpo, resulta inalcanzable de aprehender suficientemente: la verdad. Esto de entrada, parece guardar relación con lo que Freud plantea como *das-Ding*¹¹, la Cosa, en términos del objeto perdido. No obstante, este será objeto de posteriores desarrollos. Por ahora, se hace necesario revisar el término *saber* para determinar el grado de cercanía o distancia que puede tener con relación al conocimiento.

En este sentido, se proseguirá con el esclarecimiento del término saber, para lo cual se recurre nuevamente a las puntualizaciones que establece Ferrater (1964), quien de entrada señala que el saber:

Implica un contacto con la realidad a fin de discriminarla y requiere de ciertos elementos como: tendencia a una objetivación y universalización de lo sabido, tendencia a hacer consciente lo que se sabe, admiración ante lo real y una actitud de interrogación (p.1656).

Se entiende entonces que, el saber abarca el contacto con la realidad a fin de discernir entre lo que corresponde y no a este campo. Para ello, se apoya en un saber que, a su vez

¹¹ El término *das-Ding* en el *Proyecto de psicología para neurólogos* de Freud (1890), es concebido como aquel objeto perdido del cual se cree haber tenido sin alcanzarlo realmente mediante la primera experiencia de satisfacción. Lacan (1959) desarrolla este término especialmente en el Seminario 7, explicitando que en la obra freudiana *Die- Sache* es la representación de una cosa en el orden simbólico, mientras que *das-Ding* corresponde a aquello que el sujeto no puede representarse y por tanto sería como la Cosa en su muda realidad. Siendo así, para Lacan, *das-Ding* es el objeto perdido que se pretende reencontrar, es el Otro prehistórico inolvidable, el objeto prohibido del deseo incestuoso: la madre.

corresponde con un estándar de tendencia universal, lo que implica que, una persona alude a un saber construido por la cultura en la que habita. Para ello, es preciso que, se haga consciente lo sabido, lo cual supone de entrada la pre-existencia de un saber en un terreno distinto a la consciencia.

De igual manera, llama la atención, debido a que la interrogación da lugar a la posibilidad entre un saber que se ha construido y el que falta aún por consolidar; es decir que, el cuestionamiento permite la conexión entre la presencia y ausencia de algo que se requiere ser sabido. Si recordamos los postulados platónicos y extraemos de ahí, que el conocimiento tiene lugar alrededor de un objeto que amerita ser conocido, pero que no se logra esa aprehensión del mismo por completo, podría pensarse que el saber contiene en sí mismo, una verdad ya construída, pero que el sujeto intenta develar mediante un cuestionamiento. De ahí la importancia del interrogante, puesto que permite reconocer que siempre queda un saber por descubrir.

Hasta aquí, hemos encontrado que, el saber se encuentra en las vías del discernimiento entre la realidad aparente y la que de verdad es. Vuelve a aparecer la verdad como un elemento que el saber persigue en el intento por discriminar la realidad; mientras que, el conocimiento se sirve de los órganos de los sentidos para buscar ese saber que, según la filosofía platónica, se encuentra concentrado en el pensamiento; es decir, en el propio interior del ser humano.

La aproximación sobre el conocimiento y el saber a partir de la teoría de la reminiscencia deja entreabierta una vía a través de la cual, es posible pensarlos a la luz de la teoría psicoanalítica. Más aún, si se tiene en cuenta que el sintagma *deseo de saber*, del cual se

desprendió la necesidad de hacer la distinción entre conocimiento y saber, remite a la lectura de dos grandes autores del pensamiento occidental, cuyos aportes han demarcado la consolidación de dos representativos saberes: la filosofía por un lado y el psicoanálisis por el otro. Platón y Freud, quienes a pesar de significativos siglos de distancia, convergen en algunos de sus planteamientos tal y como lo explicita Zuleta (2010/1976) en la lección siete, correspondiente a *La veintésimo octava conferencia de marzo del '76*:

Estos dos pensadores son los que, en la historia del conocimiento, han vinculado de una manera necesaria el amor y el pensamiento. [...]. La teoría de la reminiscencia nosotros sólo la podemos abordar, pues, restableciendo el paralelo entre Platón y Freud. (p. 102).

El asunto es que cuando se recuerda algo, es posible evocar más que ese algo, pues como dice Zuleta (2010): “recordar es amar” (107). Por tanto, la reminiscencia parece implicar un pensamiento ligado a un afecto, lo cual inmediatamente, nos remite a las observaciones freudianas y para ello, en el siguiente apartado, se recurre a los postulados psicoanalíticos con el ánimo de esclarecer las divergencias posibles entre conocimiento y el saber.

2.2. Abordaje Psicoanalítico Sobre el Conocimiento y el Saber

Desde una perspectiva freudiana, es posible pensar el conocimiento y el saber a la luz de sus elucidaciones en *Un Proyecto de Psicología para Neurólogos*, mediante el cual, Freud (2010/1895) explicita en el apartado dedicado a *La consciencia* que: “el aparato anímico se rige por el placer que implica la descarga de tensión, mientras que, el displacer tiende a la elevación de excitación o presión en el cuerpo” (p. 357), lo cual da cuenta de que en principio, el ser humano se sirve de las sensaciones registradas en su cuerpo como placer o displacer, a partir de lo cual inicia su conocimiento sobre el mundo. Estas sensaciones, se encuentran

ligadas al cuerpo y quedan registradas como huellas mnémicas que remiten de inmediato a la memoria.

Subsecuentemente, pasa a establecer la *primera vivencia de satisfacción*, como una experiencia que “tiene las más hondas consecuencias para el individuo” (Freud, 1895, p. 363), dado a que, mediante el *grito*, el neonato comunica algo a su cuidador, quien al responder con alguna ‘acción específica’, suple la necesidad del neonato. Cabe señalar que la ‘acción específica’, entendida como un acto que ejerce la madre una vez ha interpretado el pedido que emite el recién nacido mediante su llanto (*el grito*), abre paso a una descarga de excitación o tensión interior. Siendo así, podría inferirse que, entre *el grito* producido por el bebé y la *acción específica* con la que responde la madre, se constituyen un soporte fundamental para la comunicación en la medida en que en el neonato, va quedando un registro de la cancelación de tensión gracias a la acción específica, por cuanto esto va demarcando una manera de solicitar la cancelación de otra nueva tensión.

Lo anterior supone que, la *vivencia de satisfacción*, deja una huella mnémica de la percepción que tuvo lugar. Dicha huella, se liga a otra imagen mnémica que, previamente había cancelado la sensación de displacer, de manera tal que, de aquí en adelante por asociación simultánea, se procurará investir nuevamente la imagen mnémica correspondiente a la primera vivencia de satisfacción. Esto es lo que se conoce como *identidad de percepción*; es decir, la repetición idéntica de la percepción mediante la cual se registró la primera satisfacción. No obstante, para volver a experimentar dicha sensación, no queda otra vía, sino la de la *alucinación*, pues solo procurándose tal recuerdo, es posible aproximarse al placer inicialmente sentido o, en otros términos, a la descarga de excitación. (Freud, 1985. pp. 363-364).

Contiguamente, en el mismo texto del *Proyecto de Psicología para Neurólogos*, explícitamente, en el apartado que Freud dedica al *yo*, describe una de las funciones iniciales que atribuye a la instancia psíquica del *yo*, la que se señala a continuación:

En el *estado de deseo* inviste de nuevo el objeto-recuerdo y entonces decreta la descarga, no obstante que la satisfacción por fuerza faltará, porque el objeto no tiene presencia *real* sino sólo en una *representación – fantasía*. Al principio ψ no es capaz de establecer ese distingo, pues sólo puede trabajar siguiendo la secuencia de estados análogos entre sus neuronas. Por eso precisa un criterio que provenga de otra parte para distinguir entre *percepción* y *representación*. (Freud, 2010/1985, p.370).

Lo anterior requiere de un ‘examen de realidad’ que, a su vez remite hacia el mundo exterior de manera que sea posible investir la imagen mnémica deseada, ya no sólo desde el puro recuerdo. Podría deducirse entonces que, una cosa es el proceso de la percepción y otro, el que permite que se registre la representación, a saber, el pensamiento. Por tanto, el *Yo* interviene entre el mundo exterior y la realidad psíquica que se va construyendo en el sujeto.

Lo anterior, nos remite a preguntarnos si ¿es posible que algo similar ocurra con los procesos oníricos, mediante los cuales el pensamiento parece darle continuidad a los procesos mentales tal y como sucede en el estado de vigilia?. Al respecto, encontramos que Freud (2010/1900), en el apartado VII de la *Interpretación de los sueños*, nos elucida confirmando que: “los rendimientos intelectuales más complejos son posibles sin la intervención de la conciencia” (p.582). Esto supone que los procesos propios del pensamiento, se encuentran en un campo que no precisamente corresponde al de la conciencia. Por lo tanto, cabe plantearse la pregunta: ¿sería posible que el proceso del pensamiento responda en buena medida al campo del inconsciente? De ser así, podría cuestionarse, además: ¿si la percepción remite más al conocimiento, mientras que el pensamiento que tiene lugar gracias a la fijación de una

huella mnémica que imprime la primera vivencia de satisfacción, tendería más hacia lo que en el capítulo anterior, se había establecido como saber?

Ahora bien, Freud (2010/1920) en *Más allá del principio de placer*, ilustró el caso de un niño, quien a sus 18 meses de edad, mostró ser capaz de identificar la ausencia y la llegada de su madre mediante el juego con un carretel que arrojaba y luego recogía tirando del hilo, mientras pronunciaba “*fort-Dá*”, se fue-llegó, lejos-cerca. (pp. 14-15). Mediante este acto de repetición, el niño da cuenta de que, al identificar la presencia–ausencia de su madre, tiene la capacidad de exteriorizar dichas representaciones mediante una actividad que, de un lado, ilustra una experiencia que sobrepasa el principio de placer y que, de otro, deja entrever la actividad del pensamiento en el niño, y en consecuencia un saber que se apoya no solo en los procesos de la consciencia.

Lacan (2007/1959) por su parte, en el apartado sobre *Placer y realidad* del *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, en primera instancia, retoma los planteamientos freudianos acerca del principio de placer y el principio de realidad y su funcionamiento. El principio de placer tiene la tendencia de regir sobre la identidad de percepción, indistintamente si esta es real o alucinatoria. Mientras que, el principio de realidad, “está articulado a una identidad de pensamiento, lo cual implica que el funcionamiento interior del aparato psíquico se establece a manera de un tanteo, de una puesta a prueba rectificadora” (p.43). Se entiende que, este trabajo de rectificación es lo que empuja al sujeto a emprender una búsqueda del objeto, de bordear los distintos objetos circundantes hasta ese momento en su experiencia.

Hasta aquí, se supone que el pensamiento pudiera producirse implícitamente en el campo del principio de realidad, pero como bien lo señala Lacan (1959): “todo pensamiento, por su

naturaleza, se ejerce por vías inconscientes. Sin duda, el principio de placer no lo gobierna, pero se produce en un campo que, a título de campo inconsciente, debe considerarse más bien como sometido a él". (p.44). Se entiende entonces que, siendo el pensamiento uno de los procesos internos regulado por el principio de realidad, pero producido en el campo del inconsciente, sólo alcanzamos a conocer de él a través de "signos de placer o de pena" (Lacan, 1959. P. 44). Es decir, siendo el pensamiento un proceso que se engendra por influjo del inconsciente, solo sabemos de él, mediante las palabras, lo cual ya remite a que en el inconsciente se hallan palabras.

Ahora bien, el hecho de que el pensamiento se engendre bajo el influjo del inconsciente, significa que para que ello suceda, se requiere de la fuerza que imprime el deseo, el deseo inconsciente que emerge tras la búsqueda del objeto una vez ha tenido lugar la vivencia de satisfacción.

Si se recuerda la 'amnesia infantil' establecida por Freud (2011/1905a) en *Tres ensayos de teoría sexual*, amnesia que recubre los primeros años de la vida hasta alcanzada la edad de 6 a 8 años, nos percataremos que esta amnesia cumple una especial función que en palabras freudianas versa así:

Convierte la infancia de cada individuo en un tiempo anterior, por así decir pre-histórico, y le oculta los comienzos de su propia vida sexual, es la culpable de que no se haya otorgado valor al período infantil en el desarrollo de la vida sexual (Freud, 2011/1905, p. 159).

Esto conduce a plantearse el siguiente interrogante: ¿la amnesia infantil, guarda relación con el deseo inconsciente que anima el pensamiento, algún pensamiento que sucumbe por efecto de la represión?. De ser así, se podría deducir que en el inconsciente se alberga un saber del cual la consciencia no quiere tener noticia, por cuanto sólo es posible que emerja a través

de la fantasía (ejemplo de la alucinación como se observó anteriormente en la vivencia de satisfacción) o bajo una forma que no resulte amenazante para la instancia psíquica al servicio de la consciencia (el yo).

Al retomar a Lacan (2003/1960) en el texto que dedica a *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*, abordando la compleja disyuntiva entre el saber y la verdad, para lo cual se apoya en la fenomenología de Hegel, señala que: “la verdad está en absorción constante en lo que tiene de perturbador, no siendo en sí misma sino lo que falta para la realización del saber. [...] La verdad no es otra cosa sino aquello de lo cual el saber no puede enterarse de que lo sabe sino haciendo actuar su ignorancia” (p.777); es decir, el sujeto mediante la ignorancia se defiende de una verdad, de cuya existencia prefiere no saber.

Luego dice Lacan (2003/1960) en el mismo texto mencionado anteriormente que: “el inconsciente a partir de Freud, es una cadena de significantes que en algún sitio (en otro escenario escribe él) se repite e insiste” (p.779). Si en el inconsciente se encuentran una serie de significantes (S_2) que se articulan a partir de un significante primario (S_1), gracias a lo cual es posible tramitarse un pensamiento con sentido, entonces podría decirse que, el saber que requiere del pensamiento mismo, es un saber inconsciente.

Ahora, si la pregunta que orienta esta investigación concierne la función materna en el deseo de saber del hijo varón, para lo cual se conoce de entrada que, el deseo se halla en el campo del inconsciente, se supone hay algo ligado a ese deseo de saber que parece le resulta escabroso a la consciencia, por cuanto aparece la amnesia infantil a recubrir algo de lo cual no se desea saber. Freud (2010/1905) compara esta amnesia infantil con la amnesia observada en la histeria, dado a que las impresiones olvidadas, han sido aquellas que han dejado las huellas

más profundas en la vida psíquica del sujeto. (p. 159). Esto sugiere que, la amnesia infantil, además de escindir la vida infantil en un antes y un después, vela el origen de la propia vida sexual del sujeto, como si alguna instancia albergada en sí mismo, se opusiera ante la posibilidad de un todo saber, como si en dicha instancia psíquica, se albergara un saber no-sabido.

Entonces, apoyando lo anterior en una inferencia de Estela Solano (1996), quien en el texto *Un saber que no se conoce y no se sabe, pero que puede saberse* plantea que si el inconsciente alberga en sí mismo un saber articulado que escapa al nivel de un conocimiento, se supone entonces que, “éste conocimiento, estaría del lado de la ilusión o del mito” (Solano, 1996. p. 83). Desde una perspectiva lacaniana, se entiende que el conocimiento estaría supeditado al registro imaginario, en tanto que a través de los órganos de los sentidos se alcanza un nivel de idea tramitada, seguramente, por las sensaciones de placer y displacer; mientras que, el saber en tanto saber articulado entre palabras, correspondería más a un plano simbólico en tanto resulta como la construcción de una serie de pensamientos que emergen en el intento de reencontrar, de bordear el objeto. Esto supone que mientras el conocimiento se establece a nivel de la consciencia, en un plano imaginario, el saber que se articula al nivel de la palabra, corresponde a un plano simbólico y por lo tanto: ¿el saber tiene lugar en el inconsciente?.

2.3. Un saber inconsciente

Siguiendo los planteamientos freudianos alrededor del principio de realidad y principio de placer, Lacan (2007/1959) en el *Seminario 7*, explicita una oposición que tiene lugar entre la percepción y el pensamiento, elucidando así que mientras la primera se encuentra ligado a la actividad alucinatoria en la cual está implícito el *Principio de Placer*, el segundo tiende más al

proceso de la búsqueda, del *Reconocimiento* (p. 46). El acto de pensar implica el *reconocimiento* entre un objeto actual y un objeto primero, del cual quedó un registro, una *huella mnémica* una percepción que se circunscribe en una actividad alucinatoria. Dicho objeto sobre el cual el niño obtiene la información mediante la actividad alucinatoria, evoca al pecho materno que le ha proporcionado la satisfacción frente al hambre, experiencia a la cual se ha ligado también una carga afectiva.

En esta misma vía, la división entre los procesos de percepción y pensamiento, es lo que Freud llama 'realidad psíquica' y que en palabras de Lacan se define así:

Por un lado, es el proceso en tanto que proceso de ficción. Por otro, son los procesos de pensamiento por los que se realiza la actividad tendencial, a saber, el proceso apetitivo – proceso de búsqueda [...] de nuevo hallazgo del objeto –. Esta es la otra cara de la realidad psíquica, su proceso en tanto que inconsciente, que es también proceso de apetito” (Lacan, 1959, p.46).

Este planteamiento lacaniano da cuenta de que la *realidad psíquica* podría designar, a su vez, la construcción de un saber sobre el primer objeto que imprimió la *huella mnémica*, a partir de la cual se establece una búsqueda en cuyo proceso interviene lo conocido y lo desconocido. Ahora bien, en la anterior cita, el término *apetito*, refiere un proceso de orden inconsciente en tanto se halla en la misma vía del deseo, lo cual nos remite al término *apetito de saber*, al cual se refiere Freud (2010/1905a) en *Tres ensayos de teoría sexual*. Ese apetito que se forja en el inconsciente trasciende hasta la consciencia bajo la forma de deseo, a partir de un pedido que surge de una necesidad específica, la cual puede alcanzar el estatus de demanda al Otro, en cuyo caso sería la madre como Otro primordial y, finalmente tomando la

forma de un deseo en tanto hay un excedente entre la necesidad y la demanda que no puede ser satisfecho¹².

Ahora bien, Lacan retomando los postulados freudianos, menciona el término de *Realidad psíquica*, refiriéndose al proceso de la experiencia en el cual interfieren la percepción (implícita en la actividad alucinatoria) y el pensamiento que permite discriminar lo conocido y lo desconocido mediante la búsqueda y comparación de objetos. Dicha 'realidad psíquica' señalada en las elaboraciones freudianas, corresponde al 'fantasma fundamental', el cual le posibilita a cada sujeto, hacer una lectura auténtica sobre la realidad en la cual se encuentra circunscrito. Esto permite puntualizar el primer objetivo de investigación que corresponde a establecer el saber del cual se ocupa el psicoanálisis: el saber inconsciente, al cual corresponden un cúmulo de experiencias que han dejado unas impresiones o huellas mnémicas a partir de la vivencia de satisfacción señalada en los anteriores postulados freudianos. De tal manera que, el deseo de saber guarda relación con la madre desde el campo del inconsciente en tanto es ella quien le transfiere a su hijo unos significantes, circunscribiéndolo en el lenguaje.

Así mismo, la relación de la madre con el hijo varón, se encuentra circunscrita en un entramado de afectos que no siempre son consentidos por la instancia psíquica del yo, al hallarse bajo el influjo de la consciencia. Esto nos conduce a recordar una frase que Lacan (1981/1976) explicita en su *Seminario Aún*, la cual sostiene que "el saber, que estructura en una cohabitación específica al ser que habla, tiene la mayor relación con el amor. Todo amor encuentra su soporte en cierta relación entre dos saberes inconscientes" (p. 176). La pregunta

¹² Sobre este proceso, se volverá en el primer apartado del cuarto capítulo, afianzando la función de la madre en relación a este proceso.

sobre la función materna en relación con el deseo de saber del hijo varón parece armonizar bien con la relación entre dos saberes inconscientes: un saber inconsciente del hijo que se estructura gracias a que su madre, lo inserta en una cadena significativa, le facilita el lenguaje.

Así mismo, a la luz de la pregunta de investigación ¿cuáles son las incidencias de la función materna en la institución de la castración que, a su vez se articula con el deseo y el deseo de saber?, es pertinente esclarecer la función del Otro primordial en términos del saber inconsciente. Lacan en el *Seminario 20, Aún*, hace un señalamiento, explícitamente en el último capítulo designado *La rata en su laberinto*, ubicando el saber como enigma; aduciendo además que “para el ser hablante, el saber es lo que se articula a nivel de la palabra” (Lacan, 1973, p. 166).

En el caso del recién nacido, el lugar de la palabra se halla fuera de su cuerpo, a saber, en la madre, quien le proporciona la subsistencia. En la teoría lacaniana, esta madre sería el Otro absoluto, primordial; en donde se encuentran constituida la palabra, lo cual constata que la palabra tampoco se funda en la instancia psíquica del Yo, por cuanto el lenguaje le viene al niño de ese lugar Otro, fuera del campo de la consciencia, fuera de sí. Esto da cuenta de un viraje en lo que hasta el momento se había concebido como inconsciente, a saber, que estaba articulado como un lenguaje, pero con el *Seminario aún*, el inconsciente viene a ser ‘el discurso del Otro’; es decir, de la madre como Otro primordial. Esto supone que una de las funciones de la madre como Otro primordial consiste en circunscribir a su hijo como sujeto del lenguaje.

Siendo así, dice Lacan (1981/1976) en el *Seminario aún*, que se halla un saber inconsciente que corresponde al S_1 , significante unario, al cual se articulan los significantes implícitos en la

acumulación de aprendizajes, de contenidos sobre diversos temas, que corresponderían más al campo del S_2 . Se supone entonces que, la madre como ese Otro primordial en quien se encuentran las palabras, es quien circunscribe al niño en el significante unario, a partir del cual se articulan los demás.

Lo que significaría entonces, que lo que el niño logra aprehender mediante los órganos de sus sentidos, puede o no articularse a su saber inconsciente, un saber que escapa a los dominios del yo y de su narcicismo. Dicho de otra forma, los S_2 que el niño aprehende mediante la interacción con el contexto, son susceptibles de articulación al S_1 que, en tanto significante amo, implica una relación con el saber de su inconsciente.

A manera de conclusión sobre este segundo capítulo, podrían señalarse los siguientes aspectos:

Al hablar del conocimiento desde Platón, se destaca la teoría de la reminiscencia, la cual establece un reencuentro con algo que ya se conoció en una vida pasada. Esto guarda relación con el postulado freudiano sobre la 'amnesia infantil', dado a que de igual manera, convierte la infancia de algunos sujetos en un antes y un después en términos de temporalidad; lo cual se asocia con la relación entre el niño y su madre, quien al ser su primer objeto de amor, lo es también de deseo, de un deseo que la represión prefiere conservar en el campo del inconsciente.

El conocimiento y el saber, convergen respecto a su relación con una verdad inalcanzable por cuanto el alma se encuentra limitada por pertenecer al cuerpo. Esta verdad se ubica entonces tan inalcanzable como el objeto perdido establecido por Freud en la 'primera vivencia de satisfacción', objeto que, de acuerdo a esta teoría freudiana, se alberga en el

cuerpo de la madre. Lo cual sugiere que dicho objeto que se pretende volver a encontrar, causa el deseo en el hijo, en la misma medida en que al no reencontrarlo (y que por lo demás, nunca fue aprehendido), se sostiene en su búsqueda.

Tanto el alma para Platón como el inconsciente para el psicoanálisis, alberga un saber sobre muchas cosas (lo ya pensado para Platón), a partir de lo cual en un proceso de similitud (asociación) es posible conocer. Tanto en la filosofía de la antigua Grecia, como en el discurso del psicoanálisis, aparece un *imposible* en el horizonte que no logra alcanzarse por la vía de las palabras, en tanto, no es posible conocer. En este sentido, cabe plantearse la pregunta: ¿Acaso este *imposible* que en la filosofía griega, se encuentra en el horizonte como una Verdad imposible de capturar por parte del sujeto, y que en el psicoanálisis podría leerse como *das-Ding* ó *Real* en tanto imposible de representarse a nivel del pensamiento, es lo que anima el *deseo de saber*? Y de ser así, ¿Cuál vendría a ser la función de la madre con relación a dicho *deseo de saber*?. Sobre esta pregunta, volveremos en el último capítulo al analizar la función materna en relación con el deseo de saber apoyándose para ello, en el caso de Leonardo da Vinci.

A partir de los postulados lacanianos que, a su vez retoman los desarrollos freudianos, el pensamiento se engendra en el campo del inconsciente, y dado a que este se estructura bajo las lógicas del lenguaje, se alberga en él un saber inconsciente. Al inicio, el recién nacido le vienen las palabras del campo del Otro primordial que es la madre en tanto ser omnipotente, de quien su hijo depende enteramente; luego, la madre cumple otra función cuando el varoncito alcanza determinada edad en la que su cuerpo le sirve como referencia para identificar en palabras freudianas “la castración”. Por lo tanto, daremos paso a revisar este proceso con mayor amplitud en el capítulo siguiente.

Capítulo 3. La función materna en relación con la experiencia de castración en el hijo varón

Habiendo dedicado el anterior capítulo a esclarecer los términos conocimiento y saber desde sus fuentes teóricas nos aproximamos a un discurso psicoanalítico que nos llevó a identificar que el pensamiento se engendra en campo del inconsciente y, en consecuencia, también el saber.

El saber inconsciente cumple una función de estructurar al ser hablante; es lo que articula al ser que habla en tanto la relación de un significante unario (S_1) al cual se vinculan unos significantes secundarios (S_2) que le dan sentido. Lacan arguye además en el *Seminario 20* que el saber que estructura al ser hablante guarda una estrecha relación con el amor, resaltando que “todo amor encuentra su soporte en cierta relación entre dos saberes” (p. 176). Este enunciado ‘todo amor’, evidencia un alcance universal que concierne la relación madre-hijo en tanto, ella corresponde al primigenio objeto de amor que se torna erótico durante el complejo de Edipo, lo cual nos traslada al campo de las elucidaciones freudianas.

Ahora, teniendo en cuenta que la pregunta de investigación corresponde a ¿cuáles son las incidencias de la función materna en la institución de la castración, que a su vez se articula con el deseo y el deseo de saber?, es necesario dedicar este capítulo a determinar aquellos elementos significativos en la relación madre-hijo para precisar la función materna a partir de la experiencia de castración en el hijo varón, respondiendo de esta manera al segundo objetivo de investigación. Para ello, en el primer apartado que reúne dos relevantes textos de la teoría freudiana: ‘*Pulsión de Saber y teorías sexuales infantiles*’, se retomará el abordaje concerniente a la incipiente investigación sexual infantil, con el propósito de esclarecer los posteriores apartados en relación con la función materna y el deseo de saber.

En segunda instancia en el apartado dedicado a *La madre del amor en relación con el deseo de saber en el hijo varón* es preciso localizar la función que ejerce ‘la madre del amor’ en tanto proporciona a su hijo el amor y la ternura necesarios para luego poder amar y desear.

Finalmente en el apartado *La madre en relación con el hijo varón: la angustia de castración*, se plantean aspectos concernientes a las respuestas de algunos hijos varones ante la angustia que les genera el percatarse de la castración materna y se procuran articulaciones con la parte de la pregunta de investigación que implica la función materna en relación con la instauración de la castración en el hijo varón.

3.1. De la ‘pulsión de saber’ y las teorías sexuales infantiles

Un impetuoso interés intelectual en Freud, en su afán por develar la génesis de la sintomatología de las neurosis, lo condujeron a descubrir lo que él designó como “la interrogación más ardiente y más antigua de la humanidad” (Freud, 2010/1907, p.118), a saber: la primera investigación que hace el niño sobre los enigmas que le representa la vida sexual. De manera que, hacia el año de 1905 en *Tres ensayos para una teoría sexual*, desarrolla lo que, hasta el momento, concibe como pulsión de saber para referirse a una impetuosa curiosidad que se despierta en el niño entre los primeros tres y cinco años de vida; en la cual el niño concentra sus esfuerzos por descubrir aquello que le permita dar respuesta a las preguntas que se plantea con relación a la sexualidad (Freud, 2010/1905, p.178)

En *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (2010/1909e), Freud advierte que “apetito de saber y curiosidad sexual parecen inseparables entre sí” (p.10), pues la curiosidad es la que impulsa a Hans alrededor de los 3 años y medio a observar el cuerpo de los animales y los

objetos para comparar si tienen o no el miembro genital masculino y, realiza estas observaciones respondiendo a un apetito de saber. Como Freud lo plantea, pareciera que, apetito de saber y curiosidad sexual se conjugan en lo siguiente: el apetito de saber se nutre de la curiosidad que emerge en el niño a partir de su propio cuerpo en relación con el de los demás, siendo la madre una de las figuras representativas para el niño, alguien a quien el niño, a semejanza de Hans, observará para identificar si ella como ser vivo, también posee el miembro genital masculino.

Cabe señalar que la investigación sexual concierne tanto a niños como a niñas, de lo que da cuenta Freud (2010/1907c) en *El esclarecimiento sexual del niño*, en donde presenta el caso de una niña de once años y medio de edad, quien siendo huérfana de madre, se ha planteado algunas cuestiones que, mediante una carta le refiere a su tía:

“Querida tía Mali: Hazme el favor de escribirme contándome cómo has tenido a Cristina o a Pablito. Tú tienes que saberlo, puesto que estás casada. [...]. No podemos comprender querida tía Mali, cómo trae la cigüeña a los niños. Trudel cree que los trae solo con una camisita. Quisiéramos saber también si los toma del estanque [...]. Escríbeme muy largo contándomelo todo. Tu curiosa, Lili”. (p.119)

Lo anterior da cuenta de que, las niñas también se ocupan de preguntas que conciernen a la sexualidad, dado a que el interés por saber se despierta en la infancia a partir de la representación de su propio cuerpo en comparación con el cuerpo de otros.

Luego, en el texto *Sobre teorías sexuales infantiles*, Freud (2010/1908c) sostiene:

El esfuerzo de saber de los niños en modo alguno despierta aquí de una manera espontánea, por ejemplo a consecuencia de una necesidad innata de averiguar las causas, sino bajo el aguijón de las pulsiones egoístas que los gobiernan: cuando —acaso cumplido el segundo año de vida— los afecta la llegada de un nuevo hermanito” (p. 189).

Pero a medida que fue avanzando en las sendas de la sexualidad, investigación que desarrolló con toda la seriedad del caso, reconoció que no es la causa más significativa, pues en el caso de varios sujetos, parecen intervenir otros asuntos, entre los cuales, se encuentra la diferencia sexual anatómica que, en el varoncito, reclama mayor importancia en tanto experimenta la sensación placentera en sus órganos durante un periodo de autoerotismo.

Es necesario precisar que no se puede subordinar la pulsión de saber solamente a dicha investigación sexual, sino que, como enunciaría Freud (2010/1905a) en *Tres Ensayos de Teoría Sexual*:

La pulsión de saber no puede computarse entre los componentes pulsionales elementales ni subordinarse de manera exclusiva a la sexualidad. Su acción corresponde, por una parte, a una manera sublimada del apoderamiento, y, por la otra, trabaja con la energía de la pulsión de ver. (pp. 176, 177)

Hay que recordar que para 1905, cuando Freud escribe el texto de *Tres ensayos de teoría sexual*, concebía a la pulsión como un empuje, pues aún faltaban alrededor de nueve años para que Freud se detuviera a pensar en este término de forma más elaborada como sí lo hace en el texto *Pulsiones y sus destinos* (1914h), en el cual identifica una fuente [*Quelle*] que corresponde a un proceso excitador proveniente desde el interior de un órgano, un esfuerzo [*Drang*] entendido como un empuje o carga de excitación puesta en marcha en el proceso pulsional, un objeto [*objekt*] que, implica el medio por el cual se alcanza la meta y por ende una satisfacción y, finalmente una meta [*ziel*] hacia donde se orienta la pulsión.

Tres años más tarde, Freud (2010/1908c) se detuvo a pensar con relación al concepto de pulsión en el texto *Sobre teorías sexuales infantiles*, mediante el cual esclarece tres destinos que puede tomar la pulsión sexual:

Una primera posibilidad tiene lugar cuando la actividad de teorizar resulta frustrado y cuando a su vez, la represión de la sexualidad infantil se hace demasiado fuerte como efecto de la educación social del niño, lo cual puede conducir a una inhibición permanente del apetito de saber y una posterior limitación de la actividad intelectual (Freud, 2010/1908c, pp. 216-218).

En segundo orden se tiene que, cuando la curiosidad sexual precoz se ve excesivamente reforzada y la represión de la sexualidad infantil no alcanza a limitar el investimento de la actividad intelectual, el apetito de saber, sexualizado, puede ponerse más tarde en un razonar interminable (Freud, 2010/1908c, pp. 216-218).

Y una tercera vertiente ocurre cuando el destino pulsional que Freud califica como el “desenlace de una disposición constitucional anormal” (p. 218), deriva en la sublimación gracias a que, la energía sexual escapa a la represión, reforzando una vigorosa pulsión de investigar; por cuanto el apetito de saber y la actividad intelectual pueden desarrollarse libremente (Freud, 2010/1908c, pp. 216-218).

De este tercer destino pulsional, Leonardo da Vinci, el genio del arte y de las ciencias del renacimiento, ofrece un caso ejemplar del tercer desenlace de la pulsión de saber, al haber trasladado su energía sexual al servicio de realizaciones creadoras y culturales. De esta manera, se infiere que la vertiente que más favorece al deseo de saber es la sublimación, sobre la cual se volverá en el capítulo cinco, cuando se analice el caso de Leonardo da Vinci.

Por lo pronto, es necesario volver la mirada hacia las teorías sexuales infantiles. De acuerdo al texto establecido por Freud, la palabra teoría supone una respuesta que el niño encuentra ante los enigmas de la vida sexual que implica una relación con el cuerpo mismo. El niño concentra sus esfuerzos por descubrir aquello que le permita dar respuesta a las preguntas que

se plantea con relación al origen de las cosas como: ¿de dónde provienen los niños?; de la concepción: “¿Cómo es que se hacen los bebés?”; del nacimiento “¿Cómo nacen?” y a nivel anatómico se cuestiona ¿por dónde es que nacen? (Freud, 2010/1905a, p.178), preguntas que posteriormente lo conducen a plantearse unas teorías sexuales infantiles.

En *El esclarecimiento sexual del niño*, en el cual Freud (2001/1907c), procura dar respuesta a algunas cuestiones sobre la conveniencia o no de esclarecer en el niño las preguntas que aquél logra elaborarse respecto a la sexualidad, se muestra convencido de que, entre más se oculte un asunto a un niño, mayor será su curiosidad por conocer la verdad. Freud expone sin lugar a equivocarse “la imposibilidad de ocultar aspectos de la sexualidad al niño, cuando incluso este, se enterará por otros medios, pues sin duda, el niño es un ser social”. (p. 159).

Si se le niega al niño la posibilidad de esclarecer algunas de sus dudas relacionadas con la sexualidad, “sólo se consigue escatimarle la facultad para el dominio intelectual de unas operaciones para las que está psíquicamente preparado y respecto de las cuales tiene el acomodamiento somático” (Freud, 2010/1907c, p. 117), dado a que algunas de estas mociones albergadas en la psiquis del niño, pueden abrirse vía hasta la sensación del órgano. Así, el interés intelectual del niño por “los enigmas de la vida genésica, su apetito de saber sexual, se exterioriza en una época de la vida insospechablemente temprana” (Freud, 2010/1907c, p. 117).

Ante la pregunta “¿de dónde vienen los hijos?”, Freud dice que el niño parece preguntarse en realidad de dónde provino el hermanito tan molesto, convirtiéndose así como un investigador a partir de las dificultades de la vida; es decir, la percepción de esta realidad, conduce al niño a indagar para buscar una solución; “como si al pensar se le planteara la tarea de prevenir la recurrencia de un suceso tan temido” (Freud, 2010/1905a, p. 190). Esta cita da cuenta de que

el ser humano, se obliga a pensar con la posibilidad de encontrar alguna forma de detener algo temido; es decir, pensar serviría como pantalla protectora para detener una angustia. Pero en ulteriores pasos “es inhibido por una ignorancia que no se deja sustituir, y por falsas teorías que el estado de su propia sexualidad le impone” (Freud, 2010/1905a, p. 192); por cuanto, allí donde alguna vez tuvo lugar la pregunta, el niño coloca su propia ‘teoría sexual infantil’.

Justo en el texto así titulado, *Sobre teorías sexuales infantiles* (2010/1908c), Freud señala tres teorías con las cuales el niño procura explicar los sucesos que de la sexualidad le resultan tan enigmáticos:

La primera teoría se relaciona con adjudicarle el órgano sexual masculino a los seres animados como inanimados. Esta es la teoría que bien ilustra el caso del pequeño Hans, quien le adjudicaba durante mucho tiempo el órgano genital masculino a su madre. En palabras de Freud (2010/1908c), esta teoría “consiste en atribuir a todos los seres humanos, aun a las mujeres, un pene, como el que el varoncito conoce en su cuerpo propio” (p.192).

La segunda teoría responde ante la pregunta ¿por dónde nacen los niños?. El niño al observar a la madre embarazada, se pregunta ¿Cómo es que el niño puede llegar ahí adentro?. El pequeño investigador no logra identificar con precisión que ello ha sido producto del acto sexual entre sus padres. Sostiene Freud (2010/1908c) que:

Cuando el niño parece estar así en el mejor camino para postular la existencia de la vagina y atribuir al pene del padre esa penetración en la madre como aquel acto por el cual se engendra el hijo en el vientre materno, en ese punto la investigación se interrumpe, desconcertada, pues la obstaculiza la teoría de que la madre posee pene como un varón, y la existencia de la cavidad que acoge al pene permanece ignorada para el niño. (p. 194).

Esta falta de representación del miembro genital femenino, deja un vacío en el pensamiento del incipiente investigador y, con ello, queda un agujero también en el saber.

La tercera teoría sexual la explicita Freud (2010/1908c) en su texto dedicado a *Sobre teorías sexuales infantiles* como un azar para algunos niños. Se trata de la ‘concepción sádica del coito’, cuando el niño observa el comercio sexual entre sus padres “ven en él algo que la parte más fuerte le hace a la más débil con violencia, y lo comparan, sobre todo los varoncitos, con una riña como las que conocen del trato entre niños, y que por cierto no dejan de ir contaminadas por una excitación sexual”. (p. 196).

Es preciso destacar una de las observaciones más valiosas a finales de la época de la investigación sexual, pues “ese temprano discernimiento se mantendrá siempre en secreto, y luego será reprimido y olvidado en conexión con los ulteriores destinos de la investigación sexual infantil” (Freud, 2010/1908c, p.191). Esta amnesia que sobreviene sobre el incipiente investigador, guarda relación con la imposibilidad de representación del órgano genital femenino. Habrá que precisar al final de este capítulo ¿qué es lo que realmente no puede alcanzar el nivel de la representación y cuál es la razón?

De todo lo anterior, es posible exponer las deducciones presentadas a continuación:

La primera investigación que realiza el niño, tiene lugar entre los primeros 3 a 5 años de edad, cuando empujado por una curiosidad que proviene a partir de su cuerpo, se dirige al otro en su afán de saber si los demás al igual que él, poseen un miembro genital: el pene; lo cual indica que, la primera investigación parte de los asuntos concernientes a la sexualidad.

Gracias a esta investigación infantil, la pulsión sexual tiene tres vertientes, entre las cuales, la más favorable y a la vez extraña, corresponde a la sublimación. Un caso que ilustra de manera ejemplar este destino pulsional en que la energía sexual escapa a la represión, reforzando una vigorosa pulsión de investigar, por cuanto el apetito de saber y la actividad intelectual pueden desarrollarse libremente corresponde a Leonardo da Vinci.

Son los asuntos de la vida sexual que el niño alcanza a observar, los que lo conducen a plantearse algunos interrogantes frente a los enigmas de la vida sexual, ante los cuales el niño plantea unas teorías, pero es justo ante la imposibilidad de representarse el miembro genital femenino, que el niño fracasa en su investigación, sucumbiendo ante un periodo de amnesia sobre este período de acuciante actividad intelectual.

Se tiene entonces que la imposibilidad de representarse a la madre sin miembro genital masculino y la falta de datos para representarse la relación sexual, conducen al pequeño investigador a cesar en su actividad intelectual. Cabe preguntarse: ¿qué genera el miembro genital femenino en el psiquismo del niño, que al percatarse de su existencia, lo conduce a olvidar su investigación sexual?. Para responder este planteamiento, es necesario primero determinar la función que ejerce la madre desde una postura del amor con relación al deseo de saber de su hijo en el siguiente apartado.

3.2. La madre del amor en relación con el deseo de saber de su hijo varón

En la *Metamorfosis de la pubertad*, Freud (2010/1905b) reconoce la función de la madre en la constitución psíquica del niño en tanto su presencia resulta fundamental en la constitución del sujeto como un ser sexual, que pasa por una erogenización de sus zonas genitales, albergando una de las emociones más complejas a saber, el amor que a su vez, le proporciona la capacidad

para relacionarse con sus semejantes. La cita referida a continuación, puede ilustrar de mejor manera lo que se ha intentado decir:

El trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexuales a partir de las zonas erógenas – por regla general la madre- dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho. [...] Pero ya sabemos que la pulsión sexual no es despertada sólo por excitación de la zona genital; lo que llamamos ternura infaliblemente ejercerá su efecto un día también sobre las zonas genitales. (Freud, 2010/1905b, p. 203).

De acuerdo a la anterior cita, podría inferirse que, indudablemente, una de las funciones que la madre ejerce mediante el afecto, la ternura y los cuidados que le proporciona a su hijo, corresponde a la constitución de un cuerpo erogenizado que, como tal, se prepara para posteriores experiencias en su desarrollo sexual. Las caricias, los besos y los arrullos corresponden todos a manifestaciones de la ternura, que a su vez, se encuentra implícita en la primera elección de objeto. Se sostiene en el texto *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (contribuciones a la psicología del amor, II)* que:

La ternura de los padres y personas a cargo de la crianza [...], contribuye en mucho a acrecentar los aportes del erotismo a las investiduras de las pulsiones yoicas en el niño y a conferirles un grado que no podrá menos que entrar en cuenta en el desarrollo posterior” (Freud, 2010/1912, p.174).

Esto da cuenta de la significativa función que ejerce la madre en tanto trasfiere a su hijo el amor y la ternura tan indispensables para la posterior elección de objeto.

Dice Freud en *Tres ensayos de teoría sexual* que, la pulsión sexual no solo requiere de la excitación de la zona genital, sino que las manifestaciones de ternura de la madre hacia su hijo, despiertan afectos tan necesarios para la constitución del sujeto como ser sexuado. Es así como Freud, esclarece:

Si la madre conociera mejor la gran importancia que tienen las pulsiones para toda la vida anímica, para todos los logros éticos y psíquicos, se ahorraría los autorreproches [...]. Cuando enseña al niño a amar; no hace sino cumplir su cometido; es que debe convertirse en un hombre íntegro, dotado de una enérgica necesidad sexual, y consumir en su vida todo aquello hacia lo cual la pulsión empuja a los seres Humanos. (Freud, 2010/1905a, p. 204).

Lo anterior parece indicar que, una de las funciones que espontáneamente ejerce una madre, es erogenizar el cuerpo del niño mediante los cuidados y las caricias que le proporciona. Es a través de todas sus manifestaciones de amor como otorga a su hijo el lugar privilegiado de ser amado, posibilitándole a su vez, la capacidad para poder amar. Aunque Freud no lo mencione explícitamente, la manera como lo escribe, parece conducirnos a que la madre, ejerciendo esta función de madre del amor, despierta en el niño la pulsión necesaria para conducirse en la vida.

Unos años más tarde, habiendo acrecentado su interés por el trabajo clínico, Freud (2010/1917) en el texto *Un recuerdo de infancia en Poesía y verdad*, describe la situación de un paciente de 26 años, en quien ha descubierto un serio conflicto con su madre. Aclaro que, dicho paciente no es Goethe, pero se sirve del caso para realizar un análisis sobre un recuerdo del célebre poeta, dice Freud:

Un hombre talentoso y de elevada cultura, ocupado en el presente por un conflicto con su madre, conflicto que se extendía a casi todos sus intereses vitales y en virtud del cual habían padecido severamente el desarrollo de su capacidad de amor y el de su autonomía personal. (p. 143).

Esta cita, da cuenta de la sustancial función que puede llegar a ocupar una madre en relación con su hijo, la cual o bien depara o subvierte en la capacidad de amor de este último. Al indagar sobre la génesis de tal conflicto en su paciente, el creador del psicoanálisis encuentra un recuerdo que se remonta alrededor de los 4 años de edad, cuando aquél joven

paciente “poseía irrestricta, y no compartía con ningún otro, la ternura de su madre” (p. 143) por tener además, un quebrantado estado de salud. Pese al malestar que seguramente le produjeron los estados de enfermedad, éste parece haber sucumbido ante los cuidados y la ternura proporcionados por su madre hasta el momento mismo en que tuvo lugar la llegada de un hermanito. Señala Freud que, a partir de este momento, su paciente, reacciona con cierto fastidio a tal punto que “se convirtió en un niño testarudo, rebelde, que de continuo provocaba la severidad de la madre. Y nunca más se encaminó por la recta senda”. (p.143).

Aunque la cita da cuenta de los celos y la rivalidad que emergen en el niño ante la presencia de otro semejante con quien se debe compartir el amor y los cuidados de los padres u otras figuras que operen desde este lugar, ilustra cuán importante resulta la presencia de la madre en la configuración del sujeto en relación con su semejante. La madre es investida por el niño como primer objeto de amor.

Freud compara la rememoración de dicho caso de su paciente del que se sirve para analizar el recuerdo infantil del poeta, novelista y dramaturgo alemán Johann Wolfgang Von Goethe (1749-1832), que extrae justamente del libro que condensa su biografía: *Poesía y verdad*, cuyo análisis interesa para este apartado en cuanto Freud establece una inferencia que ubica a la madre en un lugar privilegiado en tanto imprime la fuerza necesaria en su hijo, como lo exponen a continuación las elocuentes palabras de su autor:

Quando uno ha sido el predilecto indiscutido de la madre, conservará toda la vida ese sentimiento de conquistador, esa confianza en el éxito que no pocas veces lo atrae de verdad¹³. Goethe habría tenido

¹³Sigmund Freud expresa al iniciar esta cita que ya ha expresado esta frase en otro lugar. Al revisar la nota pie de página, James Strachey aclara que se encuentra en una nota adicional correspondiente a 1911, al texto de *La interpretación de los sueños (1900^a)*, AE, 5, p. 401.

derecho a iniciar su autobiografía con una observación como esta: “Mi fuerza tiene sus raíces en la relación con mi madre”. (Freud, 2010/1917, p. 150).

Ahora bien, Freud se autoriza a analizar un recuerdo infantil de Goethe, que remite a los primeros años de vida, cuando habiendo experimentado la llegada de sus hermanos, disfrutaba de arrojar los platos de su casa por la ventana, mientras sus vecinos emitían expresiones que el literato en su infancia leía como una aprobación. Lo que interesa de esta observación es que, el creador del psicoanálisis se haya visto atraído por la vida de uno de los genios más versátiles del siglo XIX, cuyas obras se conservan como una maravillosa muestra de la literatura universal. Goethe, quien había mostrado fascinación por el teatro, la pintura, la política, incursionó también en áreas del conocimiento como la pedagogía, la historia y la filosofía, destacando por supuesto, como se mencionó anteriormente en la literatura, inclusive como libretista de ópera. Esta condición de recibir un decidido amor por quien confiere mucho más que la vida, puede imprimir en el hijo, un firme sentimiento de poder alcanzar los propósitos establecidos o, lo que se diría en letras más psicoanalíticas: ser consecuente con el propio deseo.

Tanto Goethe como Leonardo, recibieron un amor incondicional y tuvieron un lugar privilegiado en la vida de sus madres, condición que les dotó de la fuerza suficiente para realizar admirables obras a través de las cuales se eternizarían sus nombres. El mismo Freud, en esta cita: “Goethe habría tenido derecho a iniciar su autobiografía con una observación como esta: ‘Mi fuerza tiene sus raíces en la relación con mi madre’”. (Freud, 2010/1917, p. 150), deja traslucir un sentimiento de predilección proveniente de su propia madre, lo cual supone que serían tres grandes creadores en el ámbito del arte y la literatura confluyendo en un lugar aventajado en la relación con su madre. Así que, tomando prestada la frase que elabora

Freud (2010/1917) en *Un recuerdo de infancia en poesía y verdad*, me atrevería a decir que no solo Goethe, sino que también Leonardo y el mismo padre del psicoanálisis podrían decir: “Mi fuerza tiene sus raíces en la relación con mi madre”. (p. 150).

Empero, la madre no parece ser exclusivamente la madre tierna, quien solamente cuida y ama a su hijo, pues como Freud (2010/1908e) lo señala en el texto *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna*, una mujer, cuyo esposo no logra satisfacerla sexualmente a causa de falta de potencia en el acto sexual propiamente dicho, presenta una tendencia a colmar esta satisfacción por otras vías, entre las cuales se encuentra su lugar como madre. Así que: “la mujer neurótica, insatisfecha por su marido, es hipertierna como madre e hiperangustia hacia el hijo, sobre quien trasfiere su necesidad de amor; así le despierta una prematura madurez sexual” (p.180). Esto lo señala adicionalmente, en 1910, en el análisis que le dedica al genio del renacimiento, por la preferencia que Leonardo, en ausencia del padre, tuvo durante sus primeros cinco años de vida en la relación con su madre Caterina. Cabe preguntarse entonces, ¿cómo se relaciona esta predominante función de la madre con el deseo de saber del hijo varón?, pues como Freud ya lo ha señalado, ser amado por la madre, provee de una necesaria capacidad de amor. Empero, aunque sea necesaria, ser amado excepcionalmente por la madre, quizá no sea suficiente para establecer una merecida relación con el saber.

Otra observación que hace Freud (2010/1901) respecto a la madre, se halla en el texto *Piscopatología de la vida cotidiana*, en el cual explicita que no salía del asombro por un sueño que le había relatado un paciente “cuyo contenido no admitía otra referencia interpretativa que el comercio sexual con la propia madre” (p. 175), recordando la peculiaridad de que en la saga de Edipo Rey, este accediera a la reina Yocasta y bajo la

aprobación del matrimonio, no resultara escandaloso ni reprochable por la edad que ella, seguramente le doblaba. Que la edad de la reina Yocasta no escandalizara normalmente a las personas, refiere Freud que le “pareció muy acorde con la conclusión de que el objeto del enamoramiento nunca es la persona presente de la propia madre, sino su imagen mnémica juvenil, que se ha guardado de la infancia”. (2001/1901, p. 175).

La anterior inferencia freudiana, permite identificar que en el hijo varón prevalecen entonces imágenes mnémicas que conciernen a la figura de la madre y que, seguramente interfieren en alguna medida en la elección de objeto. Pero de otro lado, el sueño de aquél paciente, revela el deseo de ser el hombre que la madre desea. Siendo así, ¿sería posible relacionar dichas imágenes mnémicas con el recuerdo infantil de Leonardo?. De ser así, ¿cómo podría operar un recuerdo infantil que, de acuerdo al análisis freudiano, implica a la madre en el deseo de saber?.

De este apartado, se deducen las siguientes conclusiones:

En la obra freudiana, prevalecen observaciones que precisan una función fundamental en la madre en tanto mediante sus cuidados, proporciona el amor y la ternura, despertando en el niño los afectos de amor y deseo necesarios que lo ubican como un sujeto capaz de amar y desear.

Ser amado y deseado por la madre, le procura al niño un sentimiento de confianza para orientarse en la consecución de los propósitos vitales, lo que indica que, ser deseado por la primera figura de amor, acrecienta el deseo y quizá, el deseo de saber; por cuanto a Goethe, Leonardo y Freud podría bien armonizarles esta observación freudiana: “Mi fuerza tiene sus raíces en la relación con mi madre”.

Empero, es posible que no siempre prevalezca el amor y el cuidado de una madre hacia un hijo, por cuanto habrían también madres desmesuradamente tiernas o angustiadas quienes al no ser satisfechas por el marido, buscan una complacencia por vía la maternidad; lo cual sugiere que, podría haber más de una posición materna y que una madre no solo es madre, sino que también es una mujer y en tanto tal, su relación con el hijo, se encuentra cruzada por su ser como madre. Podría considerarse entonces que, hay una madre que brinda amor y otra que haciéndolo en exceso, tendría la tendencia de colmar la falta con su hijo.

Habiendo llegado a este punto, es preciso precisar a continuación, la relación madre e hijo en torno a la angustia de castración. Es posible que el siguiente apartado, permita esclarecer una conexión entre la angustia de castración y la interrupción de la actividad intelectual en el niño.

3.3. La madre en relación con el hijo varón: la angustia de castración

El desarrollo de este apartado, se propone precisar la función materna en la experiencia de castración del hijo varón, correspondiente al segundo objetivo de investigación; de tal suerte que sea posible dar respuesta frente a: ¿cuáles son las incidencias de la función materna en la instauración de la castración?

En el cuarto apartado de *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*, Freud (2011/1909f) indagándose sobre la formación de síntomas, concluye que “las reprimidas, imperecederas mociones de deseo de la infancia son las que han prestado su poder a la formación de síntoma” (p. 37), añadiendo además: “estamos autorizados a calificar de sexuales a todas esas poderosas mociones de deseo de la infancia” (p.37). Esto lo remite de inmediato a examinar nuevamente la sexualidad infantil en cuyo corazón encuentra la compleja relación que se suscita entre el

hijo y sus padres, destacando un estado de enamoramiento impulsado por un deseo sexual que, finalmente por la intervención de la prohibición paterna, resulta inhibido.

Lo anterior abre una vía para identificar otra interesante función ejercida implícitamente por la madre y quizá desconociendo sus implicaciones, para ello es preciso retomar los aspectos más álgidos que acaecen en un período de la infancia, cuyo paso obligado tanto para hombres como para mujeres, deja implicaciones psíquicas. Interesa puntualizar aspectos que permitan el posterior análisis de las respuestas de algunos varoncitos frente a lo que, en el campo del psicoanálisis se ha denominado ‘complejo de castración’, que para el caso de la niña se designa como “envidia del pene” y para el caso del varoncito “angustia de castración”.

Freud aborda este asunto en varios de sus textos, pues parece interesado vehementemente en esclarecer las lógicas del amor en la relación del hijo con sus padres. Para el caso, se retomarán algunos elementos del libro *El sepultamiento del complejo de Edipo* (2010/1924), del cual se destaca que, indistintamente de la elección de objeto que haya tomado tanto el niño como la niña (bien sea heterosexual o positivo u homosexual o negativo), su destino siempre conduce a la castración. En el caso del niño, la amenaza de castración que experimenta el niño al suponer que originalmente, el genital masculino estuvo en los seres de ambos sexos, pero que a la mujer se lo han mutilado, genera una angustia al fantasear con la posibilidad de que a él también se lo arrebaten. Esta angustia de castración que le imprime al niño una sensación de peligro, lo empuja a abandonar ciertamente a los objetos parentales. ¿Cómo consigue abandonar al objeto materno tan deseado, incluso desde antes de su ingreso al complejo de Edipo?.

Según lo que nos enseña el texto freudiano, el niño permuta el deseo por la madre y su hostilidad hacia el padre por una identificación con quien imagina posee el falo¹⁴. En el caso del hijo varón y suponiendo un Edipo positivo u heterosexual, termina identificándose con el padre. El niño toma elementos del padre que, posteriormente introyecta y en consecuencia, ante el peligro que sentía por la amenaza de castración, el niño ha respondido en su defensa con la identificación a su padre, retomando elementos de la prohibición que le permiten configurar la instancia psíquica del superyó. Pareciera entonces que, en un acto verdaderamente heroico, el niño resuelve el peligro de ser castrado por el padre, introyectando su ley mediante la instancia psíquica del superyó.

El superyó se configura de manera consistente, gracias a la acción del padre como agente quien, mediante la amenaza de castración, introduce en su hijo una redirección del deseo del objeto materno, prohibiéndole el acceso sexual hacia su madre. Que el niño lea en el padre esta prohibición, asegura por entero que responda con una identificación a él y en consecuencia se sitúe como un sujeto del lado de la falta para que luego desee saber.

La introyección de un superyó como efecto ante la amenaza de castración, supone implícito un conflicto que se debate entre la instancia psíquica del 'yo' que alberga el deseo hacia el objeto materno y el superyó que ha devenido de la ley simbólica por vía de la prohibición de tal deseo. Esto implica que, el varoncito en la disolución del Edipo se configura como un sujeto escindido entre lo que teme y desea, producto de las dos instancias psíquicas que del lado del superyó prohíbe, pero que del lado del 'yo' evade o asume el castigo.

¹⁴Este término designa imagen de tener que se compara con la erección del miembro genital masculino. Se volverá sobre este término en el siguiente capítulo, esclareciendo su conceptualización mediante el abordaje de la obra lacaniana *La relación de objeto*.

Empero, del lado de la madre queda abierta la pregunta: ¿cómo opera en esta disolución del Edipo, la función materna para que el niño desee saber?. Antes de la amenaza de castración y después de un periodo de negación, el niño logra reconocer que la madre, a quien suponía un miembro genital masculino, no lo tiene; su genital femenino se encuentra mutilado, ante lo cual se produce un horror.

Dos casos pueden contribuir en el discernimiento de otra función ejercida por la madre, aparte de operar como la madre del amor. Las dilucidaciones freudianas respecto al primer caso conocido como el “caso Juanito” se halla en el texto: *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (2010/1909e), en el cual dilucida cómo Hans alrededor de los tres años de edad y hallándose en plena investigación sexual, inicia una audaz observación sobre los animales, los objetos y las personas para determinar si éstos, al igual que él, estaban dotados de un miembro genital masculino, al que llama “hace-pipí”. Así impulsado por su curiosidad infantil y después de haber confirmado que el perro, la vaca, el león tenían este miembro genital masculino, encontrándose en una estación ferroviaria expresa la siguiente reflexión: “un perro y un caballo tienen un hace-pipí; una mesa y una silla no” (p. 10). Esta dicotomía lo conduce a la asociación de tener con los seres vivos y el no tener el genital masculino con los objetos inanimados.

Cabe recordar que, en el caso de Hans, antes de llegar a la anterior deducción:

Ya se había anticipado a preguntarle a su madre si ella también tenía un ‘hace-pipí’, ante lo cual, en lugar de mostrar la carencia de tal miembro genital y orientar sobre la diferencia sexual anatómica existente entre el hombre y la mujer, afianza esta ocurrencia del niño (Freud, 2010/1909e, p. 8).

Lo anterior conduce a plantearse una serie de interrogantes en tanto que, en algún momento de la tierna infancia, el niño se percató de que su madre, a quien inicialmente le supone también un miembro masculino no lo posee y en su lugar lo que tiene se asemeja más a unos miembros mutilados que le generan horror, los cuales podrían resumirse en la siguiente pregunta: ¿ante el horror a la castración, cuáles son las salidas posibles para el niño?. Podría suponerse para el caso del hijo varón que ¿la representación de los genitales de su madre resulta un asunto tan azaroso que, deja un agujero en el saber sobre este aspecto de la sexualidad, siendo esta la razón por la cual Freud (2010/1908c) en *Sobre teorías sexuales infantiles* sostiene que, la investigación sexual emprendida en el niño sucumbe bajo el influjo de la represión?.

En el caso del pequeño Hans, se desarrolla una fobia que, inicia con el miedo de ser mordido por un caballo al presenciar cómo un caballo se desploma y muere. Aunque Freud (2010/1909e), en su texto *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, explicita que esta fobia está relacionada con la amenaza de castración que asocia con el llamado de atención que efectúa su madre al percatarse de la actividad onanista de Juanito, es posible identificar que el niño, efectivamente pudo hacer una observación que es preciso extraer al pie de la letra del material escrito freudiano. A continuación el relato del niño a través de su padre:

He visto a mami toda desnuda en camisa, y ella ha dejado ver el hace-pipí. [...] Ante mi objeción de que sólo puede decir 'en camisa' o 'toda desnuda', Hans dice: 'Ella, estaba en camisa, pero la camisa era tan corta que le he visto el hace-pipí' (Freud , 2010/1909e, p. 28).

Lo anterior, sugiere que, el pequeño Hans para defenderse del horror que produce percatarse de la castración materna, orienta este fuerte afecto hacia un objeto externo, a saber,

el caballo que se desplomó al igual que la imagen de su madre con el miembro genital masculino. El caballo perdió su vitalidad y su madre a nivel imaginario, perdió la virilidad que el niño le había cargado.

El segundo caso consignado en el texto freudiano de 1914 titulado *De la historia de una neurosis infantil (Caso 'el hombre de los lobos')*. Sergei Pankejeff fue el paciente a quien Freud (2010/1914) designó como 'el hombre de los lobos' por la fobia que este desarrolló como respuesta a una serie de eventos de orden sexual que antecedieron a los 4 años de edad descritos por Freud de la siguiente manera¹⁵: “al año y medio de edad, observación del coito de los padres o de su estar juntos en que después introdujo la fantasía del coito” (2010/1914, p.110); sobre la edad de los 3 años tuvo lugar una experiencia de seducción por parte de su hermana y poco después sobrevino lo que Freud nombra como “amenaza de castración por parte de la nana” (Freud, 2010/1914, p.110), refiriéndose a Grusha la primera niñera en la vida infantil de Pankejeff.

Respecto a la observación o la fantasía de haber presenciado el acto sexual de sus padres, cabe señalar que Pankejeff se percató de la castración materna. Dice Freud (2010/1914) que el sujeto vino a percatarse de esta realidad fue en el curso del proceso onírico en el cual la representación de este acto se configura bajo la imagen amenazante de los lobos inmóviles de grandes colas blancas que lo miraban fijamente.

¹⁵Freud describe cronológicamente otros varios acontecimientos, pero no se mencionan, pues lo que interesa de este caso es identificar la relación de la fantasía de vivir en el seno materno y la figura de la madre con relación a la aparición de la fobia a los lobos; con lo cual no se pretende desconocer la valía del material clínico y las posibilidades de analizarlo conservando una línea de interés para la investigación, más no será este caso el que se desee analizar a profundidad, sino el del Leonardo por su elogiada relación con el saber.

Según Freud (2010/1914), anterior a este sueño, habían sucedido dos situaciones castrantes para el niño, e incluso había escuchado de la literatura una historia de cómo un lobo quiso pescar estratégicamente con su cola como carnada, perdiendo parte de su cola en el frío hielo (p. 24); por lo cual tenía representaciones que lo conducirían a ocuparse de “pensamientos relativos a la castración, pero todavía no creía en ella, ni lo angustiaba” (p. 25).

Freud realiza un apunte que por lo demás, involucra dos procesos que llaman la atención, a saber, la angustia y la represión. Aduce que durante el transcurso del sueño se llevó a cabo el proceso represivo, el cual condujo a la transformación del afecto transformándolo en angustia. A partir de este sueño, del que Sergei Pankejeff despierta cautivo de una angustia que sólo se calma al hablar con su “aya”, inicia en su vida un periodo en el cual predomina un marcado temor a ser devorado por el lobo. Dice Freud además, que “el Yo se protege mediante un desarrollo de angustia de aquello que valora como un peligro hiperpotente” (p. 101). Así, podría inferirse que una manera de protegerse ante la angustia de castración para algunos hombres como *el hombre de los lobos*, reside en responder con una fobia; es decir, mudar la angustia hacia un objeto exterior, previa asociación de dicho objeto con aquello que produjo el horror.

En este caso, la angustia deviene una vez el sujeto alcanza una mayor comprensión sobre la castración como una condición de la feminidad en su madre, lo cual asocia con la imagen del comercio sexual de sus padres. Allí parece que el “hombre de los lobos” tuvo convencimiento de la realidad efectiva de la castración de su madre, realidad que le genera la angustia necesaria para responder con la fobia hacia los lobos. Cabe señalar además que, el esclarecimiento hallado en el curso de su proceso de análisis frente a este suceso, igualmente

es negado por el sujeto, lo cual sugiere que aceptar la castración materna en el orden de la representación, constituye un asunto de complejidad para el hijo varón quien, indudablemente, debe pasar por esta condición; como si figurarse los genitales femeninos a nivel del pensamiento, le resultara un asunto escabroso u ominoso.

Un texto freudiano puede ampliar la comprensión sobre la función materna en la experiencia de castración del hijo varón y lo que puede derivarse de ella. Freud (2010/1919) sostiene en *Lo ominoso* que “con frecuencia hombres neuróticos declaran que los genitales femeninos son para ellos algo ominoso” (p. 244) y al continuar con el análisis de lo que condensa este concepto, Freud subraya que “eso ominoso es la puerta de acceso al antiguo solar de la criatura, al lugar en que cada quien ha morado al comienzo” (p. 244). De modo que sueños en los que se tenga la sensación de que un lugar resulta ya conocido, según Freud puede interpretarse como si dicho lugar sustituye los genitales femeninos o el vientre materno. (2010/1919, p.244).

Que los genitales de la mujer representen algo ominoso, abominable, intensamente desagradable para los hombres neuróticos de quienes se percató Freud, supone un agujero en la representación sobre el mismo, pues sería complejo consentir en el pensamiento algo cuya sensación no corresponde más que al desagrado. Sostiene Freud además que “se tiene un efecto ominoso cuando se borran los límites entre fantasía y realidad, cuando aparece ante nosotros como real algo que habíamos tenido por fantástico” (2010/1919, p.244), lo cual esclarece por qué el niño siente horror ante la castración, pues hay algo de lo que no desea saber en tanto que percatarse de la castración materna, lejos de ser benévolamente esclarecedor, le resulta perturbador al hijo varón.

Por lo pronto, del desarrollo alcanzado en este capítulo, pueden extraerse las siguientes deducciones:

En la obra freudiana revisada, se halla una madre del amor, quien no sólo erogeniza el cuerpo de su hijo mediante los cuidados y la ternura, preparándolo para la vida sexual futura, sino que además, al amar y desear a su hijo, le permite constituirse como un sujeto capaz de amar y desear, de tal forma que pueda alcanzar los más valiosos propósitos vitales.

Una de las funciones de la madre evidentemente halladas en la obra freudiana revisada, corresponde a la madre como proveedora del amor y la ternura necesarios para la constitución de un sujeto que, en tanto deseado recubra la instancia psíquica del yo, adquiriendo luego una capacidad de desear. El riesgo que se prevé consiste en la transferencia desmesurada de estos afectos de tal manera que produzca en el niño una confianza desmedida en sus propios juicios sin compararlos con la realidad, lo cual puede afectar la relación del sujeto con el saber, pues ya sabemos que ésta implica de entrada, el reconocimiento de la falta, falta que desde la perspectiva freudiana, implica no solo la instalación de la ley por vía del padre, sino también con la castración materna.

Existe otra madre quien en tanto mujer insatisfecha, busca satisfacción por vía de la maternidad, despertando con su hiperternura, un grado de temprano erotismo en su hijo. Esta madre tiende a colmar su falta con su hijo, lo cual ubica al hijo en el lugar del falo; es decir, de algo que a ella le falta.

Frente al horror que produce la castración materna, algunos hijos varones como en el caso del pequeño Hans y de Pankejeff, responden desarrollando una fobia que les permite defenderse de la angustia producida, pues en ambos casos, la emergencia de la fobia guarda

relación con la madre y explícitamente con el horror que deviene la castración materna. Esto sugiere que, otra posible función proveniente de la madre en la constitución del sujeto en falta o sujeto de deseo, reside en favorecer la angustia de castración, ante la cual el niño responde con una fobia como defensa y se podría decir con un deseo de saber. Si fuera posible, ¿cómo acontecería la mudanza de angustia en deseo de saber?.

Contiguo al complejo de Edipo, tanto niños y niñas pasan por la angustia de castración y la envidia del pene. En los varoncitos, como en el caso del pequeño Hans, se evidencia una tendencia a preservar la ilusión fálica en tanto que insiste en seguir sosteniendo la imagen de la madre en posición de tener. Esta tendencia, parece corresponderse con la angustia de castración que deviene en el hijo varón, percatarse de que la madre, quien ha servido como soporte de su identificación, no posee el mismo órgano que él; por tanto, insistir en adjudicarle el órgano masculino, armoniza con eludir la angustia de castración.

A continuación, será necesario identificar cómo opera la madre en la constitución del sujeto de deseo para descifrar su posible nexos con el deseo de saber en el hijo varón en el siguiente capítulo.

Capítulo 4. La función materna en la constitución del sujeto de deseo

Una vez se han hallado dos funciones de la madre en relación con el amor y el deseo durante los primeros años de vida hasta parte del complejo de Edipo y, la angustia que le genera percatare de la castración (materna), es necesario determinar la función de la madre en la constitución del sujeto de deseo. Para ello, es preciso identificar cómo opera *La madre entre la necesidad y el deseo*, dedicando a este propósito el primer apartado. En el segundo apartado, *La madre como Otro primordial y su función en el deseo de saber*, la madre transfiere a su hijo una cuota considerable en la constitución de un sujeto atravesado por la falta y en consecuencia, un sujeto que desea.

Finalmente, el tercer apartado, obedece a un recorrido por el texto *Función de la madre desde su Deseo Materno*, desde lo cual Lacan plantea unas funciones específicas en la figura de la madre, destacando la función materna como agente de la frustración, la cual deviene en madre simbólica. Se intenta responder con ello, a la segunda parte del planteamiento de la pregunta de investigación o en otras palabras, se procura una posible respuesta ante la función materna que permite la constitución del sujeto de deseo y con ello, del deseo de saber.

Al finalizar el apartado, se extraen aquellos elementos considerados conclusivos para este capítulo, y en consecuencia, constituyen el punto de partida para el último capítulo dedicado al análisis de la pregunta de investigación alrededor del caso Leonardo da Vinci.

4.1. La madre entre la necesidad y el deseo

Una vez Freud y Lacan dejaron trazados los fundamentos a partir de los cuales se constituye el deseo en el sujeto, Jacques-Allain Miller (1991) en la cuarta conferencia del texto *Lógicas de la vida amorosa* aborda el paso de la necesidad por la demanda y la instauración del deseo:

La necesidad, cuyo término se concibe como una “situación difícil en la que se necesita ayuda o en la que se carece de lo necesario para subsistir” (p.51), remite al recién nacido sin recursos, donde se encuentra en estado de total indefensión, por cuanto está desprovisto de las condiciones fisiológicas que le permitirían valerse por sí mismo para satisfacer sus necesidades más inmediatas. De modo que, en una condición de plena dependencia o de “desamparo originario”, se encuentra a merced del cuidado de sus semejantes.

Si se rememora *el grito* como uno de los acontecimientos más significativos en la vida anímica del individuo, se entiende que, al emitir ese primer gruñido, producto del incremento de la tensión, el neonato además de efectuar la descarga de excitación interior de la cual aún no alcanza un nivel de comprensión, logra convocar a su madre, quien acudiendo a su auxilio interpreta lo que puede significar el proceder del llanto y actúa de acuerdo a esto. De manera que, si ella asocia el llanto con una necesidad fisiológica como el hambre o el frío, le proporciona el alimento a través de su seno o le procura el abrigo.

La respuesta de la madre incide en que la demanda que emite el niño mediante su llanto, cobre significancia o no. La madre en este momento, representa al Otro primordial en la medida en que como objeto del llamado de su hijo, ella tiene la posibilidad de acceder o de negarse. Pero así mismo, en esa dicotomía de ausencia-presencia, lo que la madre transfiere al niño son “signos de amor” que por tal, según Lacan “quedan anulados”. Entonces, se tiene por

una parte, que la madre ofrece unos dones que son signos de amor y por otro lado, responde con un objeto específico, condensado en su pecho tendiente a satisfacer una necesidad específica, a saber, el hambre. Al respecto, en *La relación de objeto*, se establece que, ante la frustración de amor, tiene lugar una compensación mediante la satisfacción de una necesidad. (Lacan, 2010/1957, p. 177).

Del anterior planteamiento lacaniano, podría deducirse que, la madre en tanto tiene el objeto (pecho) que satisface una necesidad fisiológica como el hambre en el niño, por una parte, vendría a ejercer una función fálica; mientras que, al no ser toda presencia para el niño en los términos de presencia-ausencia, no podría satisfacerle en términos del amor, pues el niño en ella no encuentra la completud que quisiera.

Si la madre no responde, podría inferirse que, sería muy posible que el niño quede por fuera de esta posibilidad de comunicación con el Otro; es decir, sin la posibilidad de demandarle al Otro lo que le supone tener. En palabras de Miller “la respuesta del Otro, vale finalmente, en cuanto tal, como satisfacción independientemente incluso del don de la sustancia que satisface la necesidad” (p. 153). Ahora, que la madre responda o no, parece depender entre otras cosas; por ejemplo que el niño haya alcanzado a representarse para su madre como objeto de amor.

Por otra parte, cabe resaltar que, esta primera experiencia de satisfacción imprime una ‘identidad de percepción’ al repetirse la huella mnémica que la produjo; sin embargo, a pesar de que continúen surgiendo necesidades tendientes a la búsqueda de dicha satisfacción, la experiencia asociada a esta ya no será igual, dando paso a una demanda metonímica que, en tanto tal, deja cabida para el deseo. Y este a su vez, concierne en alguna medida al saber, pues como bien lo señaló Freud (2010/1900) en el apartado de la *elaboración de los sueños*: “toda

actividad de pensamiento que se forje desde la imagen mnémica hasta el establecimiento de la identidad perceptiva por obra del mundo exterior, no es otra cosa que *un rodeo para el cumplimiento de deseo*” (p. 67).

Por esta razón, Freud considera la acción de pensar como un “*sustituto del deseo alucinatorio*” lo que implicaría que, una vez satisfecha la primera necesidad, el recién nacido a través de mecanismos asociativos invocaría la huella mnémica del objeto (pecho) que inicialmente efectuó la primera vivencia, obteniendo así, una satisfacción de orden alucinatorio; es decir, una satisfacción producida a través de imágenes.

En todo caso, como Lacan lo señalaría, la función de la madre es significativa en la constitución del sujeto, en tanto representa el soporte sobre el cual construye su identificación.

Demanda al Otro que no tiene cómo responder a la necesidad. Es preciso aclarar que en los términos que propone Miller (1991) en *Lógicas de la vida amorosa* “demanda no es otra cosa que dirigirse al Otro” (p.62). En este sentido, el recién nacido, orientado por los registros mnémicos que imprimió la primera vivencia de satisfacción (identidad de percepción), se dirige nuevamente hacia la búsqueda del objeto de la necesidad (el pecho de la madre) procurando repetir dicha vivencia de satisfacción, sin que alcance tal propósito; por lo tanto, el recién nacido experimenta un estado de insatisfacción, instalándose allí lo que correspondería al tercer estadio, a saber:

El Deseo, que en palabras de Miller (1991) remite a “un estado de continua insatisfacción” (p. 52). Esto nos remite a Freud (2010/1985) en su texto *Proyecto de psicología para neurólogos*, explícitamente en las letras que conforman el apartado de *discernir y el pensar reproductor*, se

tendría que decir que en la búsqueda del perfeccionamiento para alcanzar la identidad de percepción de la que se habló con antelación, aparece la ‘representación –cosa’ que consiste en la investidura de las huellas mnémicas más distantes que se derivan de la cosa misma, lo cual parece hacer juego con la presencia-ausencia en relación con el placer-displacer, lo que conllevaría a la creación del *juicio*, del cual Freud enuncia como “un proceso ϕ sólo posible luego de la inhibición por el yo, y que es provocado por la desenmejanza entre la investidura-deseo de un recuerdo y una investidura-percepción semejante a ella”. (p. 374).

De manera que, mientras una parte de los complejos perceptivos que Freud nombra como *neurona b*, se prestan para establecer identificaciones a partir del trabajo mnémico, la otra parte llamada *neurona a*, como núcleo constante, invariante e irreductible, se sustrae a la actividad de discernimiento, puesto que como resto queda en el orden de lo inasimilable, lo que Freud denomina *La cosa, das-Ding*; es decir que la cosa no alcanza el orden de la representación, pero precisamente por ello, se inscribe en el orden del deseo. Llama la atención que la representación-cosa se constituya en la relación con el semejante, lo que a su vez implica el intento por lograr una comprensión de lo irreductible que escapa en lo que concierne a dicha relación con el otro.

Ahora bien, si este deseo, no tiene que ver además, con la posibilidad de que el niño mediante la demanda que repite a la madre como objeto de amor, es justamente ser deseado, reconocido, en un solo término: amado.

Demanda al Otro que no tiene: Siguiendo los postulados lacanianos concernientes a *La relación de objeto*, se encuentra que precisamente en la primera vivencia de satisfacción tienen lugar dos tipos de demanda. La primera que se enunció en el apartado dos, está orientada a

procurar la satisfacción de una necesidad mediante una acción específica que proviene de un objeto en el cuerpo de la madre, a saber, el pecho. Sin embargo y según las observaciones que emite Lacan en este punto con sumo detenimiento, exhiben que si bien es cierto que el niño se aferra a dicho objeto, al seno materno, es a razón de que en éste, pretende alcanzar parcialmente a la madre, en tanto que, como objeto de amor no puede aprehenderla completamente. Esto implica la existencia de una exigencia de amor que, en la primera demanda el niño intenta sustituir, vía la satisfacción.

De manera que, la demanda que el niño le hace a la madre, a lo que ella responde con un signo de amor, pues no puede corresponder a esta demanda de completud, si ella misma se encuentra estructuralmente, en falta. Por tanto, en el niño queda una nostalgia que aún no sabrá cómo abordarla o qué hacer con ella.

La Pulsión. Este concepto en la obra de Lacan, explicita Miller (1999) vendría a ser “una demanda silenciosa que no se puede interpretar” (p.52), pero que como tal, se dirige hacia un objeto para alcanzar la satisfacción. Aquí, cabe hacer una salvedad en tanto que, esta demanda silenciosa podría tomar dos vertientes y en esto, se sigue la teoría Freudiana en lo que concierne a *Pulsiones y sus destinos*:

De un lado, la pulsión se orientaría hacia una meta con el propósito de alcanzar la satisfacción. En este caso, podría pensarse al lactante, demandando el pecho materno para satisfacer el hambre y de paso, también la zona erógena involucrada en este acto de succión. Siendo así, a este caso corresponde la demanda al Otro que tiene el objeto para satisfacer la necesidad.

Pero al mismo tiempo, la anterior experiencia permite pensar la demanda en términos de dirigirse al Otro que no tiene el objeto de amor, por cuanto el niño experimenta lo que Lacan describe como frustración que, retornará una y otra vez en el intento por alcanzar ese objeto perdido, que por demás, nunca fue aprehendido.

En conclusión, es posible deducir que la madre contribuye en la constitución del sujeto de deseo por las siguientes razones:

Desde los primeros instantes de vida en que el recién nacido se encuentra en un estado de total indefensión, la madre ejerce una función fundamental en tanto que es quien asumiendo el lugar del Otro primordial en tanto es ella quien responde no solo ante las necesidades fisiológicas como el hambre, la sed, el frío de su hijo, sino que además, es quien tiene la posibilidad de circunscribirlo en el lenguaje tan necesario para que se constituya como sujeto.

La madre es quien interpreta en primera instancia, el llamado de su hijo y con ello, abre una vía por la cual el neonato continuará comunicándose: el llanto.

La madre no se encuentra siempre y en su ausencia es donde el niño emite el llamado, reclamando su presencia. Lo que el niño demanda, más allá de la mera satisfacción de sus necesidades mediante una acción específica es ser deseado, amado por su madre. Ella, al asumirse como Otro primordial, tiene la potestad de responder o negarse al llamado de su hijo; si responde, lo hace donando lo que no tiene, lo que a ella le hace falta.

En la intermitencia de su ausencia y presencia, mediante el objeto pecho, objeto a través del cual también se establece comunicación con el niño, la madre ejerce otra importante función: favorece el deseo de su hijo en la medida en que éste emprende una búsqueda de ese objeto, a partir de la primera vivencia de satisfacción.

Ahora bien, en el siguiente apartado, se explicitará la madre como Otro primordial, a partir de la cual es posible esclarecer su función en la instauración del deseo de saber del hijo varón.

4.2. La madre como Otro primordial y su función en el deseo de saber

Uno de los elementos a analizar es la posición de la madre en tanto primer objeto que procura la subsistencia de su hijo, otorgándole mucho más que la mera presencia- ausencia para que se constituya como un sujeto de deseo. Para contextualizar el término Sujeto, es preciso señalar que este evoca varios significados dependiendo del argumento y de la lengua desde la cual se le esté confiriendo lugar, siendo muy usado al parecer, en el discurso jurídico y filosófico. Para el psicoanálisis, esta palabra cobra especial valor a razón de las elaboraciones lacanianas en su recorrido por precisar algunos conceptos que le atañen otro matiz a la incipiente ortodoxa freudiana.

Antes de profundizar en las premisas lacanianas en las que el sujeto deviene como aquello que pertenece a una cadena significante, concierne implícitamente hablar de un sujeto que al incorporar el lenguaje es un ser que piensa, que hace inferencias y que por lo mismo, se plantea interrogantes que lo conciernen en relación con el Otro. Ese pensar pasa por el encuentro del Sujeto con su semejante, en tanto como dice Lacan (1964) en el *Seminario 11*: “lo que debe hacer como hombre o como mujer el ser humano, lo tiene que aprender por entero del Otro” (p.212) y este Otro, entendido como el lugar en donde se encuentra instaurada la palabra, la cual se encuentra a través del semejante.

Ahora bien, al hablar del semejante, es imprescindible volver la mirada a la formación de la imagen especular que Lacan (1949) en el texto del *estadio del espejo* señala en el niño alrededor de los seis meses de edad, cuando siendo “superado en inteligencia instrumental por

el chimpancé, reconoce ya su imagen en el espejo” (p. 11), el cual se facilita gracias a la “mímica iluminante del Aha-Erlebnis”¹⁶, que corresponde al “momento cuando la comprensión intelectual se combina con la experiencia emocional y el significado completo de un importante aspecto de la vida aparece”. (p.11)

De esta manera, Lacan precisa lo que pareciera ser el primer acto de inteligencia, acto posible gracias a la convergencia de la investidura de la huella mnémica que alcanza un nivel de representación, proveniente de la experiencia de satisfacción con relación a otro.

Correspondiendo a lo anteriormente mencionado, cabe señalar que cuando el niño se mira al espejo, siente el júbilo al observar su imagen como una totalidad (*je*), luego vuelve su mirada hacia la madre, quien representaría al Otro primordial en la medida en que es quien le confirma al niño que esa imagen del espejo efectivamente es de él (*moi*). Me detengo en este intervalo para señalar que si bien el niño ve reflejada su imagen en el espejo, necesita de la confirmación de su semejante, en este caso la madre, para ubicarse en un lugar del deseo y el reconocimiento.

En esta vía que sugiere al sujeto encaminarse en la búsqueda del objeto, Lacan (1964) en el texto dedicado a *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, nos enseña que más allá del mito mismo de Aristófanes en el que se designa la búsqueda de *la complementariedad sexual*, lo que el sujeto se afana por lograr a través de su semejante es justamente, aquella “parte de sí mismo para siempre perdida” como efecto no solo del lenguaje, sino de su constitución como ser sexuado que como tal, se encuentra en falta, producto de su paso por el complejo de Edipo y posterior complejo de castración, como se señaló en el apartado anterior.

¹⁶ Concepto extraído del glosario de bioanálisis – Ferenczi, medio digital. Este término es retomado por Lacan del trabajo realizado en el campo de la psicología comparada por Köhler.

Ahora bien, siguiendo la segunda parte del texto de 1964 contenido en el *Seminario 11, El sujeto y el Otro: La afanisis*, Lacan explicita que el deseo viene a ubicarse en los originarios mecanismos de la alienación, a saber, “en el primer acoplamiento significativo mediante el cual se deduce que el sujeto se constituye en el Otro” (p.215); quien para este caso, ya se ha dicho, es la madre. Aclara Lacan (2011/1964) que:

El deseo del sujeto se constituye en la medida en que el deseo de la madre esté allende o aquende de lo que dice, íntima, de lo que hace surgir como sentido, en la medida en que el deseo de la madre es desconocido, allí en ese punto de carencia se constituye. (p.227).

De manera tal que de los textos dedicados al Sujeto y al Otro en el *Seminario 11*, se infiere que el postulado Lacaniano se inscribe en la dirección de mostrar que la *alienación* y la *separación*, son dos instantes por los que atraviesa el individuo en su constitución como sujeto y que, al parecer indican un más allá o más acá de lo que los términos en sí mismos pudieran significar, pues todo apunta a explicitar que la función del Otro está mediada por la palabra y el deseo de ese Otro que bien es bien representado por la madre. Siendo así, la madre posibilita que su hijo se constituya como sujeto de deseo, en la misma medida en que dé lugar al enigma acerca de lo que ella desea para que su hijo en ese punto de carencia, se ubique como deseante al hallarse nuevamente como un ser en falta.

La falta, entonces favorece la constitución del deseo; por tanto, no hay que perder de vista lo que Lacan (1964) señala en el seminario 11, refiriéndose al texto “*la transferencia y la pulsión*”:

El sujeto se dará cuenta de que su deseo no es más que un vano rodeo para pescar, engarzar, el goce del otro – en la medida en que al intervenir el otro, el sujeto se dará cuenta de que hay un goce más allá del principio del placer. (p. 190).

Parece ser entonces, que el Deseo Materno (DM) interpuesto en esta relación de demanda y confirmación, deja cabida para que intervenga el fantasma de cada uno en su afán por recuperar aquel objeto, por siempre perdido, como se explicitaba en anteriores párrafos. Pero al mismo tiempo que se pretende recuperar ese objeto perdido, pareciera tratarse también de un querer ser ese objeto que el otro a su vez desea. Una vez confirmada la demanda y constituido el sujeto, el niño alcanza a preguntarse sobre qué es lo que específicamente la madre desea de él, pregunta que le deviene una angustia tan comparable como la que se genera en el hijo varón la castración materna. Al respecto, Lacan (2003/1960) puntualiza en *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo* que “aquello por lo que el sujeto está afectado en la angustia, es, lo he dicho, el deseo del Otro”. (p. 794)

Si lo que angustia, es el deseo del Otro, es posible decir que, en el caso del niño quien se indaga por lo que la madre desea estaría asociado a dos aspectos: El primero es que, al ubicar a la madre en el lugar del Otro, la angustia deviene al hallarse en un estado de indefensión, mientras que su madre tiene la potestad de responder como quiera. El segundo, podría corresponder a que al niño le angustia no ser deseado y amado por ella. Como está en posición de indefensión, el niño elige hacer parte del Deseo de su Madre, aunque le resulte enigmático y le cause angustia.

Siguiendo a Lacan (2003/1960) en *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo* subraya frente a la juntura explícita en el teoría freudiana sobre verdad y saber que: “el deseo se anuda en ella al deseo del Otro, pero que en ese lazo se aloja el deseo de saber” (p.782). El deseo se anuda a esta disyuntiva entre saber y verdad, mediante el anudamiento al Otro, que sería la madre como lo hemos dicho, dado que es a quien se dirige el sujeto en primera instancia mientras es un ser en estado de total indefensión. Pero al percatarse de la castración materna,

esa verdad que estaba oculta, parece generarle tal horror, que el niño elige defenderse de alguna manera de quien inicialmente le ha servido de soporte para su identificación: su madre. Defenderse frente al horror, implica un viraje, un quiebre, un punto de separación, lo cual posibilita un lugar para su propio deseo.

Lacan ubica una Verdad en el lugar del Otro, en el cual se albergan los significantes. En esta línea, el saber escapa en gran medida al ser hablante y el lenguaje como dice Lacan, no es más que un discurso estructurado que da cuenta de lo que él designa como la *Lalengua* (*lalangue*). Respecto a este término, Lacan (1973) explicita que: “designa lo que es el asunto de cada quien” (p.166) y que, por tanto, el lenguaje está hecho de lalengua, pero es el Inconsciente el que tendría la habilidad de saber hacer algo con esa lalengua. Siendo así, Lacan (1973) determina lo siguiente:

“Si se puede decir que el inconsciente está estructurado como un lenguaje es por el hecho mismo de que los efectos de lalengua, ya allí como saber, van mucho más allá de todo lo que el ser que habla es capaz de enunciar”.(p.168).

Y siendo así, el niño es hablado entonces por el Otro primordial, la madre, aquel lugar en el que se encuentran los significantes, según Lacan (1973) se trata de “un enjambre – *essaim*– de significantes” (p.172). El S_1 , llamado también significante amo o unario, es entonces, el *enjambre* que posibilita la relación del sujeto con el saber; pues como señala Lacan (1973): “el Uno encarnado en la lalengua es algo que queda indeciso entre el fonema, la palabra, la frase y, aún, el pensamiento todo”. (p.173).

De lo anterior se puede deducir:

Es en la madre como Otro primordial en donde se encuentran los significantes que le permiten al niño inscribirse en el lenguaje; es decir, el cachorro humano debe pasar por el Otro para aprehender los significantes que le permitirán constituirse como un ser del lenguaje.

El niño mediante su demanda a la madre lo que realmente reclama es un aliciente frente a la angustia que siente ante el enigma que le causa el Deseo Materno; es decir, saber qué es lo que la madre desea, para saber si lo desea a él.

En el lenguaje que alberga el inconsciente, se encuentra un saber que escapa incluso a la palabra misma de la madre, lo cual de alguna manera se filtra en el Deseo Materno, ante lo cual el niño tendrá que elegir qué hacer con esto.

Ante la disyuntiva saber/ verdad, en el caso del niño, quien inicialmente se encuentra en estado de total indefensión se acopla a su madre, quien opera desde el lugar del Otro primordial en tanto es ella quien interpreta el llanto y los gritos primitivos de su hijo y retroactivamente los sanciona como un mensaje particular; por cuanto, es la madre quien facilita que su hijo se constituya como un ser del lenguaje.

Luego, el niño al percatarse de la castración materna, como una Verdad que se le revela generándole horror, responde y en algunos casos desarrolla una fobia como defensa ante esa angustia. Defenderse frente al horror, implica un punto de separación, lo cual posibilita un lugar para su propio deseo y en consecuencia, un deseo de saber.

4.3. Función de la madre desde su Deseo Materno

Lacan, siguiendo a Freud en una lectura exhaustiva que comprende desde la primera publicación de los *Tres ensayos* en 1905, hasta las últimas adiciones que Freud estableciera a

esta extensa investigación en 1923, precisa tres términos fundamentales en el abordaje de la madre, a saber: frustración, castración y privación. En la obra freudiana el *Porvenir de una ilusión*, Freud (2001/1927) determina justamente dos términos de la trilogía señalada por Lacan, elucidando con ello una de las razones fundamentales que bien puede explicar la compulsión al trabajo y la renuncia pulsional a la que está convocada toda cultura que desee preservarse como tal. Estos términos se tramitan bajo los nombres de: “frustración” (denegación) al hecho de que una pulsión no pueda ser satisfecha; “prohibición”, a la norma que la establece, y “privación”, al estado producido por la prohibición”. (Freud, 1927;/2001, p. 10). Aquí aparece la “prohibición” en lugar del término que aparece en los *Tres ensayos de teoría sexual*, como “castración”; se entiende que la prohibición corresponde más a un efecto de la castración.

Lo interesante del asunto que expone Freud (2001/1927) en su obra *El porvenir de una ilusión*, es precisamente que la condición de “privación” no aplica de manera universal para todos los grupos sociales e incluso para algunos individuos circunscritos en una cultura, pues en el corazón del narcisismo del ser humano y pese a las primeras prohibiciones que demarcaron una directriz alterna a la condición animal, descansan “los deseos pulsionales [...] nacen de nuevo con cada niño [...]”. Tales deseos pulsionales son los del incesto, el canibalismo y el gusto de matar” (pp.10,11). Añade Freud que, “en cuanto a los deseos incestuosos, todavía podemos registrar su intensidad detrás de su prohibición” (p.11); es decir, se desea lo que no se puede tener, lo cual conduce a una deuda simbólica en todo sujeto.

Dicha deuda simbólica en términos lacanianos, estaría estrechamente ligada con el falo, el cual podría definirse como aquel objeto imaginario que se deduce a partir de la subjetivación de una falta simbólica, evidenciada mediante la castración, la cual concierne a todos los seres

hablantes; es decir, el lenguaje al ser incorporado por el ser hablante, admite una pérdida de goce¹⁷ y una negación al imaginarlo como un objeto que falta (-φ).

Cabe mencionar que la mujer tiene una relación fundamental con el falo y es este objeto que el niño va a introducirse en la subjetividad de la madre, puesto que el lugar que ocupa el hijo/a en dicha subjetividad es el de ser deseado en el lugar de ese objeto del que ella carece.

Si un niño ocupa para la madre el lugar de ser el objeto equivalente a aquello que a ella le falta como mujer, Lacan (1956) afirma que no solo se distingue la relación de la madre con el niño, sino que además interviene su falta como mujer en la relación madre – hijo; por tanto, sostiene que se trata de una pareja triangular y no dual, tal como lo muestra en el Seminario 4, *La relación de objeto* (p. 31):

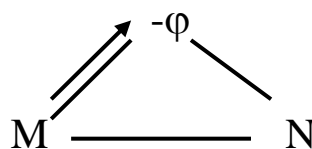


Figura 1. Triada edípica

En la figura hay una flecha que señala que el Deseo de la Madre (M) va orientado hacia ese objeto imaginario (-φ) que es el objeto que simboliza, lo que ella desea en cuanto que le falta, a saber: el falo. Su hijo es amado y deseado en ese lugar. En un primer momento, el niño juega a satisfacer a la madre presentándose como aquel objeto que la puede colmar; sin embargo, es importante que el niño subjetive en algún momento que la madre desea algo más allá de él, que el Deseo de la Madre es un deseo de otra cosa y que la madre no satisface todos sus deseos. Esto indica que la madre, a partir de su presencia o de su no presencia, introduce una oposición fundamental entre lo que está allí y lo que falta en su lugar.

¹⁷ Con el término goce se refiere a un placer doloroso, como lo enunció Lacan (2007/1960) en el seminario 7 pues “el goce es sufrimiento” (p.184). La trasgresión del principio de placer no representa más placer, sino dolor; por tanto, el goce corresponde al sufrimiento que deriva de su propia satisfacción.

Al respecto, es el vector del Deseo de la Madre hacia la falta lo que constituye para el niño un enigma, debido a que se preguntará acerca de lo que la madre desea más allá de él, entendiendo que él ya no es quien la colma por completo (DM/X).

Es así como el Deseo de la Madre introduce para el niño la ley del lenguaje. Pero es un deseo que no está regulado, es un lenguaje que ella vincula pero que, al mismo tiempo, tiene un aspecto de capricho en la medida que su presencia y su ausencia dependen del querer de ella.

Es necesario que haya algo que establezca, para el niño, las significaciones que van a articular para él una serie de respuestas con respecto al Deseo de la Madre. El principio estabilizador de esta articulación es otro significante (NP) que se sustituye al primer significante Deseo de la Madre (DM), y que lo hace caer en el rango de un significante reprimido, de un significante sustituido, y ese es el significante que Lacan llama el Nombre del Padre (NP), el cual posibilita que el niño se encuentre en falta para que se cuestione sobre su propio deseo.

$$\frac{NP}{\cancel{DM}} \quad \frac{\cancel{DM}}{X} \quad - \quad (-\phi)$$

Como diría Lacan (1956) en el *Seminario 4*, para todo niño “la dificultad consiste en no quedar prisionero, atrapado, del Deseo de la Madre, en el lugar del falo que a ella le falta” (p. 197). Pues de ser así, el niño quedaría atrapado en lo que Lacan designa como las ‘fauces maternas’, como sería el caso del niño que queda prisionero del Deseo de la Madre, cuya posición le hace equivalente del falo que le falta a la madre. Lacan sostiene que este sería el caso de un niño cuya estructura se fundamentaría sobre la base de una personalidad perversa.

Teniendo en cuenta lo establecido en éste apartado, algunas posibles conclusiones serían:

A la madre atañen varias funciones desde el mismo instante en que, con su presencia-ausencia, acompaña a su hijo y lo circunscribe como sujeto de deseo, posibilitándole en consecuencia, el deseo de saber, pues le es posible constituirse como un sujeto deseante, en la misma medida en que el hijo halle la falta primero en su madre para plantearse la pregunta sobre lo que ella desea y lo que ella desea se encuentra más allá del falo; de manera que no siempre se sirve del semblante fálico que ejerce su hijo. La función de la madre es favorecer que el niño ante el enigma ¿qué quiere mi madre de mí?, considere una respuesta en la cual el deseo de su madre supere su lugar como hijo.

Ahora bien, la madre en el lugar como Otro primordial, favorece la constitución del hijo como un Sujeto que, al ser deseado, también puede desear, pues como sostiene Lacan (2003/1960) en el texto *La dirección de la cura y los principios de su poder*:

El deseo es lo que se manifiesta en el intervalo que cava la demanda más acá de ella misma, en la medida en que el sujeto, al articular la cadena significante, trae a la luz la falta en ser con el llamado a recibir el complemento del Otro, si el Otro, lugar de la palabra, es también lugar de la falta. (p. 598)

Según la metáfora paterna, es el Nombre-del-Padre quien interviene mediante un significante sustituyendo el Deseo Materno y permitiendo que en el niño se instaure la falta. Adicionalmente, podría decirse que antes de que opere este significante, opera la castración materna, la cual también favorece la instauración del sujeto de deseo, pues la madre en su constitución como mujer, tiene la posibilidad de mostrarse como un ser en falta. Siendo ella el primer espejo hacia el cual se dirige su hijo, la madre como primer soporte de identificación, tiene la posibilidad de facilitar que el niño al ver la falta en ella, sea capaz de reconocer su propia falta, constituyéndose así como un sujeto deseante.

A continuación, pasaremos a identificar la función materna y su relación en el deseo de saber, específicamente en el caso del genio de las artes y las ciencias renacentistas.

Capítulo 5. La función materna en el deseo de saber de Leonardo da Vinci

Si ha habido un investigador que, haya inspirado la búsqueda de descifrar algo sobre el “deseo de saber” en este trabajo, ha sido una de las mentes más versátiles e ingeniosas que se haya conocido por su impetuoso interés en el funcionamiento de casi todos los fenómenos de la naturaleza: Leonardo da Vinci, el ingeniero, arquitecto, anatomista, fisiólogo, astrónomo, geógrafo, filósofo, poeta, más reconocido como artista e inventor. Este ejemplar maestro del deseo de saber, no solo se ha destacado por ser uno de los hombres más brillantes del renacimiento italiano, sino también por despertar el interés de otros célebres creadores que se han visto convocados a estudiarlo como es el caso de Sigmund Freud, de cuya investigación psicoanalítica en esta ocasión nos servimos para esclarecer ¿cómo opera la función materna en la instauración de la castración, que a su vez se articula con el surgimiento del deseo y, con ello, del deseo de saber en el hijo varón para el caso particular de Leonardo?.

En el primer apartado *Del ‘recuerdo infantil’ al Leonardo inventor*, se indagan los nexos entre el recuerdo infantil y el apasionante interés por el estudio de las aves, apoyándonos para ello, en el valioso análisis establecido por Freud en el año de 1910. La obra de arte que ilustra este apartado corresponde a la *Madona Litta* adjudicada a Giovanni Antonio Boltraffio, discípulo de Leonardo. De igual manera, nos servimos de una parte de la teoría de la reminiscencia presentada por Platón, la cual a su vez, armoniza con la elaboración freudiana correspondiente a la amnesia infantil, para identificar elementos del saber que interesa para la investigación psicoanalítica, sobre Leonardo en relación con su primer recuerdo infantil. Así, se trata de determinar las divergencias entre conocimiento y saber, derivando en el saber

inconsciente que orientó a Leonardo a investigar los fenómenos de la naturaleza, destacando el estudio de las aves que lo llevó a la invención de artefactos para, lograr el vuelo.

El segundo apartado *Las madres del Leonardo y su función en la constitución del sujeto de deseo*, pretende precisar la función materna en la instauración del deseo en el hijo varón, para lo cual se han localizado tres funciones en Caterina, madre biológica de Leonardo, a saber: 'la madre como don de amor', 'la madre simbólica' y la 'madre insaciable' que también podrían designarse como 'las madres del amor, del deseo y del goce' respectivamente. Cabe aclarar que, aunque estos términos remitan a Lacan y a su *Seminario 4, la relación de objeto*, se recurre a los constructos freudianos sobre estas tres posturas en Caterina, mediante el análisis del 'recuerdo infantil' del genio Leonardo. La obra de arte que se toma como referencia para esclarecer estas posturas es el reconocido cuadro de *Santa Ana, la virgen y el niño*, del cual Leonardo no quiso separarse hasta el final de sus días.

En el tercer apartado, nos ocuparemos de *Un deseo de saber para no saber: el horror ante la castración materna*, mediante el cual, procuramos precisar la función materna a partir de la experiencia de castración y sus incidencias en el deseo de saber del hijo varón. Esto nos remite a retomar los principales planteamientos freudianos, a partir de los cuales se logra descifrar un enigma, que estableció Leonardo frente a la experiencia de horror y curiosidad frente a una cueva oscura y sombría, experiencia que, apoyándonos en la teoría psicoanalítica, consideramos posible interpretar en la vía de la función materna en el deseo de saber. Para ello, nos apoyaremos además, en la pintura de *La virgen de las rocas*, la cual ilustra considerablemente este último apartado.

Finalmente, pretendiendo no incurrir en un 'psicoanálisis silvestre', al atrevernos a proponer nuevas vías para la comprensión de un deseo de saber en relación con la función materna, esperamos no desacreditar a estos ilustres hijos varones: Sigmund Freud y Leonardo da Vinci, ni a la función materna que seguramente ejercieron sus progenitoras o quienes se hayan configurado en ese lugar desde el cual se procuró para el hijo varón un valioso deseo de saber, gracias al cual hoy tenemos material para esta investigación que nos ocupa.



Imagen N° 2. La virgen con el niño, Madona Litta. Pintura al aceite. Giovanni A. Boltraffio según esbozo de Leonardo da Vinci (1490-1491). Museo del Hermitage, San Petersburgo.

“La vislumbre del nexo entre su investigación y su historia infantil, en efecto, le hizo exclamar más tarde que desde siempre, sin duda, estuvo destinado a profundizar en el problema del vuelo de los pájaros” Freud (2010/1910, p. 86)

5.1. Del 'recuerdo infantil' al Leonardo inventor

Este apartado se ocupa del 'recuerdo infantil' de Leonardo que fue rigurosamente analizado por Freud alrededor de 1910, cuyo propósito radica en establecer la relación de dicho recuerdo con la madre, determinando la función que podría ejercer desde la perspectiva freudiana. Se indaga cómo es que se desliza la función materna hacia el milano y, su posible nexo con la fascinación de Leonardo por el estudio de las aves que prevaleció por encima de la pintura misma, hasta el punto de inventar instrumentos de vuelo como el ornitóptero. Se procura explicar este deseo de saber sobre las aves entre otros tantos fenómenos de la naturaleza que cautivaron su atención, tratando de pesquisar cómo es que puede operar la madre nutricia, que provee los cuidados y el amor necesarios a su hijo para que éste desee saber.

En igual medida, se procura abordar el recuerdo infantil de Leonardo a la luz de lo que propone la teoría de la reminiscencia de Platón, en concordancia con la amnesia infantil establecida por Freud, en cuya base, se alberga un saber inconsciente que empuja a Leonardo hacia la investigación y su nexo con el primer objeto del cual tuvo conocimiento, a saber, el pecho materno. En última instancia, se cuestiona si el deseo y el deseo de saber podrían establecerse por vía de la transgresión de una prohibición y su nexo posible con la madre en el caso del hijo varón.

Para iniciar, cabe decir que no ha sido Freud el único en interesarse por el estudio de Da Vinci, pues sobre este excepcional hombre se han escrito innumerables libros, artículos e historias que incluso lo presentan como un hombre misterioso y enigmático; pero si ha sido el padre del psicoanálisis, quien ha mostrado un vehemente interés en analizar el único recuerdo que escribiera Leonardo en una de sus notas, a propósito del estudio de las aves, tarea que le

resultaba altamente fascinante. El texto *Un recuerdo Infantil de Leonardo da Vinci* que Freud le dedicó en 1910 representa un riguroso análisis orientado a develar la génesis de tal recuerdo, sobre el cual vuelve Lacan en 1957 en *La relación de objeto*.

Con relación al interesante recuerdo del hombre más universal del renacimiento, Charles Nicoll (2005) en la biografía que titula *Leonardo, el vuelo de la mente*, explicita que “cuando contaba con más de cincuenta años, escribía unas notas sobre el vuelo de las aves – su famoso y eterno tema –, y en particular sobre el vuelo del milano rojo de cola ahorquillada, ‘milvus vulgaris’, cuando algo se disparó en su memoria y al comienzo de la página escribió unas breves líneas” (p.47). Dichas líneas a las que se refiere este reciente biógrafo del Leonardo hacia el año de 1505, versan así:

Escribir así, tan particularmente, sobre el milano parece ser mi destino, pues el primer recuerdo de mi infancia es que, hallándome en la cuna, me pareció que un milano venía hacia mí, me abría la boca con su cola y me golpeaba muchas veces con ella entre los labios. (Citado por Nicoll, 2005, p. 47).¹⁸

Lo anterior denota que no es el único recuerdo que conserva Leonardo sobre su época infantil, pero si es la única rememoración que, según sus biógrafos, se ha hallado como una nota adicional en sus escritos sobre el vuelo de las aves. Si se trata de un recuerdo o de una fantasía que acompañaba al Leonardo en su adultez, es un asunto que ha generado inquietud, incluyendo al mismo Freud.

Por cierto, Freud (2010/1914) en el texto que dedica al análisis de su caso conocido como “el hombre de los lobos”, refiriéndose a la confiabilidad del análisis de un caso a partir de los

¹⁸ Nicoll (2005) añade una nota al pie, aclarando que esta frase se halla en: “CA 186v/66v-b” (p.568).

recuerdos infantiles expresados por un adulto en contraste con la posibilidad del análisis de un caso que acaece propiamente en la infancia, sostiene:

El análisis consumado en el propio niño parecerá de antemano más digno de confianza, pero su contenido no puede ser más rico; será preciso prestar al niño demasiadas palabras y pensamientos y aún así los estratos parecen resultar impenetrables para la conciencia. En cambio, el análisis de una perturbación de la infancia a través del recuerdo de la persona adulta e intelectualmente madura está libre de estas limitaciones. (p.10).

Entonces, que Leonardo en su adultez, rememore este acontecimiento como efecto de una asociación a partir del estudio de las aves, tarea que le apasiona profundamente, ¿representa la posibilidad de que este suceso haya sido real y que luego haya emergido al nivel de la conciencia? ó ¿se trata de un deseo reprimido que emerge bajo la forma de esta fantasía?. Lo que sí es posible decir en el momento es que, pese a que en el adulto resulte más factible la rememoración de un suceso porque los procesos relacionados con el pensamiento han alcanzado sustratos superiores al del niño (en quien esta facultad se encuentra aún en proceso de maduración), el padre del psicoanálisis no desconoce que por efectos del tiempo, dichos recuerdos puedan ser susceptibles de ser “alcanzados por la deformación y el adorno que el paciente les pueda imprimir” (Freud, 2010/1914, p. 10).

El recuerdo sobre el Milano remite según Nicoll (2005) hacia el año de 1505 (p. 47), lo que indica que Leonardo como artista ya había elaborado la pintura de la ‘Madona litta’, representación de pequeño formato de la virgen con el niño, puesto que la terminación de la obra data de alrededor de 1490. Llama la atención que, en esta imagen, aparezca el niño tocando con su mano derecha el seno de su madre, mientras que en la mano izquierda sostenga un ave y precisamente, mientras se encuentra amamantando. Si bien es cierto que, por la forma

de la aplicación de la pintura y la carencia de detalles se le suponga participación al pintor Giovanni Antonio Boltraffio (1467-1516), “discípulo a quien el maestro Leonardo habría cedido la conclusión del cuadro” (Zöllner, Tomo I, 2011, p. 82), no puede desconocerse que Leonardo tenía una gran habilidad para plasmar el boceto de sus pinturas con sumo detalle. Adicionalmente, escribe Frank Zöllner (2011) que: “dos bocetos auténticos de Leonardo para la Madona Litta (cat. 17-18/imagen p. 85) demuestran la participación directa de éste en la concepción del cuadro” (p. 82).

De acuerdo a lo anterior, es factible considerar que Leonardo haya expresado en este cuadro, una imagen muy cercana a la que años más tarde rememora a partir de la escritura de un tema que, parece haberle apasionado más que la pintura y que como ya fue enunciado en anteriores párrafos, concierne al estudio de las aves.

Ahora bien, Freud en su tarea de descifrar el recuerdo infantil de Leonardo, establece una asociación entre Leonardo niño en relación con su madre; para lo cual se fundamenta en lo que representa simbólicamente el buitre para la cultura egipcia. Cabe señalar en este punto que Freud utilizó una versión alemana sobre la nota del recuerdo del artista que traducía la palabra ‘milano’ por ‘*Geier*’ que remite a la palabra ‘buitre’ (Nicoll, 2005, p.49, pf. 2). Si realmente fue un buitre o un milano el ave recordada por Leonardo, lo relevante para esta investigación es la imagen que precisa que la cola del ave abre la boca del niño, le golpea varias veces entre los labios y la elaboración analítica que deriva de esta imagen.

Enseguida, el otro asunto del cual se ocupa el creador del psicoanálisis corresponde a la sustitución de ser amamantado por su madre al ser tocado en la boca por un ave, que para

Freud era un buitre por la traducción a la que tuvo acceso en ese momento. Al respecto nos dice que:

En la escritura figura sagrada de los antiguos egipcios, la madre es en efecto descrita con la imagen del buitre. [...] El nacimiento ilegítimo de Leonardo armoniza muy bien con su fantasía sobre el buitre; sólo por esa razón pudo compararse a un hijo de buitre” (Freud, 2010/1910, p. 85).

Freud asocia esta fantasía del buitre con el hecho de que Leonardo se percatara durante los primeros cinco años de tener madre, pero no padre, lo cual podría refutarse dado a que, durante las últimas décadas se ha tenido acceso a otros escritos que amplían la comprensión del contexto histórico familiar en el que creció Leonardo. Así, se conoce que “un año después del nacimiento de Leonardo, Caterina se casó con Antonio di Piero Buti del Vacca ‘Accatabriga’” (Nicoll, 2005, p. 44), lo cual indica que Leonardo vivió exclusivamente con su madre sólo durante un año y no cinco como se había creído anteriormente.

Aunque se desconoce la relación que estableció Leonardo con su padrastro; lo que si se logra identificar claramente es que creció explorando los fenómenos de la naturaleza a rienda suelta durante los primeros años que estuvo bajo el cuidado de su madre biológica durante su primer año de vida. Por tanto, estamos enteramente de acuerdo con la apreciación freudiana de que:

Si es cierto que los recuerdos no entendidos de la infancia y las fantasías que una persona construye sobre ellos ponen siempre de relieve lo más importante de su desarrollo anímico, el hecho, corroborado por la fantasía sobre el buitre, de que Leonardo pasara solo con su madre sus primeros años de vida tiene que haber ejercido por fuerza un influjo decisivo sobre la plasmación de su vida interior. (Freud, 2010/1910, p. 85).

Remitiéndose a lo anterior, Freud (2010/1910) nos conduce en primera instancia a precisar la importancia de la experiencia de ser amamantado, explicitando que “la impresión orgánica de éste nuestro primer goce vital, ha dejado en nosotros un sello indeleble” (p.81), sello que seguramente guarda relación con un acontecimiento primordial que, de acuerdo a las observaciones freudianas, tiene lugar en los primeros instantes de vida del recién nacido en que ante una necesidad específica es cancelada gracias a una acción específica (Freud, 2010/1895, p. 363).

De acuerdo a ésta elaboración freudiana, el recién nacido emite un grito que es interpretado por la madre como una señal de hambre o sed, por lo cual le asiste alimentándole con su pecho; es así como tiene lugar una descarga de excitación, que imprime en el cuerpo del niño una sensación placentera que luego querrá volver a sentir, pero ya no será en igual proporción. Esta “primera vivencia de satisfacción” sobre la cual Freud (2010/1895, p. 363) nos ilustró en *un proyecto de psicología para neurólogos*, seguramente nos sirve para dimensionar la magnitud de tales impresiones en la vida de Leonardo y de sus vicisitudes en la obra pictórica del artista.

El único recuerdo que comparte el artista en uno de sus cuadernos de notas y que remite a la cola del milano tocando su boca y luego golpeando sus labios, mereció la siguiente interpretación freudiana:

En efecto, tras esta fantasía no se esconde otra cosa que una reminiscencia del mamar -o del ser amamantado- en el pecho materno, escena humanamente hermosa que él, como tantos otros artistas, procuró figurar con el pincel entre la Madre de Dios y su Hijo”. (Freud, 2010/1910, p. 81).

De hecho, uno de los asuntos que más llaman la atención de los cuadros de Leonardo, es la vívida expresión del afecto que imprime con su pincel entre las madres con sus hijos, sin importar que, anterior a esa época, la escenificación de la virgen María con el niño Jesús remarcaba una distancia que no daba lugar al erotismo en los cuadros. En esto, Leonardo también sobrepasa los límites establecidos en su época, aprovechando su estadía en Florencia como una de las pocas ciudades en que poco predominaban las imposiciones eclesiásticas como si sucedía en otras ciudades italianas.

Cabe señalar que en la anterior cita Freud nos señala dos asuntos imprescindiblemente relevantes. Por un lado, se encuentra que, la fantasía de Leonardo no remite sino a una reminiscencia del acto de ser amamantado y por otro, la sustitución del seno materno por la cola del milano, lo cual a su vez nos permite plantearnos la pregunta: ¿cuál es la relación entre el seno materno, la cola del milano y su impetuoso deseo de saber sobre el vuelo de las aves?. Tendríamos que decir de entrada, que parece guardarse una estrecha relación del deseo de saber con la madre en quien se encuentra el primer objeto de amor, que por lo demás, es el primer objeto a través del cual el niño inicia su conocimiento sobre el mundo exterior, a saber, el seno materno. Pero primero, nos ocuparemos de la reminiscencia del acto de haber sido amamantado, para luego estudiar el asunto de la sustitución del seno materno por la cola del buitre.

La teoría de la reminiscencia convoca dos asuntos: que el conocimiento no es más que reminiscencia, reconocimiento de un objeto del cual se tuvo noticia en un estado anterior y la búsqueda de dicho objeto que merece ser emprendida a partir de esta primera experiencia. Aunque nos resulte inverosímil, estos dos asuntos nos remiten de inmediato a un punto de

convergencia entre Platón y Freud, el cual fue anticipadamente señalado por Zuleta (2010/1976) en su libro *Lógica y crítica* cuando advirtiendo sobre los diálogos de Platón que:

En el momento en que pasamos de *Menón a Fedro*, nos damos cuenta de que la teoría de la reminiscencia no es solamente una teoría del saber sino una teoría del deseo. Lo extraordinariamente propio de Platón es la vinculación del saber y el deseo. Este nexo, perdido por milenios, es recuperado por Freud. (p.106)

Y es recuperado por Freud (2011/1905a), gracias a su planteamiento sobre la ‘amnesia infantil’ en *Tres ensayos de teoría sexual*, cuando señala que ésta:

Convierte la infancia de cada individuo en un tiempo anterior, por así decir pre-histórico, y le oculta los comienzos de su propia vida sexual, es la culpable de que no se haya otorgado valor al período infantil en el desarrollo de la vida sexual” (p. 159).

Dicha amnesia recubre los primeros años de vida del individuo hasta alcanzada la edad de los 6 a los 8 años, lo cual indica que ejerce una función de veladura sobre la incipiente investigación sexual infantil, de la cual poco se recuerda en la adultez y si poco o nada se logra recordar de estas primeras etapas infantiles, debe ser que “las impresiones olvidadas, han sido aquellas que han dejado las huellas más profundas en la vida psíquica del sujeto”. (Freud 2010/1905, p.159). Esto sugiere una lógica de lo que menos se recuerda es aquello que imprimió unas huellas más profundas de las cuales rara vez se tiene noticias. Podría decirse que en el caso de Leonardo, el acto de haber sido amamantado a través del seno materno, dejó un sello indeleble en su vida psíquica, de tal suerte que, dicha sensación placentera desfigurando la imagen del seno materno por la cola del milano.

Ahora, ¿cómo se explica que la impresión orgánica que deja el acto de ser amamantado, asocie esta sensación sumamente placentera que implican el objeto seno(madre)-boca(niño) con el objeto cola(ave)-boca(niño)?, ¿cómo es que en lugar de que Leonardo elija complacerse eróticamente bajo el influjo de los encantos femeninos entre los cuales se encuentran los senos de la mujer, derive más bien en la apasionante investigación del vuelo de las aves?. Esto nos ubica en un punto de la investigación en que, la función materna y el deseo de saber, se conjugan ambos, al parecer en el objeto seno.

El recuerdo infantil de Leonardo analizado por Freud da cuenta del encubrimiento de un deseo incestuoso de Leonardo por su madre al ser amamantado, pues el deslizamiento del pecho materno es sustituido en el recuerdo por la figura del ave. Las plumas con que es tocado Leonardo en la boca, según Freud tiene que ver con el placer de ser amamantado, lo cual despierta un placer erótico que el recuerdo parece encubrir. La hipótesis que se plantea es que este afecto es tan potente que lo empuja a la investigación de las aves, en cuyo soporte se encuentra la madre. Queda un asunto por estudiar y remite a los recuerdos encubridores.

Al respecto, el fundador del psicoanálisis en su libro *Sobre los recuerdos encubridores* pone de relieve el interés que emerge sobre el estudio de los recuerdos de la primera infancia y que, seguramente lo animó a analizar también el recuerdo infantil del artista más universal del renacimiento; así, dice Freud (2010/1989):

Dentro de la trama de mis tratamientos psicoanalíticos [...] muchas veces me he visto en la situación de tener que ocuparme de fragmentos de recuerdos que al individuo le han quedado en la memoria desde los primeros años de su niñez” (p. 297).

Adicionalmente, Freud expone que la edad en que localizan dichos recuerdos no es homogénea y por el contrario, varía de un caso a otro.

Lo más sorprendente *Sobre los recuerdos encubridores* es que Freud (2010/1989) descubra que:

Entre los muchos casos posibles de sustitución de un contenido psíquico por otro [...], el de los recuerdos infantiles que aquí consideramos, en que los componentes inescenciales de una vivencia subrogan en la memoria a los esenciales, es evidentemente uno de los más simples. Consiste en un desplazamiento sobre la asociación por contigüidad o, si se tiene en vista el proceso íntegro, una represión (esfuerzo de desalojo) con sustitución por algo vecindado (dentro del nexo de lugar y de tiempo). (p. 301)

Lo anterior, quizá nos ayude a entender lo que encubre el primer recuerdo infantil de Leonardo. Suponemos que, el acto de ser amamantado, conlleva implícito una fuerte experiencia placentera de un orden casi erótico para el hijo varón, pues imaginar ser amamantados por el pecho de una mujer que es su madre y en tanto madre, mujer prohibida, seguramente resulta obsceno y de ser así, podrían resaltarse dos asuntos: de una parte, la imagen de ser amamantado por el seno de su madre, se desplaza sobre la asociación por contigüidad por la cola del milano y por otra, se alberga en el inconsciente un deseo de trasgresión, al desear el reencuentro con el objeto seno de la madre, abriéndose así dos posibilidades para entender la constitución del deseo de saber.

Freud (2010/1910) se plantea esta cuestión de la siguiente manera: “derivar de la investigación sexual infantil el apetito de saber que se dirigió al vuelo de los pájaros será para nosotros una ulterior tarea, de no difícil trámite” (p.88). Haciendo lectura de las líneas subsiguientes y especialmente, en el V apartado de *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, Freud dice que a partir del análisis de los sueños de poder volar, se ha encontrado que:

El deseo de volar o de ser pájaro no hace sino encubrir otro deseo. [...] los italianos llaman directamente “l’ucello” (“el pájaro”) al miembro viril, esos no son sino unos jirones de una trama más vasta que nos enseña que el deseo de volar no significa en el sueño otra cosa que la añoranza de ser capaz de logros sexuales. (p. 117).

Retengamos esta palabra italiana “l’ucello” con que se designa al miembro viril pues nos puede resultar provechosa para hallar alguna explicación concerniente a la sustitución entre pecho materno y pájaro. De momento, vamos a seguir el análisis freudiano sobre el interés de Leonardo sobre el vuelo de las aves, aclarando que, en nuestro caso, procuramos seguir el rastro de la función materna en todo este entramado de deseo de saber. El recorrido freudiano nos señala que:

Al confesarnos Leonardo que desde su infancia registró un particular vínculo personal con el problema del vuelo, nos corrobora con ello que su investigación infantil estuvo dirigida a lo sexual [...]. Este problema, al menos, se había sustraído de la represión que luego lo enajenó de la sexualidad. (Freud, 2010/1910, p. 118).

A partir de la cita anterior, se pueden subrayar dos asuntos: el interés por el vuelo de las aves guarda nexos con la incipiente investigación sexual infantil y, lo que Leonardo reprimió fue su apetito sexual. Que Freud nos señale la *represión* nos conduce a recordar que en la amnesia infantil interviene la represión, de la cual Freud (2010/1914g) en *Introducción del narcisismo* nos muestra como servidora del yo en tanto que “la formación del ideal aumenta las exigencias del yo y es el más fuerte favorecedor de la represión” (p. 92).

Entonces Freud (2010/1915) refiriéndose a *La represión*, deduce que “su esencia consiste en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella” (p.142). En el investigador

sexual infantil, ¿qué tipo de asuntos son los que, la represión aleja de la consciencia?. Y en el caso de Leonardo, ¿qué es lo que sucumbe bajo la represión?.

Se supone que la presencia de la represión deviene una vez se capture algo sobre la prohibición del padre respecto al deseo del niño por su madre, pero Freud (2010/1915) en el texto que dedica especialmente a *La represión* nos señala que esta:

No tiene otro motivo ni propósito que evitar el displacer. [...] Si una represión no consigue impedir que nazcan sensaciones de displacer o de angustia, ello nos autoriza a decir que ha fracasado, aunque haya alcanzado su meta en el otro componente, la representación. (p. 148).

Empero, ¿qué sucede ante la angustia de castración que el niño siente al percatarse de los miembros genitales femeninos atribuyéndoles una mutilación que podría implicarlo a él también?. Esta pregunta nos conlleva a estudiar si es posible que vía la sublimación, exista alguna manera de librarse de la represión y en su lugar, responder con un deseo de saber, de lo cual nos ocuparemos en el último apartado de este capítulo.

Buscando en este mismo texto, exactamente qué fue lo que en este genio del renacimiento se reprimió, hallamos un señalamiento freudiano que, puede resultar muy esclarecedora para la pregunta de investigación:

El amor hacia la madre no puede proseguir el ulterior desarrollo consiente, y sucumbe a la represión. El muchacho reprime su amor por la madre poniéndose él mismo en el lugar de ella, identificándose con la madre y tomando a su persona propia como el modelo a semejanza del cual escoge sus nuevos objetos de amor. (Freud 2010/1910, p. 93)

Lo que Freud plantea en la cita, es que Leonardo se ha deslizado hacia un autoerotismo en lo que concierne a la relación de objeto. Lo que estamos procurando plantear en esta

investigación es que, Leonardo desplazó el amor y el deseo por su madre hacia otro objeto. Puede que, inicialmente, los haya reprimido y por eso devenga el deseo en el recuerdo disfrazado bajo la figura del milano. Suponemos que a partir de las sensaciones que se registran a partir del contacto de la boca del niño con el seno materno, quedan unas huellas de placer en tanto la satisfacción de la necesidad y posterior displacer, al concebir la sensación erótica que imprime el acto de amamantar al objeto pecho materno como una secuela de la prohibición; por tanto, este amor erótico hacia la madre sucumbe por efecto de la represión y en su lugar toma la vía de la sustitución del pecho materno por la cola del milano, derivando entonces en un deseo de saber por el vuelo de las aves, deseo de saber que suple una función de veladura sobre un asunto de orden sexual como anteriormente nos lo señaló Freud. Esto es lo que intentamos mostrar en la siguiente figura:

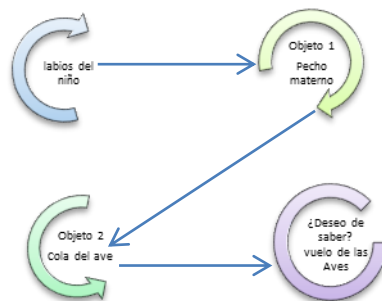


Figura 2. Desplazamiento del deseo por el seno materno, al deseo de saber

En lugar de decir “el muchacho reprime su amor por la madre poniéndose él mismo en el lugar de ella, identificándose con la madre” (Freud 2010/1910, p. 93), podríamos atrevernos a plantear ¿el muchacho reprime su amor por la madre, poniendo en su lugar su apasionante deseo de saber por el vuelo de las aves?. Y subrayamos deseo, ya que indudablemente en Leonardo se hallaba circunscrito un nítido deseo de saber sobre diversos fenómenos de la naturaleza entre otros tantos que también ocupaban un lugar para su investigación, pero

definitivamente, el estudio del vuelo de las aves, parece haberle apasionado sobremanera al punto de haber inventado el ornitóptero como se ilustra a continuación:

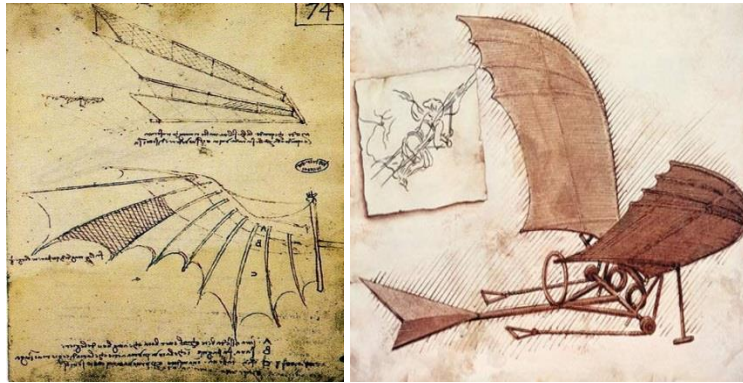


Figura 3. Izquierda, Códice sobre el vuelo de los pájaros, Vol. 7 y 11 de Leonardo da Vinci. Derecha, ilustración del ornitóptero diseñado por Leonardo.

Desde la teoría freudiana, es posible vislumbrar que, el deseo se despliega sobre la base de una nostalgia, de la búsqueda del reencuentro con el objeto perdido de la primera vivencia de satisfacción, de ese objeto desde siempre inalcanzable; es a partir de ese objeto que, se supone alguna vez tuvimos y que nos falta, como el sujeto emprende su búsqueda. Pero también la amnesia infantil señalada por Freud, da cuenta de que la impetuosa investigación sexual infantil puede sucumbir por efecto de la represión, y luego olvidar gran parte de la infancia. Por su parte, la teoría de la reminiscencia, como se ha dicho, supone que hubo también un tiempo anterior en que se conocieron todas las cosas, por lo que en suma, lo que tiene lugar siempre es un reencuentro con un objeto ya conocido, pero que quizá fue olvidado.

Ahora, retomemos la idea de que el deseo incestuoso del niño respecto a su madre, se asocia con un deseo de transgresión que, a su vez, se asocia con un deseo de saber. Al respecto Freud (2010/1910) al inicio del IV apartado de *Un recuerdo infantil de Da Vinci* corrobora en parte, lo que veníamos suponiendo, al referir que:

Sigue reteniéndonos la fantasía de Leonardo sobre el buitre con palabras que no presentan sino una consonancia harto nítida con la descripción de un acto sexual (“y golpeó muchas veces con esa cola suya contra mis labios”). Leonardo pone de relieve la intensidad de los vínculos eróticos entre madre e hijo. No parece difícil colegir, desde esa conexión de la actividad de la madre (del buitre) con el realce de la zona bucal, un segundo contenido mnémico de la fantasía. Podemos traducir: ‘La madre me ha estampado innumerables y apasionados besos sobre la boca’. La fantasía sintetiza el recuerdo de ser amamantado y de ser besado por la madre. (p. 100).

Lo anterior nos proporciona elementos para entender la intensidad del vínculo erótico implícito en la relación madre e hijo, pero hay un elemento que tiene que ver con el deseo y el deseo de saber que es necesario precisar. Ya Freud nos había señalado que la amnesia infantil además de escindir la vida infantil en un antes y un después, vela el origen de la propia vida sexual del sujeto, como si alguna instancia albergada en sí mismo, se opusiera ante la posibilidad de un todo saber, como si en dicha instancia psíquica, se albergara un saber no-sabido ó desde la perspectiva de la reminiscencia, un saber sabido que es necesario recordar.

Tanto Platón como Freud desde la reminiscencia y la amnesia infantil nos conducen al deseo, respecto del cual Zuleta en el texto *Lógica y crítica*¹⁹ (2008/1976) haciendo una lectura de estos dos autores en torno al amor nos señala: “el amor es entonces la búsqueda de un retorno; un intento de volver al estadio anterior. Hay pues, una etapa que recordar, y recordar es amar” (p.107); esto supone, que es por la vía del amor que logramos recordar en tanto este afecto, parece otorgar tal fuerza a la vivencia que de alguna manera, logra atravesar las resistencias puestas al servicio de la instancia psíquica del yo.

¹⁹ Lección siete. La verdad como discurso. Conferencia del 28 de marzo de 1976. La referencia es extraída explícitamente del apartado *La teoría de la reminiscencia*.

Para ello, es pertinente retomar una de las observaciones del autor que capturó la convergencia Platón- Freud frente a la teoría de la reminiscencia, a saber, Zuleta (2008/1976) quien nos comparte que “desde el momento en que Platón encuentra la reminiscencia como problema, vuelve a aparecer continuamente y, lo hace siempre en dos direcciones: en la búsqueda de qué significa saber y de qué significa desear” (p. 107). Señala además que, aunque Platón no lo explicita, es posible ver cómo en *El banquete* logra converger estas dos vías; por tanto, deduce Zuleta (2008/1976) que “el deseo y el deseo de saber vienen juntos y ambos tienen ocultamente algo de trasgresión; es volver a establecer algo que prohibieron unos dioses porque era demasiado bueno o peligroso: saber, pensar o desear” (p. 107). Esta cita nos remite de inmediato al ‘mito del andrógino’ presentado por Platón en *El banquete*, con el cual se refiere a aquel ser redondo, con doble miembros superiores e inferiores, con ambos sexos, un ser autosuficiente y muy fuerte al cual decidieron partir por la mitad los dioses del olimpo, para reducir su fuerza y su inteligencia (Platón, tomo III, 2008/388 a.c., p. 222-224).

Lo anterior nos conlleva a suponer que si los dioses dividieron estos dos seres, de donde, según el mito, derivan el hombre y la mujer, es a partir de lo cual surge el deseo de volver a encontrar esa otra parte que alguna vez formó parte de sí y bien que armoniza con el deseo que emerge de la teoría freudiana a partir de la nostalgia al querer recuperar el objeto perdido. En el caso de la madre y el hijo podríamos suponer que, así mismo, es necesario que el niño haga un desprendimiento del objeto materno que, durante sus primeros años de vida, proporcionó unas acciones específicas para suplir sus necesidades, para que desee saber en términos de buscar lo que alguna vez creyó haber tenido y, al no encontrarlo, se dirija hacia los objetos que considera le pueden procurar una sensación similar a la primera vivencia. En el caso de

Leonardo, se desplaza la sensación placentera del acto de amamantar al de investigar el vuelo de las aves y del seno materno a las plumas del milano.

De otro lado, es preciso retomar el asunto que nos pone de manifiesto Zuleta (2008/1976) al referirse al andrógino, cuando nos señala que hay un matiz de transgresión en el deseo y el deseo de saber en tanto hay una tendencia a volver a restablecer un estado anterior al que han prohibido los dioses del olimpo. Pues bien, el recuerdo de Leonardo podría armonizar también por esa vía, en la misma medida en que el recuerdo alcanza el nivel de la consciencia, puede ser leído como una insistencia del deseo por transgredir o burlar las resistencias dispuestas al servicio del yo; sin embargo, el deseo sólo emerge bajo la configuración de algo menos inofensivo: la cola del milano tocando la boca del niño. Ahora, ¿cuál es la prohibición que transgrede el deseo de saber?, ¿se trata de la transgresión de una prohibición o más bien de un temor ocultando un deseo frente a la amenaza de castración?. Sobre esta pregunta volveremos en el último apartado de este capítulo.

Algo que si podemos dejar por sentado y que bien ilustra el recuerdo infantil del Leonardo, es que el pensamiento tiene lugar en el campo de lo inconsciente y para que emerja a la consciencia, requiere de la fuerza que alberga el deseo, el deseo inconsciente que insiste y que nos anoticia bajo la configuración de algún sueño, lapsus, chiste o una fantasía al estilo de la alucinación de un niño cuando imita ser amamantado sin serlo, ó a través de un recuerdo de ser tocado en la boca por la cola de un ave, como nos lo ha compartido el gran Leonardo.

Dice el maestro Leonardo (1979/1498) *De estudiar en tinieblas cuando estés despierto o en la cama antes de dormir* en lo que reúne el libro *Tratado de pintura*:

Por mí mismo he comprobado ser de no poca utilidad, cuando te encuentras en la cama entre tinieblas, andar recorriendo con la fantasía los contornos superficiales de las formas ya estudiadas o demás cosas notables, por sutil especulación aprendida. Es, sin duda, un ejercicio loable y útil para confirmar las cosas en la memoria. (p. 358).

Este consejo de Leonardo nos lleva a pensar en cómo surte efectos sobre el pensamiento, recabar sobre un tema de interés justo antes o después de dormir, de adentrar en las profundidades del inconsciente. Sobre el pensamiento señala Lacan (2003/1957) en *La instancia de la letra en el inconsciente*: “Freud designa con este término los elementos que están en juego en el inconsciente; es decir en los mecanismos significantes que acabo de reconocer en él”. (pp. 201,202). De manera que, el recuerdo infantil de Leonardo ilustra un saber inconsciente que, haciendo uso de la condensación, agrupa varias representaciones en un solo elemento y gracias al desplazamiento, el deseo incestuoso que involucra la madre o al miembro viril masculino (según la asociación de la palabra italiana que remite a pájaro), ingresa a la consciencia bajo el sustituto del ave, una imagen menos escabrosa.

A manera de conclusión, se pueden señalar que, de la interpretación freudiana sobre el recuerdo infantil de Leonardo, se develan algunos asuntos que merecen ser señalados a continuación:

Este recuerdo que parece haber sido plasmado en el cuadro de la “mona litta”, devela una reminiscencia de haber sido amamantado, lo cual da cuenta de la vívida impresión registrada en el cuerpo del niño, gracias al contacto con el seno materno. Indudablemente, el acto de mamar el seno materno despierta un erotismo que, años más tarde, cuando el pequeño avanza en su investigación sexual, sucumbe bajo el efecto de la represión, prevaleciendo entonces una

amnesia infantil, de la cual se sale a través de un disfrazamiento del deseo de Leonardo por su madre.

El recuerdo infantil de Leonardo puede leerse como un recuerdo encubridor del deseo incestuoso hacia la madre, el cual ha logrado mediante un desplazamiento sobre la asociación por contigüidad entre madre y ave, emerger a la consciencia, de una manera que Leonardo pueda asimilarlo sin que le resulte abominable. Al elaborarse las fantasías, las reminiscencias, se tiene noticia de la existencia de un saber inconsciente del cual el sujeto aunque crea no saber, también se percata así sea mediante las veladuras de las que se sirve para convivir con algunas verdades culturalmente difíciles de soportar.

Leonardo reprimió su amor por la madre, pero en lugar de decir unánimemente con Freud que, por tanto, se identificó con ella, derivando así una posible homosexualidad en términos de la elección de objeto, diríamos que Leonardo desplazó el amor y el deseo por su madre hacia el estudio de las aves, lo que indicaría que el deseo de saber se sirva de la fuerza que proporcionan el amor y el deseo. En esta vía, el deseo y el deseo de saber, tal cual lo señala Zuleta a partir de una buena lectura sobre el amor en el Banquete de Platón, contienen implícitamente un carácter de transgresión en tanto, se pretende reencontrar un estado anterior, pese al carácter de imposibilidad que esto representa. Esto constituye una vía que merece ser desarrollada en el último apartado de este capítulo.

Gracias al exhaustivo análisis freudiano sobre la vida de Leonardo, es posible apreciar un nexo entre la cola del milano con la configuración de una madre fálica, en tanto que para los italianos la palabra “l’ucello” que traduce “el pájaro” designa al mismo tiempo el miembro viril. Esta asociación, abre una vertiente para analizar hasta qué punto Leonardo en su

investigación sexual infantil, adjudicó a su madre el miembro genital masculino; de ser así interesa esclarecer cómo operó la madre y de qué manera respondió Leonardo para constituir un férreo deseo de saber tal como se intenta mostrar en el siguiente apartado.



Imagen N° 3. Santa Ana, la virgen y el niño (1508). Leonardo da Vinci, Museo de Louvre.

5.2. Las madres de Leonardo y su función en la constitución del deseo

En la obra freudiana se había hallado que la madre erogeniza el cuerpo de su hijo al proporcionar los cuidados con amor y ternura, lo cual lo dispone para posteriores logros e intereses de la vida anímica, a la vez que le permite amar habiendo tenido la experiencia de haber sido inicialmente amado. En este apartado, vamos a dedicarnos a identificar tres posturas distintas en la figura de la madre de Leonardo, fundamentándose para ello en la continuidad que otorga Lacan a la vertiente freudiana sobre el objeto perdido y que ha designado bajo el título de *La relación de objeto*. Trataremos de precisar la función que ejerció la madre a partir de la castración, frustración y privación para que su hijo deseara saber. En Caterina, se analizarán tres posiciones que pueden dar cuenta de lo que Lacan ha llamado en el texto referenciado anteriormente como: la madre como signo de amor, la madre simbólica y la madre insaciable, para determinar desde cuál de estos lugares logra operar favoreciéndole un deseo de saber.

Antes de iniciar el análisis de las madres del Leonardo, es necesario precisar algunos datos sobre el caso del hijo varón que nos ocupa en esta investigación. Una de las convergencias biográficas refieren que “en sus primeros años, Leonardo debió de pasar mucho tiempo en Campo Zeppi al cuidado de su madre, y que ese humilde asentamiento de casas levantadas a lo largo de una cresta fue el escenario de su infancia” (Nicoll, 2005, p. 45), lo cual indica por un lado que el pequeño Leonardo creció bajo los cuidados de su madre Caterina y por otro que, desde muy temprana edad tuvo la posibilidad de explorar las bondades de la naturaleza a campo abierto y posiblemente, sin las restricciones que se imponen al criarse en una ciudad. De ahí que, seguramente se acrecentara la admiración que durante su vida entera manifestó sobre la sabiduría que se podía obtener de la meticulosa observación de los fenómenos de la

naturaleza. Se considera que Leonardo vivió su primera infancia en el hogar de su madre, “pues tal como lo describe Antonio da Vinci en la declaración del catastro de 1457, incluye a Leonardo de cinco años de edad” (Nicoll, 2005, p. 45).

Ahora bien, según el biógrafo Charles Nicoll (2005) refiriéndose a la madre del prodigioso Leonardo expresa que:

Generalmente se describe a Caterina como una ‘campesina’ (contadina) o sirvienta (servitore). [...] Era una muchacha pobre de clase humilde y que por eso Piero no podía casarse con ella [...], pudiera ser que él ya estuviera prometido, pues se casó con la hija de un acaudalado notario florentino llamada Albiera en 1452, como mucho ocho meses después del nacimiento de Leonardo. (p. 43)

De acuerdo a este dato, Leonardo creció como un hijo ilegítimo, pero indudablemente “fuera cual fuese el origen, lo que si debe ser cierto es que Leonardo fue fruto de la pasión, un hijo del amor” (Nicoll, 2005, p. 43), amor que bien se proyecta en las madres de sus pinturas, pues es a partir del trabajo artístico de Leonardo como se despliega el amor, el cuidado y la ternura entre la Virgen María y su hijo.

Cuando Leonardo, a sus cinco años de edad, pasó a vivir con su padre Piero, encontró no solo a su madrastra Donna Albiera, quien no había podido concebir hijos propios, sino también a su abuela paterna, Monna Lucia; por tanto, se sostiene que Leonardo tuvo tres madres, aunque en los datos biógrafos que se han logrado reconstruir sobre su vida familiar, es escasa la información sobre la relación que se estableció con estas mujeres. Lo que seguramente se puede extraer de tal situación familiar es la relación de la vida psíquica que se circunscribe en la infancia de este genio en relación con lo que, a nivel imaginario puede

representar la figura femenina en términos de angustia de castración. Cabe preguntarse entonces: ¿cuál sería la función de estas madres en relación con la angustia de castración del pequeño Leonardo?.

Un asunto importante de subrayar en la cuestión del Leonardo con sus madres es que, entre la madre y el hijo, existe el falo, que es inicialmente lo que la madre en tanto mujer, desea. El hijo cobra en alguna medida valencia fálica al identificarse con el objeto deseado por su madre, permitiéndole de esta manera, introducirse en esta triada para ser deseado por su madre. Inicialmente, el niño sustituye el falo de su madre, pero enseguida, debe de entrar a operar el Nombre-del-Padre para que el hijo no se quede atrapado en ese lugar y pueda constituirse como un sujeto propiamente deseante.

Ahora, recordemos que inicialmente, el niño nace en total estado de indefensión lo que conocemos como el desamparo original; por lo cual depende absolutamente de su madre, quien por lo tanto, representa al Otro primordial, ante el cual el niño no tiene más opción que, replegarse bajo su amparo. Así, es la madre quien circunscribe al niño en una cadena significativa, proporcionándole una vía para que éste se constituya como un sujeto, lo cual inicia desde el mismo instante en que el recién nacido emite el grito, pues al ser éste interpretado por la madre, la necesidad se convierte en una demanda. Y ésta, más allá de ser pura demanda de satisfacción, es demanda de la presencia o ausencia del Otro que dijimos, es la madre.

En esta vía y precisando que uno de los objetivos de la investigación corresponde a establecer las incidencias de la función materna en relación con el deseo de saber en el hijo

varón, previa constitución del sujeto de deseo, el curso que tomará este apartado será identificar en Caterina, tres posiciones asumidas desde su figura como madre para tratar de descifrar por esta vía, dichas incidencias.

5.2.1. La madre como don de amor.

La primera posición evidente en Caterina es la madre como 'don de amor'. Inicialmente, como lo mencionamos en un párrafo anterior, la madre se configura como potencia, en tanto, en ella se encuentran los objetos con los cuales responde ante la necesidad y posterior demanda del niño, que no es otra cosa que, la demanda de su amor. Es la madre quien al proporcionar el amor, la ternura y los cuidados necesarios, se asume como una potencia real, y quien pudiendo no responder al llamado de su hijo, elige estar para él, por lo cual la respuesta de la madre es concebida como un "signo de amor".

Parece que esta madre como don de amor, es perfilada por Freud a partir del riguroso análisis de las obras pictóricas de Leonardo, concebida por lo demás, como aquella que da lugar a la condensación de la figura mujer-madre y que Freud (2010/1910) la reconoce en la sonrisa que plasma el artista en el rostro de las figuras femeninas de sus cuadros (p. 103).

De ésta manera, en el cuadro de *Santa Ana, la virgen y el niño*, que inicia la portada de esta investigación, se aprecia como el artista parece desmentir la sonrisa en los labios de ambas mujeres. Recordemos con precisión las palabras que se inspiran desde el creador del psicoanálisis:

En Leonardo, María está sentada en el regazo de su madre, se inclina hacia adelante y extiende ambos brazos hacia el niño, que juega con un corderito, sin duda maltratándolo un poco. La abuela apoya en su

cadera su único brazo visible y mira a ambos desde lo alto con beatífica sonrisa. [...] Pero la sonrisa que juega en los labios de ambas mujeres, si bien es inequívocamente la misma que la del cuadro de Monna Lisa, ha perdido su carácter ominoso y enigmático; expresa interioridad y calma beatitud [...]. En ese cuadro se ha plasmado la síntesis de su historia infantil. (Freud 2010/1910, p. 105).

De acuerdo al análisis freudiano, “con la beatífica sonrisa de Santa Ana, el artista sin duda ha desmentido y ha encubierto la envidia que la desdichada evidentemente sentiría por verse obligada a entregar su hijo a su rival de más linaje” (Freud 2010/1910, p.106). Es posible que corresponda este análisis freudiano a una desmentida por parte de Leonardo ante la sensación de frustración que sintió Caterina al aceptar que su hijo fuera apartado de su regazo; aunque podría pensarse en que la expresión de las dos madres, al ser de “una dulzura infinita” como nos dice el profesor Gustavo Arango (2010) “también habla de ese aspecto presente en la vida de Leonardo, el afecto materno, del cual tuvo que alejarse o del cual fue alejado, cosa que no era evitable en su momento y, que se mantuvo vivo en su mente, todo el tiempo” (p.283). Esta apreciación sin duda, refuerza la idea de que Caterina asumió una función como madre, signo de amor para Leonardo, pues así parece recordarla.

De acuerdo a la biografía realizada por Nicoll (2005), no se han hallado detalles de la entrega de Leonardo de casa de su madre a casa de su padre. Lo que sí parece ser un hecho, es que Leonardo recuerda a su madre con sumo amor y así parece expresarlo mediante el cuadro referido al inicio de este apartado. Al respecto refiere Arango (2010):

“La expresión de las dos mujeres, es de una dulzura infinita y esto también nos habla de ese aspecto presente en la vida de Leonardo, el afecto materno, del cual tuvo que alejarse o del cual fue alejado, cosa que no era evitable en su momento, se mantuvo vivo en su mente, todo

el tiempo. Está presente en esta obra maestra y también en la *Mona Lisa y el San Juan* [...]” (p.283).

Lo que llama la atención respecto a Santa Ana y la Virgen María, es que Freud señale que “la sonrisa que juega en los labios de ambas mujeres, si bien es inequívocamente la misma que la del cuadro de Monna Lisa, ha perdido su carácter ominoso y enigmático; expresa interioridad y calma beatitud” (Freud 2010/1910, p. 105). Esta observación, precisa como si en el curioso Leonardo se albergaran la representación de varias posturas maternas, proyectando así en la sonrisa de la Mona Lisa un matiz de lo ominoso y enigmático; mientras que en el cuadro de Santa Ana, la Virgen y el niño, expresa una vívida sonrisa de beatitud o de infinita dulzura como bien lo señala Arango (2010) en la frase anterior; es decir, en este cuadro prevalece la madre como signo de amor.

5.2.2. La madre simbólica.

En segundo orden, se halla la ‘madre simbólica’, entendida como aquella mujer que, permite entrever que ella no-toda es, y por tanto, le permite al hijo identificar su falta propia. En palabras de Lacan esta madre es el agente simbólico que se encarga de operar con la falta mediante los juegos de repetición como el “fort-da”, explicitando que “este par presencia – ausencia articulado de forma extremadamente precoz por el niño, connota la primera constitución del agente de la frustración, que en el origen es la madre” (Lacan, 2008/1956, pp. 68-69). El niño hace el llamado de la madre justo cuando está ausente.

De manera que ésta situación ubica a la madre en el lugar de la falta y a consecuencia de esta ausencia (como en el juego del fort-da descrito por Freud), se permite la instauración del

deseo en su hijo; deseo que se trasmudará a otros intereses por fuera del orden sexual una vez el niño empiece a curiosear como pequeño científico en otros temas que llamen su interés.

En *La relación de objeto*, Lacan (2008/1956) aduce respecto a la frustración:

Se considera pues como un conjunto de impresiones reales, vividas por el sujeto en un periodo del desarrollo en el que su relación con el objeto real se centra habitualmente en la *imago* del seno materno. [...]. Estamos pues ante un sujeto que se encuentra en una posición de deseo con respecto al seno como objeto real. (p. 64).

Sobre este asunto, tratamos de dar cuenta en el anterior apartado, partiendo del recuerdo infantil de Leonardo y tomando como ejemplo ilustrativo el cuadro de “mona litta”.

No se trata entonces de la frustración de una necesidad específica en el niño, sino de lo que atañe al deseo. Nos esclarece Lacan “digamos que en el origen, la frustración, sólo es concebible como la negación de un don, en la medida en que el don es símbolo de amor” (Lacan, 2008/1957, p. 183).

Ahora, esto nos lleva a distinguir que una cosa es la frustración de amor y la frustración de goce. Según las explicaciones proporcionadas por Lacan en el *Seminario 4*, del lado de la frustración de amor se encuentran la presencia materna y del lado de la frustración de goce se halla la negación del seno materno. (Lacan 2008/1957, pp. 128,177).

Luego, Lacan, nos esclarece aún más este asunto, al analizar la angustia producida en el caso del pequeño Hans con relación a la castración materna:

El progreso de la situación con la madre consiste en esto, en que el niño ha de descubrir más allá de la madre, lo que ella ama. El elemento imaginario no es el niño, sino el ‘í’, el deseo del falo de la madre. (pp. 360, 361).

Puede deducirse entonces, que esta es la función materna que posibilita la constitución del deseo y con ello, el deseo de saber en su hijo varón.

En *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, Freud destaca una cualidad en Caterina, a quien describe como una mujer que anhela la presencia de Ser Piero Da Vinci:

La pobre madre abandonada no tenía más remedio que dejar que afluyeran el amor maternal todos sus recuerdos de caricias gozadas, [...] y era esforzada a ello, no sólo para resarcirse de no tener marido, sino para resarcir al hijo, que no tenía un padre que pudiera acariciarlo. (Pág. 109).

Sabemos que, en el caso de Leonardo, vivió de manera exclusiva con su madre Caterina, sin ninguna otra compañía durante su primer año de vida; lo que supone que esta mujer operó desde el lugar de madre simbólica como agente de la frustración en su hijo. No sabríamos describir cómo pudo haber tenido lugar la frustración de amor para Leonardo, a falta de varios datos biográficos; lo que suponemos ocurrió necesariamente, es que Leonardo experimentara una frustración imaginaria de un objeto real, que es el seno materno, cuyo agente como ya nos lo dijo Lacan, sería la madre simbólica. De esto, podría decirnos algo el cuadro de la “mona litta” que abre vía a este último capítulo. Claro que en él, podemos apreciar al niño gustosamente amamantándose, lo que nos conduce a plantear cuán valioso resultaba para el artista el contacto entre el niño con el seno materno.

De otra parte, la observación freudiana, señala un aspecto importante. Ante la pregunta formulada en la teoría lacaniana para describir el deseo materno ¿qué es lo que mi madre desea?, el niño se plantea un enigma y avanza en su búsqueda, seguramente con el mismo ímpetu que el investigador sexual infantil descrito en la obra freudiana. Sabemos gracias a Lacan, que el niño imaginariamente sospecha que lo que la madre desea es el falo, el niño

juega a satisfacer a la madre presentándose como aquel objeto que la puede colmar. (Lacan, 2008/1957, p. 59). El niño se repliega al deseo de la madre como ese Otro primordial de quien le vienen los significantes que lo representan; no obstante, en algún momento, debe percatarse de que lo que la madre desea es algo más que él como hijo, entonces puede tener lugar la salida del niño de ese lugar fálico. Y esto es precisamente lo que deja entrever la observación freudiana respecto a Caterina en su anhelo de Ser Piero, padre de Leonardo.

El hecho de que Leonardo haya subjetivado que su madre desea un hombre más allá del hijo, sumado a lo cual, la madre mediante la presencia – ausencia no satisface todas sus demandas, introduce una oposición fundamental entre lo que está allí y lo que falta en su lugar, no tanto por el objeto real que vendría a ser el seno materno, sino ella misma como don de amor, lo cual la ubica como una madre simbólica. Y decimos madre simbólica en tanto le permite al niño registrar que algo siempre falta y no solo se trata de la falta del pecho, sino de la falta inscrita en ella misma como mujer en tanto, es el falo lo que le falta y lo que ella desea.

Podríamos suponer que, mediante la presencia-ausencia de Caterina, Leonardo pudo apreciar una falta en ese ser como potencia; lo que nos lleva a pensar además, que la falta en la madre quien inicialmente es el Otro primordial, se sitúa una vez ésta no puede responder por entero a la demanda, lo que permite una vía para el deseo, que es lo que nos interesa precisar en esta investigación.

5.2.3. La madre insaciable.

Una última vertiente que se desprende a partir de La *relación de objeto* señalada por Lacan correspondería a ‘la madre insaciable’. De la madre como potencia que puede responder o no

a las demandas de su hijo, no solo tiene lugar un viraje en su don de amor, sino también puede responder una madre caprichosa, de cuyo capricho se debe proteger al niño. Esta es la madre insaciable en su deseo y en tanto de ella depende proporcionar o negarle los objetos de satisfacción al niño, lo hace de manera caprichosa.

Al ampliar la dimensión de lo que significa una madre insaciable y cómo opera con relación a su hijo, se requiere de la precisión de las palabras lacanianas en su seminario sobre *La relación de objeto*:

La etapa crucial se sitúa antes del Edipo [...], la de la frustración primitiva, y el Edipo. En esta etapa, el niño se introduce en la dialéctica intersubjetiva del señuelo. Para satisfacer lo que no puede ser satisfecho, a saber, el deseo de la madre, que en su fundamento es insaciable, el niño, por la vía que sea, toma el camino de hacerse él mismo objeto falaz. (Lacan, 2010/1957, pp. 197-198)

Habíamos referido que, ante el enigma que el niño se plantea frente al deseo de su madre, responde haciendo semblante del falo que a ella le falta; sin embargo, Lacan nos señala que el deseo de la madre es insaciable y en tanto tal, el niño puede responder tomando posturas que no son más que señuelos, pues no podría verdaderamente ser la imagen fálica que complete su deseo. Dice Lacan que, ante el deseo materno insaciable, el niño puede encontrarse ante la regresión como una posibilidad de escape. Subraya sobre esta madre insaciable:

Ella está ahí y como todos los seres insaciables, busca qué devorar. [...] vuelve el niño a encontrarse ante unas fauces abiertas. La imagen proyectada de la situación oral, la encontramos también en el plano de la satisfacción sexual imaginaria. El agujero abierto de la cabeza de Medusa es una figura devoradora que el niño encuentra como una salida posible en su búsqueda de la satisfacción de la madre. (Lacan, 2010/1957, p. 197).

Extrañamente tanto la castración materna como la madre insaciable, generan una angustia en el niño, frente a la cual debe hacer algo para no quedarse estupefacto; es decir, tanto la falta del falo en la madre como la madre que no es posible de saciar ni siquiera con el falo, angustian al niño. La cabeza de Medusa que según la mitología griega se caracteriza por tener en su mirada el poder de petrificar a quien se dejase ver directamente a los ojos y por un sinnúmero de serpientes, es interpretada por Freud de la siguiente manera:

Si en el arte figura tan a menudo los cabellos de la cabeza de Medusa como serpientes, también estas provienen del complejo de castración y, cosa notable, por terrorífico que sea su efecto en sí mismas, en verdad contribuyen a mitigar el horror, pues sustituyen al pene, cuya falta es la causa del horror. (Freud, 2010/1922, p. 270).

Lo que interesa situar en Caterina, es algún rasgo que permita identificar cómo operó esto en Leonardo y cómo logra escabullirse este genio de las posibles fauces maternas antes de que fueran caprichosamente cerradas.

Siguiendo el delineado freudiano sobre *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, encontramos que “a la manera de todas las madres insatisfechas, tomó a su hijito como reemplazante de su marido y, por la maduración demasiado temprana de su erotismo, le arrebató una parte de su virilidad”. (Freud, 2010/1910, p. 109).

Lo que podría sostenerse, partiendo de esta interpretación freudiana es que, indistintamente de la presencia de Antonio di Piero, parece haber prevalecido una marcada relación erótico-amorosa entre Caterina y Leonardo, pues tal como fue señalado en el apartado *Del recuerdo infantil al Leonardo inventor*, a partir de dicha fantasía, Freud logra deducir algunos juegos eróticos acaecidos entre madre e hijo. Esto nos recuerda de inmediato el caso del pequeño

Hans, en el que notablemente, la presencia del padre no garantiza el Nombre-del-Padre que sirva de barrera a las fauces de la madre cocodrilo.

Prosiguiendo con la interpretación freudiana sobre la Caterina insaciable, podemos deducir que, al igual que otras mujeres, en tanto que insatisfecha situó a su hijo en el lugar del objeto encargado de saturar su deseo, cuestión que lo ubica en el lugar de un fetiche. Es necesario discernir entre el amor que la madre le provee al niño en plena etapa de lactancia, cuando éste necesita plenamente de sus cuidados y otra distinta, las manifestaciones de afecto en exceso entre la madre y su hijo más crecido. Cuando una madre envuelve a su hijo en expresiones de afecto, implícitamente, despiertan erotismo en el pequeño.

Este aspecto es lo que Lacan (2010/1957) en su seminario dedicado a *La relación de objeto*, tanto resalta de la obra freudiana, puesto que: “introduce precisamente, la importancia de la función madre fálica y mujer fálica” (p.430) en relación con el hijo. Privilegia Lacan (2010/1957), además el hecho de que Freud acuña por primera vez en sus obras que “el niño está vinculado con una madre, quien a su vez, está vinculada en el plano imaginario con el falo como falta” (p. 430); Lacan lo designa como altamente valioso. Y justamente este señalamiento freudiano esclarecido a su vez por Lacan, es lo que nos ha permitido interrogarnos sobre ¿cuáles serían las posibles incidencias de la madre como insaciable en el deseo de saber del hijo varon?, lo cual nos inquieta, pues como hemos venido tratando de pesquisar desde el primer apartado, aparece un nexo entre seno materno y cola del ave, en cuya base se halla una imagen fálica, como si Leonardo le hubiera constreñido una imagen fálica a su madre. La pregunta que nos inquieta, más aún, estriba en ¿cómo logró salir de esa posición el genio de las ciencias y de las artes del renacimiento, de tal forma que no se

ubicó como un fetiche para su madre, sino que respondió con un deseo de saber?. De esto, nos ocuparemos en el subsiguiente y último apartado.

Ahora bien, en las últimas páginas de *La relación de objeto*, específicamente en el apartado *De Juan el fetiche al Leonardo del espejo*, Lacan (2011/1957) parece preguntarse si Leonardo podría ser considerado incuestionablemente neurótico especialmente por la caracterización obsesiva como destacado investigador y artista ó si podría pensarse desde otro lugar. Si Leonardo es concebido como “alguien que se dirige y se da órdenes a sí mismo a partir de su otro imaginario” (p. 438) debe ser objeto de otros estudios.

Por lo pronto, pasemos a concluir que:

De las configuraciones maternas establecidas por Lacan y trasladadas al caso de Leonardo, podría deducirse que, en Caterina se alcanzan a identificar posturas tanto de la madre como don de amor, la madre simbólica y la madre insaciable; identificando que la madre simbólica es quien favorecería el deseo y por ende, el deseo de saber en su hijo, puesto que por vía la frustración, le posibilita la instauración de la falta.

Se puede deducir, además que, esta parece ser la función materna en relación con el deseo de saber: asumirse como una madre que, en tanto mujer, se encuentra en falta para que su hijo descubra que su deseo apunta al falo. Y precisamente esto es lo que permite entrever el cuadro de *Santa Ana, la virgen y el niño*, en tanto que el niño parece deslizarse de las manos de la madre con una mirada hasta de picardía que no obstante, busca la aprobación en los ojos de su madre. El niño no se encuentra en una actitud pasiva, parece regodearse del amor y la paciencia de estas dos madres para avanzarse en saciar alguna curiosidad sobre el corderito a quien de hecho, sujeta entre sus manos. Lo significativo en el cuadro, siguiendo a Arango

(2010), más que la sonrisa de estas dos madres, es la actitud delicada y cuidadosa que tiene la madre con el pequeño, al permitirle deslizarse un poco de sus manos, pero sin dejarlo caer del todo; lo cual supone, que en lugar de imponerse, la madre simbólica asume a ese hijo como un otro, al aceptarle cierto grado de curiosidad. Por su parte, Santa Ana, gracias a la sabiduría y la experiencia consabida a lo largo de los años, simplemente observa sin intervenir; es decir, representa otra madre tranquila que le permite al niño continuar en su investigación.

Al vivir bajo el cuidado de su madre Caterina durante su primer año de vida, concluimos que Leonardo experimentara una frustración imaginaria del seno materno como objeto real, cuyo agente sería la madre simbólica; lo cual conduce a su vez, a la instauración de una falta, ya que el niño registra una falta imaginaria, la cual es necesaria para la instauración del deseo y en consecuencia del deseo de saber.

De acuerdo a todo lo anterior, tanto la castración materna, como el deseo insaciable de la madre, generan angustia en el niño. La pregunta que se requiere resolver apunta al desciframiento de ¿cuál fue la función que prevaleció en Caterina y cómo respondió Leonardo ante ella?. Procurando hallar alguna respuesta, avancemos hacia el siguiente apartado.



Imagen N° 4. La virgen de las rocas. Museo de Louvre, París.

5.3. Un deseo de saber para no-saber: el horror a la castración materna

Se inicia este apartado retomando las oportunas letras que imprimió el creador del psicoanálisis en uno de sus libros que más le ocupó reelaboración sobre su investigación psicoanalítica, a saber, *Tres ensayos de teoría sexual*. En este bellissimo texto se encuentra un apartado sobre *El típico fracaso de la investigación sexual infantil*, en el cual se precisa un punto crucial y tan vigente para el deseo de saber, que merece ser recordada tal cual lo señaló su autor:

La investigación sexual de la primera infancia es siempre solitaria; implica un primer paso hacia la orientación autónoma en el mundo y establece un fuerte extrañamiento del niño respecto de las personas de su contorno, que antes habían gozado de su plena confianza. (Freud 2010/1905a, p. 179).

Esta grandiosa pieza que nos deja la rigurosa observación freudiana, armoniza perfectamente con un escrito en *Tratado sobre pintura*, en que Da Vinci (1976/1498) refiriéndose a *La vida del pintor en su estudio*, aconseja:

Porque la prosperidad del cuerpo no agoste la del ingenio, el pintor o dibujante ha de ser solitario, máxime cuando esté empeñado en especulaciones y consideraciones que, apareciendo de continuo ante sus ojos y su memoria alimentando, han de ser puestas a buen recaudo. Mientras estés sólo, te pertenecerás por completo (p. 352).

Sabemos gracias a las biografías²⁰ que se han escrito sobre Leonardo que, disfrutaba inmensurablemente de una solitaria investigación, disponiendo de un estudio especialmente

²⁰ Para esta investigación se ha privilegiado la biografía elaborada por Charles Nicoll (2005) y se toma como documento que amplía la vida del artista el libro *El pensamiento de Leonardo Da Vinci [..]*, el cual resume la tesis doctoral realizada por el profesor titular de la UPB de Medellín, Gustavo Arango Soto (2010), a quien se

reservado para ello y que la exploración de los fenómenos de la naturaleza la inició a una edad muy temprana, cuando vivía con su madre Caterina en campo Zeppi.

Otro elemento que Freud (2010/1910) cuidadosamente nos señala en este sentido es el siguiente: “al confesarnos Leonardo que desde su infancia registró un particular vínculo personal con el problema del vuelo, nos corrobora con ello que su investigación infantil estuvo dirigida a lo sexual” (p.118); por tanto, vamos a adentrarnos en nuestra propia exploración sobre la vida infantil del artista, para identificar elementos que nos den cuenta de cómo pudo haber tenido lugar esa incipiente investigación sexual durante sus primeros años.

Leonardo vivió sus primeros cinco años bajo el amparo de su madre, siendo hijo único solamente durante el primer año, al cabo del cual su madre contrajo matrimonio con Antonio di Piero conocido más como ‘Accatabriga’, con quien tuvo cinco hijos en un plazo de años. De esta manera lo relata Nicoll (2005):

Hacia 1454, cuando Leonardo tenía dos años, Caterina dio a luz a una hija que fue bautizada con el nombre de Piera [...]. En 1457 nació una segunda hija, María. [...]. Tres hijos más nacieron en rápida sucesión: Lisabetta, Francesco y Sandra. En 1463, año de nacimiento de su última hija, Caterina había dado a luz a seis hijos en el plazo de 11 años. (p.45).

Lo anterior indica que, Leonardo en su vida infantil vivenció desde muy temprana edad, la llegada de una hermanita, en quien probablemente pudo encontrar algunas diferencias sexuales anatómicas en relación con su propio cuerpo; lo cual, sin embargo, no es posible aseverar, puesto que no se cuentan con datos precisos que ofrezcan este tipo de precisiones.

consultó personalmente en una ocasión para ampliar la comprensión de las obras de Leonardo referidas a la madre o las ‘madonas’.

Ahora bien, en palabras de Freud (2010/1910) en el texto de *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, se resume nuevamente el complejo entramado que acontece durante estas vivencias de la infancia: “hubo un tiempo, en efecto, en que el genital masculino estuvo unido a la figuración de la madre.²¹ Cuando el niño varón dirige por primera vez su apetito de saber a los enigmas de la vida sexual, lo gobierna el interés por sus propios genitales” (pp. 88, 89), de tal suerte que, siendo tan importante este miembro genital para él, no concibe la idea de que las demás personas, puedan prescindir de él; trasladando esta investigación hacia otros seres vivos como inanimados tal, como lo ilustra el caso del pequeño Hans que fue abordado en el capítulo anterior.

Y aunque el pequeño investigador se percate de que las niñas no tienen pene, insiste en hallarle el pene al género femenino, pero especialmente en quien ha condensado fuertes afectos, a saber, su madre. Señala Freud (2010/1910) en el texto que dedica al Leonardo: “Que pueda faltar el miembro, he ahí una representación ominosa (*unheimlich*), insoportable; por eso ensaya una decisión mediadora: el niño está presente en la niña, pero es aún muy pequeño; después crecerá” (p. 89). Si esta expectativa no es corroborada en posteriores tiempos, el niño establece otra salida: “el miembro también estuvo ahí en la niña, pero fue cortado” (Freud, 2010/1910, p. 89).

Los anteriores intentos que el pequeño investigador formula en su afán de mantener la idea primordial de que tanto niños como niñas tienen un miembro genital masculino, parecen

²¹ Freud se refiere con esto a las *Teorías sexuales infantiles* de 1908, en que, gracias a las nuevas observaciones en su investigación psicoanalítica y específicamente a los datos proporcionados por el caso del pequeño Hans, se establece que el niño le adjudica a la madre un miembro genital masculino como el de él.

desplomarse en serio cuando el niño traslada su mirada hacia la madre como textualmente lo sostiene el siguiente fragmento:

Antes de que el niño cayera bajo el imperio del complejo de castración, en la época en que la mujer conservaba pleno valor para él, empezó a exteriorizarse en él un intenso placer de ver como quehacer pulsional erótico. Quería ver los genitales de otras personas; en el origen, probablemente, a fin de compararlos con los propios. La atracción erótica que partía de la persona de la madre culminó pronto en la añoranza de sus genitales, que él tenía por un pene. Con el discernimiento, adquirió sólo más tarde, de que la mujer no posee pene, esa añoranza a menudo se vuelca súbitamente a su contrario, deja sitio a un horror que en la pubertad puede convertirse en causa de la impotencia psíquica, de la misoginia, de la homosexualidad duradera” (Freud, 2010/1910, pp. 89,90).

La atracción erótica que el niño siente hacia su madre, lo orienta hacia un álgido punto en su investigación sexual infantil: percatarse de la castración materna, deviene angustia en el niño. Claramente, notar que otras mujeres no poseen el miembro genital masculino, en lugar de moverle algún afecto, le llevan a buscar otras posibilidades para desmentir la falta; no sucede lo mismo en el caso de la madre, pues tal y como lo precisa Freud (2010/1922) en su escrito sobre *La cabeza de Medusa*:

El terror a la Medusa es entonces un terror a la castración, terror asociado a una visión. Por innumerables análisis conocemos su ocasión: se presenta cuando el muchacho que hasta entonces no había creído en la amenaza ve un genital femenino. Probablemente el de una mujer adulta, rodeado por vello; en el fondo, el de la madre. [...]. La visión de la cabeza de Medusa petrifica de horror” (p. 270)

De acuerdo a lo anterior, cuando el niño discierne que definitivamente su madre al igual que otras mujeres se encuentra castrada en términos orgánicos, tiene lugar la fantasía de que el padre puede igualmente mutilar su órgano genital y castrarlo al igual que a ella, lo cual le produce angustia. Entonces, el varoncito primero siente horror ante la castración materna e

inmediatamente angustia ante la posibilidad de su propia castración. Según el creador del psicoanálisis, ante la castración materna, la añoranza toma una torsión, volcándose súbitamente a su contrario: el olvido

Freud nos dice que el niño se percate de la castración materna, asunto que le genera horror, da lugar a tres posibilidades: una posterior aversión a las mujeres, una debilidad mental o la homosexualidad. En el caso de Leonardo, de acuerdo al riguroso análisis que hace Freud (2010/1910) concluye que “la vida amorosa de Leonardo efectivamente pertenece al tipo de homosexualidad” (p. 99) y que la fantasía de haber sido tocado en sus labios por un buitre, no representa sino la emergencia de su condición homosexual que, según Freud (2010/1910) tendría que traducirse: “por obra de ese vínculo erótico con la madre he devenido un homosexual” (p. 99).

Que Leonardo haya tenido una elección de objeto de tipo hetero u homosexual, no es un asunto privilegiado para esta investigación; más si vamos a presentar a continuación una hipótesis en relación con otra posible respuesta, ante el horror que le causa al niño percatarse de la castración materna. Adicionalmente a las palabras expresadas por el padre del psicoanálisis podríamos decir: ante la castración materna, esa añoranza última de que su madre tenga pene como él, “a menudo se vuelca súbitamente a su contrario, dejando sitio a un horror que puede convertirse en causa de la impotencia psíquica, de la misoginia, de la homosexualidad duradera” (Freud, 2011/1910, p. 90) o el deseo de saber. ¿Cómo podemos pensar en la posibilidad de un deseo de saber como respuesta del niño frente al horror que le causa la castración materna?.

Retomando un episodio descubierto al pasear con la mirada atenta por la *Obra pictórica completa y obra gráfica* que Frank Zöllner y Johannes Nathan (2011) le dedican a

Leonardo, es factible identificar un claro nexo entre la experiencia de Leonardo y el horror a la castración materna:

Y arrastrado por mi apasionada voluntad, ansioso por ver la multitud de formas distintas y extrañas nacidas de la naturaleza (y tras haber descansado un poco entre las sombras de las peñas), llegué ante la entrada de una gran cueva, ante la cual, estupefacto e ignorante de todo, me detuve. Con la espalda encorvada y cansada, la mano sobre la rodilla, alcé la diestra para dar sombra a mis párpados cansados y cerrados [...], dos sensaciones nacieron en mí, de miedo y de deseo: miedo del agujero negro y amenazante, deseo de ver si allí dentro había algún portento. (Citado por Zöllner & Nathan, 2011, tomo 1. p. 104).

Animada por estas palabras escritas por el genio de las artes y las ciencias del renacimiento, emergió la idea de abordar el deseo y el horror de saber, ya no como aspectos separados, sino como si se tratase de aspectos concomitantes, al menos como lo muestra la experiencia que imprimió en Leonardo esta visita a la cueva. Para desarrollar la hipótesis de que deseo de saber es concomitante al horror de saber, es preciso retornar a Freud en su texto de *Teorías sexuales infantiles* para esclarecer el asunto del horror que, este genio del renacimiento describe como miedo del agujero negro y amenazante.

En este sentido, la teoría freudiana refiere que; cuando el niño varón dirige por primera vez su apetito de saber a los enigmas de la vida sexual, lo hace orientado por un interés que, surge a partir de la comparación de sus propios genitales con los de quien, ha sido como primer objeto de amor, el soporte de su propia identificación, a saber, la madre. A ella, incluso, como mujer, el niño le supone que como él, también posee un pene. Entonces, se acerca a ella, pese a que, “la percepción, le dice, por cierto, que hay algo diverso que en él, pero él, no siendo capaz de confesarse, contenido en esa percepción, que no puede hallarle el miembro” (Freud, 2010/1910, p. 89), se aproxima a ella de todas formas. Tan solo la sospecha de que pueda

faltar el miembro, implica de entrada una representación ominosa, insoportable. Esta representación de vacío, de falta del miembro genital que le resulta ominosa al niño, podría guardar relación con la sensación de horror y miedo que expresa Leonardo al encontrarse frente a la cueva, ante el agujero negro que alcanza a visualizar en primera instancia.

Al respecto, el término agujero negro extraído de la física, y sin alejarse de la teoría general de la relatividad de Einstein, hace referencia a “un objeto en el espacio que, ha colapsado bajo sus propias fuerzas gravitacionales. Su campo gravitacional es lo suficientemente intenso como para evitar el escape de materia o energía” (Cortés, D. 1998, pp. 14,15). Pues bien, trasladando este concepto de la física al psicoanálisis, se podría deducir que; tal magnitud de fuerza albergada en el campo gravitacional, podría compararse con la impresión que puede dejar en la psique infantil el instante en que el niño se topa con la castración materna.

El argentino Juan Martín Maldacena (2010), uno de los físicos teóricos más destacados en la actualidad, en uno de sus artículos titulado *Los agujeros negros y la estructura del espacio-tiempo*, sostiene que, desde la mecánica cuántica:

El vacío es un estado muy interesante donde todo el tiempo tenemos pares de partículas que se crean y se destruyen. En 1974, Steven Hawking demostró que cuando existe un horizonte se pueden crear partículas en su cercanía [...]. La partícula con energía negativa cae dentro del agujero negro y la que tiene energía positiva escapa. (p. 4).

Cabe aclarar que el término horizonte – de sucesos-, remite a una superficie imaginaria de forma esférica que rodea al agujero negro, en la cual la velocidad de escape que se requiere para alejarse del mismo, es comparable con la velocidad de la luz. Maldacena (2005) en *Agujeros negros, cuerdas y gravedad cuántica*, justamente se pregunta por aquello que escapa,

refiriendo que “en principio, la teoría cuántica completa debería permitirnos calcular lo que sale de un agujero negro”. (p. 108)

El agujero negro y amenazante que describe Leonardo, ha sido comparable con el agujero negro estudiado por la física. El descubrimiento de Hawking, permite identificar la posibilidad de que el protón o la partícula positiva, quede por fuera del campo gravitacional de dicho vacío. Suponemos una analogía para el estado afectivo de algunos varoncitos que, habiéndose topado con el agujero negro de la castración materna, en lugar de perderse en su campo gravitacional como el neutrón, logran salir de allí como las partículas de carga positiva.

Así mismo, el paisaje del fondo que acompaña la obra de *La virgen de las rocas* en la que Leonardo empieza a trabajar a la edad de 31 años, guardan un nexo con la impresión afectiva que detalla el artista mediante la descripción de su encuentro con la cueva. El profesor Arango (2010) en su libro *El pensamiento de Leonardo, puente entre el medioevo y la modernidad y fiel reflejo de la mentalidad antropológica, política, religiosa, ética y estética del renacimiento* esclarece:

Las imágenes no poseen aureolas alrededor de sus cabezas y se encuentran en la entrada de lo que parece ser un sistema de grandes cavernas, al fondo de las cuales se vislumbran montañas y grandes superficies de agua. Esta composición y este entorno, son completamente inusuales en la historia de la representación cristiana²² [...]. Visto más objetivamente y dentro de un proceso creativo, el simbolismo puede ser más un pretexto que un fin, y así, la presencia de esas rocas en el cuadro, puede no obedecer

²² Existen dos versiones de este cuadro. El profesor Arango, está haciendo referencia a la obra que, actualmente reposa en el museo de Londres. El otro cuadro que se encuentra en el museo de Louvre, presenta una coloración y un acabado que, según los expertos, han determinado ser una de las pocas obras que Leonardo terminó. Sin embargo, su configuración y escenificación no corresponden al encargo realizado por la Cofradía Milanesa de la Inmaculada Concepción, a quienes después de 20 años de pleitos judiciales, nunca fue entregado. (tomado de Arango, 2010, pp. 208-211)

sino a una manifestación inconsciente del recuerdo de una expedición durante la niñez del artista a las cuevas del monte Cececi. (p. 209-210).

Una vez más, las impresiones de la infancia, parecen cobrar vida en las obras de arte del Leonardo pintor y no extraña que sea de esta manera, pues el saber que ha acumulado durante años se encuentra bajo el influjo del inconsciente, no hay pensamiento que escape a esta instancia, aunque para ello, varios de los recuerdos deban tomar formas y acabados menos ofensivos para poder pasar las resistencias y poder llegar a la consciencia.

La hipótesis que se plantea respecto a que, deseo y horror de saber actúan conjuntamente y, retomando el caso del excepcional investigador infantil que fue Leonardo, se puede suponer: En una época de su infancia, impulsado por una gran curiosidad, se dirige hacia su madre, deseando saber si ella tenía un órgano genital como el suyo, pero ante el posterior discernimiento de que ella no lo poseía, surgió una sensación de horror, que con ímpetu, advino un deseo de saber, esta vez orientado hacia algunos fenómenos de la naturaleza que me evocan este suceso, pero de manera menos escabrosa.

Otra forma de ilustrar esta concomitancia entre deseo y horror de saber, puede ser sirviéndose de lo que Lacan en el *Seminario 7, La ética del psicoanálisis* elabora alrededor de la Cosa o Das-Ding, de donde es posible deducir que la Cosa es lo que falta, se encuentra en el origen y a su vez en la meta del deseo. La Cosa, es ese objeto perdido para siempre, es la falta que se instaura en el mismo instante en que tiene lugar la primera vivencia de satisfacción, que Freud generosamente expuso en el *Proyecto de psicología para neurólogos*. Dice Lacan (2007/1959) en el *Seminario 7* “ese objeto, ‘das-Ding’ en tanto que Otro absoluto del sujeto, es lo que se trata de volver a encontrar” (p.68). La madre como el Otro primordial de quien depende el niño de manera absoluta, puede o no responder a la demanda de amor que le

efectúa el niño, y en tanto está presente, pero a la vez ausente, hay algo de ella que el niño no logra aprehender, dando lugar así, al objeto perdido.

Si se tiene en cuenta lo que Lacan desarrolla, en lo que plantea que la madre es el objeto del incesto para el niño, es inalcanzable, por lo tanto, Das- Ding, representa el Soberano Bien que, de hecho, dice Lacan, no existe²³, se podría deducir, que ante el posible horror que podría provocar la proximidad con la Cosa, el niño orientado bajo el principio de placer ó lo que en Lacan sería, por la vía del deseo como rechazo del goce, responde con una realidad psíquica para bordearlo, sin aprehenderlo.

Para entender lo anterior, es preciso retomar que, en la medida en que en el niño se introduce una ley simbólica, tiene lugar una renuncia a ser el falo imaginario para su madre y como parte de la castración prevalece un rechazo de goce para poder alcanzarlo de manera invertida: mediante el deseo. La prohibición del incesto representa para el niño la ilusión de poder alcanzar aquello que no le es posible si se anulara tal interdicción y en este sentido, la prohibición misma da paso al deseo de trasgredirla. En este sentido, el niño se orienta ante la Cosa por vía del deseo, de manera que sólo la bordea y lo hace mediante la construcción de su realidad psíquica, entendida ésta, como una consistencia que reside en el psiquismo del sujeto y que tiene los mismos efectos que la realidad material que lo circunda.

En un intento de entender lo anterior, en el caso de Leonardo, es pertinente precisar una observación proveniente de la teoría freudiana que guarda relación con bordear la Cosa sin

²³ Respecto al Soberano bien, Lacan hace varias alusiones, entre las cuales resalta la siguiente: “Pues bien, el paso dado, a nivel del principio de placer por Freud, es mostramos que no existe soberano bien, que el Soberano Bien, que es Das-Ding, que es la madre, que es el objeto del incesto, es un bien interdicto y que no existe otro bien” (Lacan, 2007/1959, p. 88).

alcanzarla por completo. Se trata de la función que cumple la sublimación, donde la pulsión sexual puede alcanzar la satisfacción, cambiando de meta, ante lo cual Lacan (2007/1960) también vuelve en el *Seminario 7* y relaciona este término con *das-Ding*, sosteniendo que:

La sublimación que aporta al *Trieb* (pulsión) una satisfacción diferente de su meta, es precisamente lo que revela la naturaleza propia del *Trieb*, que éste no es puramente el instinto, sino en la medida en que se relaciona con *das-Ding* como tal, con la Cosa en tanto que ella es diferente del objeto. (p. 138).

La Cosa orienta la posición del sujeto hacia su búsqueda, pero al no ser nunca alcanzada, el sujeto orientado bajo la metonimia que caracteriza al deseo, se desplaza en una constante búsqueda; de manera que, “el objeto perdido es elevado a la dignidad de la Cosa, en la medida en que ella no se ha deslizado en, sino que es delimitada por la red de los *Ziele* (meta)” (Lacan 2007/1960, p. 139). Al ser delimitada por la red de las metas hacia las que se dirige la pulsión, se infiere que la Cosa no es un objeto posible de aprehender, pero sí de bordear. Esto abre dos vías que merecen ser analizadas: la sublimación parece alcanzar la satisfacción en la tensión que tendría lugar cuando se orienta de una meta a otra y, la existencia de algo que la Cosa en sí misma guarda, un imposible de ser alcanzado por el sujeto.

Respecto a la sublimación, se define como: “la satisfacción de la tendencia en el cambio de su objeto, sin represión” (Lacan 2007/1960, p. 349), lo cual es ampliado por el mismo Lacan al concebir la sublimación sin represión, pues implica el reconocimiento de que: “el deseo no es más que [...] el cambio de objeto en sí mismo” (Lacan 2007/1960, p. 350). Si la demanda está en lugar más acá y más allá de ella misma, esto podría explicar muy bien el hecho de que en los cuadernos de notas de Leonardo se hallen un sinnúmero de intereses que derivan en un deseo de saber de algo más. Esto podría suponer que en algunos sujetos en que la sublimación cobra un valor esencial, como es el caso de Da Vinci, es posible decir que el deseo de saber

corresponde a un deseo de desear. Un deseo de desear: conocimientos, aprendizajes, nuevas experiencias y posiblemente un deseo de desear siempre algo más.

Ahora, retomando la prohibición y su relación con el deseo, tiene lugar la siguiente pregunta: ¿cuál es la prohibición que intenta transgredir el deseo de saber?, ¿se trata de intentar transgredir una prohibición o más bien de un temor frente a la amenaza de castración?. Se intentará encontrar alguna respuesta mediante las premisas lacanianas del *Seminario 7* a partir de un asunto que emergió respecto a lo que se halla resguardado en das-Ding.

En el *seminario 7*, se encuentra implícito que la prohibición del incesto es la ley fundamental; la prohibición del incesto es condición para que el sujeto se articule como sujeto del lenguaje, en la medida en que la palabra regula la cercanía del sujeto con la Cosa. El discurso está articulado al pensamiento, que es inconsciente; por lo tanto, todo el proceso simbólico está tramado alrededor de la Cosa y en su búsqueda, aunque jamás sea alcanzable, si se obtienen satisfacciones. En resumen, como diría Lacan (2007/1959): “la ley tiene consecuencia al excluir siempre el incesto fundamental, el incesto hijo-madre” (p. 85) y enseguida añade: “el deseo por la madre no podría ser satisfecho pues es el fin, el término, la abolición de todo el mundo de la demanda que es lo que estructura más profundamente el inconsciente del hombre” (p. 85). Entonces, la madre al ser ese objeto del incesto imposible de alcanzar, pero sí de bordear, puede causar una búsqueda que se traslada de una meta a otra, cuya satisfacción da lugar al deseo de saber en su hijo varón.

Entre las conclusiones posibles para este apartado, se encuentran las siguientes:

Observaciones realizadas tanto en Freud como en Leonardo, dan cuenta de un aspecto fundamental para que se constituya un deseo de saber, previa constitución de un sujeto

deseante: la actividad solitaria que a su vez, representa una separación que en el incipiente investigador sexual, representa la separación de las figuras que en un primer momento sirvieron como el soporte para su identificación, sus padres. En el Leonardo niño, se conoce que tuvo plena disposición para realizar sus actividades de investigación en campo Zeppi, lo que indica que, su madre Caterina haya sido una humilde campesina favoreció la curiosidad infantil que emergía en Leonardo y lo empujaba a explorar constantemente la naturaleza. Esto supone un desprendimiento de la madre a quien el niño inicialmente se repliega en términos del deseo (afánisis) para no perder su amor y que en Leonardo se observa claramente por dos asuntos:

En primera instancia y como dijimos en el apartado anterior, Caterina asume varias posturas desde su función materna: es la madre como don de amor, es la madre insaciable que desea devorar a su hijo y, es la madre simbólica en tanto habiendo pasado por la experiencia de castración desea algo que a ella le falta y por tanto, inscribe también a su hijo en la falta. Caterina como madre simbólica, le permitió a Leonardo explorar libremente, sin descuidarlo, pero tampoco sin someterlo a quedarse a su lado, tal como lo se refirió en el anterior apartado al analizar la obra de *Santa Ana, la virgen y el niño*.

Y en segundo orden, frente a la experiencia del sentimiento amenazante frente a la cueva, Leonardo afianza su deseo de saber sobre el enigma que, le resulta oscuro y amenazante, pues su deseo por descubrir los portentos que guarda este agujero negro, se avanza hacia la búsqueda de saberes que le permitan bordear algo sobre el objeto que inconscientemente es das-Ding, su propia madre. Y en ese intento de bordear el objeto, Leonardo se afianza en un inconmensurable deseo de saber, que parecer armonizar bien con el deseo de desear, siempre algo más.

Para finalizar, se concluye, entonces que, cabe la posibilidad de que algunos investigadores sexuales infantiles, como en el caso de Leonardo, respondan con un deseo de saber ante el horror que les produce la castración materna y en lugar de paralizarse frente a él, insistan en rodear la Cosa (lo innombrable) en tanto que no alcanza a ser representada; de tal manera que, en lugar de realizar un anhelo de completud o un deseo incestuoso, intentan su realización mediante la elucubración de otros saberes, orientados su realidad psíquica, que les permite velar, de alguna manera, aquello de lo que no desean saber.

6. Conclusiones

Ante la pregunta que orientó la presente investigación: ¿cuáles son las incidencias de la función materna en la institución de la castración, que a su vez se articula con el surgimiento del deseo y, con ello, del deseo de saber en el hijo varón?, se encontraron algunos elementos que podrían vincularse como distintas funciones que pueden encontrarse en la misma madre, como es el caso de Caterina, madre del hijo cuya ejemplar respuesta fue un deseo de saber, incluso de un deseo de desear siempre saber.

Las funciones indagadas en la madre son las siguientes:

La madre como don de amor, quien más allá de erogenizar el cuerpo de su hijo, preparándolo para la futura vida sexual, de proporcionar los cuidados, el amor y la ternura necesarios para que el hijo se constituya como objeto de deseo, ofrece a su hijo lo que no tiene. Esto significa que la madre dona sus respuestas ante la demanda de su hijo de forma gratuita en tanto que, pudiendo negarse a responder al llamado que éste le hace, ella responde con unos signos, los cuales constituyen el lenguaje del amor y con ello sobrepasa el nivel de la palabra. El falo que implica un tener imaginario, es tomado como un signo de amor para el hijo, en la medida en que la madre tampoco lo tiene. Esto permite la instauración de una falta constitutiva en su hijo, desde donde podrá asumirse con un ser en falta y por tanto, como un Sujeto de deseo.

La madre que da sus signos de amor a su hijo, termina operando como una madre simbólica, en tanto, instauradora de la falta constitutiva en su hijo. Que ella inicialmente favorezca que el niño se dé cuenta de que ella desea el falo, lo lleva a ser semblante fálico para

asegurarse alcanzar el lugar de su deseo. A pesar de este engaño, la madre simbólica le muestra que ella tampoco puede acceder a ese falo, entonces es evidente la falta y cae el engaño. Desde este lugar, la madre favorece que su hijo se asuma como sujeto que, como todo sujeto a quien algo le falta, desee algo más.

La falta de la madre, al remitir a la falta del falo en términos imaginarios, conduce a la castración materna tomada desde la teoría freudiana, la cual genera un horror en el hijo varón de manera que, algunos responden con una fobia, reorientando la angustia sentida ante la castración materna hacia un objeto externo sobre el cual puedan descargar tales afectos. La función materna desde esta posición, consiste en favorecer que el hijo varón se percate de dicha castración para que, por vía del horror que esta le produce, alcance la angustia necesaria y responda de alguna manera. Dicha respuesta, implica un punto de viraje, de torsión, de separación. Esta es una manera posible para que en el pequeño investigador sexual infantil, se instaure una falta, desde la cual pueda ubicar las coordenadas de su propio deseo.

Ahora, el niño que en sus primeros instantes de vida que se encuentra en un estado de total indefensión, al primer ser que se dirige es a su madre, quien lo es todo para él; desde ese lugar de ser absoluto la madre ocupa el lugar del Otro primordial. Al encarnar al Otro primordial, la madre ocupa el lugar de los significantes, sirviendo del primer soporte de identificación para el niño; por tanto, se entiende que el varoncito se dirija hacia ella en su primera investigación sexual infantil y por ende, se entiende el horror al hallarle una falta al ser que hasta ese momento ha sido absoluto para él. Develar la verdad de la falta estructural en la madre, implica para el niño un asunto escabroso, siendo el deseo de saber una de las posibilidades ante las cuales logran responder algunos sujetos, pues otros tantos, como acierta la teoría freudiana, responde con una misoginia, homosexualidad o la impotencia mental. Por tal razón,

se entiende que, algunos sujetos refieran una amnesia que recubre los primeros años de su vida infantil. Es decir, algunos responden con un no querer saber, que en palabras freudianas parece corresponder a la impotencia mental.

Otra función de la madre, corresponde en moverse del lugar de Otro primordial, puesto que el niño inicialmente adhiere su deseo al Deseo de la Madre y se supone que, para que el hijo desee saber, debe separarse en alguna medida del Deseo Materno, para conservarse como un resuelto investigador solitario al estilo de da Vinci.

Al parecer, toda investigación inicia con la incipiente investigación sexual infantil, por cuanto la manera como opere la madre, parece cobrar especial importancia en tanto, inscriba a su hijo en la cadena significativa, permitiéndole reconocer su falta como mujer, lo que a la vez lo conduce a identificar su propia falta y de ahí que se constituya como sujeto de deseo para que desee saber.

En el caso de Leonardo, se deduce que, ante el horror de la castración materna, cobró más fuerza su deseo de saber. La vivencia de Leonardo frente a la cueva, permite entrever cómo es que, pese al temor, se afianza mucho más en su deseo por descubrir los portentos que pudiera guardar ese agujero negro y amenazante. Se podría deducir que, varios aspectos relacionados con su función materna favorecieron el acrecentamiento de su deseo: Haber recibido un amor incondicional por parte de su madre durante su primer año de vida, lo que seguramente favoreció que se imprimieran vivencias tan álgidas como el acto de haber sido amamantado que a su vez, se relaciona con el deseo incestuoso que pervive por parte del niño hacia su madre, del cual se anoticia mediante el primer recuerdo infantil que lo acompaña. De esta primera vivencia de satisfacción, quedó algo que escapó a la representación: la Cosa, das-

Ding, la madre como objeto de un deseo incestuoso. A esto, se suma que en la investigación sexual la falta de representación del acto sexual, proveniente de la imposibilidad de representación del miembro genital femenino, deja un vacío en el pensamiento del incipiente investigador; lo cual a su vez, sumado al decidido deseo que empuja a Leonardo, lo conduce a bordear la Cosa, el das-Ding, que representa al objeto materno mediante el deseo de saber, deseo de desear saber siempre.

A diferencia de la tesis de maestría *Saber y sexualidad*, establecida por Betancur (2013), quien plantea el saber desde una identificación al superyó proveniente por parte del padre, en esta investigación se ha encontrado que la figura de la madre es fundamental en la constitución de un sujeto de deseo y por ende, en la constitución del deseo de saber, siendo crucial la función de la madre simbólica en tanto, permite que el niño reconozca la falta.

Según la metáfora paterna, es el Nombre-del-Padre quien interviene mediante un significante sustituyendo el Deseo Materno, permitiendo que en el niño se instaure la falta. Adicionalmente, podría decirse que antes de que opere este significante, opera la castración materna, la cual también favorece la instauración del sujeto de deseo, pues la madre en su constitución como mujer, tiene la posibilidad de mostrarse como un ser en falta. Siendo ella el primer espejo hacia el cual se dirige el niño, tiene la posibilidad de facilitar que el niño al ver la falta en ella como madre, como primera figura que ha servido de soporte para su identificación, sea capaz de reconocer su propia falta, constituyéndose así como un sujeto deseante.

Finalmente, es preciso reconocer que esta investigación alcanza a dar cuenta de una parte de la posible respuesta, puesto que a medida que avanzaba la lectura, se vislumbraban nuevas

posibilidades de abordaje. Esto indica que lo que se ha planteado en torno a la pregunta constituye sólo una posibilidad de respuesta; con lo cual se deja por sentado que es interesante explorar nuevas vías como por ejemplo: elaborar un desarrollo que vincule otros discursos como los establecidos por Lacan en *El reverso del psicoanálisis* en relación con la madre imaginaria, simbólica y real o las diferentes funciones que pueda ejercer una madre para que su hijo varón desee saber. Así mismo, se pueden explorar otras vertientes en términos de identificar la función materna en las estructuras clínicas del hijo varón ó como bien podría considerarse la elección del hijo con relación a su propio deseo y al deseo de saber, por citar solo algunas posibilidades de ampliar o precisar la pregunta de investigación hacia otras direcciones.

7. Bibliografía

Arango, G. (2010). *El pensamiento de Leonardo da Vinci. Puente entre el medioevo y la modernidad y fiel reflejo de la mentalidad antropológica, política, religiosa, ética y estética del Renacimiento*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.

Aristóteles. *Ética Nicomáquea. Ética Eudemia* (1985). Introducción por Emilio Lledó Iñigo. Madrid: Editorial Gredos.

Ávila, H. (2006). *Introducción a la metodología de la investigación*. España Consulta en línea [07 de Enero de 2010] pp. 50: Recuperado de: (www.eumed.net/libros/2006c/203).

Betancur, D. (2013). *Adolescencia y saber: posiciones subjetivas, madalidades de vínculo y destinos posibles. Tesis de maestría*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Cardona, F. (1999). *Textos presocráticos. Heráclito – Parménides – Empédocles*. Barcelona: Edicomunicación, S.A.

Cordié, A. (1987). *Un enfant devient psychotique*. (Tenorio, M.C. Trad.). Cap. II. Bibliothèque des Analytica. París: Navarin Editeur. (p. 28-77).

_____ (1987). *El nacimiento del sujeto*.

Cortés, D. (1998). *D. Física. Oxford Complutense*. (Sixto, I. Trad.). University Oxford Press: Editorial Complutense, S.A.

Da Vinci, L. (1976). *Tratado de pintura*. (González G., A. Trad.). Madrid, España: Editora Nacional.

Diccionario de la Real Academia Española (2010). Santillana ediciones generales, S. L. con la colaboración de la fundación Rafael del Pino.

Descartes, R. (1998). *Discurso del método/ Meditaciones metafísicas*. Traducción y edición de Manuel García Morente. España: editorial Austral.

Freud, S. *Obras completas* (2001). Trad. de José Luis Etcheverry; ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey, con la colaboración de Anna Freud. 1ª ed., 16ª reimp. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.

_____ (1985). *Proyecto de Psicología para Neurólogos*. Vol. 1.

_____ (1989). *Sobre los recuerdos encubridores*. Vol. III.

_____ (1900). *La Interpretación de los Sueños*. Vol. V.

_____ (1901). *Piscopatología de la vida cotidiana*. Vol. VI.

_____ (1905a). *Tres ensayos de teoría sexual*. Vol. VII.

_____ (1905b). *Metamorfosis de la pubertad*. Vol. VII.

_____ (1907). *El esclarecimiento sexual del niño*. (Carta abierta al doctor M. Fürst). Vol. IX.

_____ (1908c). *Sobre Teorías Sexuales Infantiles*. Vol. IX.

_____ (1908d). *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna*. Vol. IX.

- _____ (1909e) *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (caso del pequeño Hans)*. Vol. X.
- _____ (1909f). *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*. Vol. XI.
- _____ (1910). *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*. Vol. XI.
- _____ (1912). *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa, contribuciones a la psicología del amor II*. Vol. XI.
- _____ (1914g). *Introducción del narcicismo*. Vol. XIV.
- _____ (1914h). *Pulsiones y sus destinos*. Vol. XIV.
- _____ (1914i). *De la historia de una neurosis infantil*. Vol. XVII.
- _____ (1915). *La represión*. Vol. XIV.
- _____ (1917). *Un recuerdo infantil en Poesía y verdad*. Vol. XVII.
- _____ (1919). *Lo ominoso*. Vol. XVII.
- _____ (1922). *La cabeza de Medusa*. Vol. XVIII.
- _____ (1924) *El sepultamiento del complejo de Edipo*. Vol. XIX.
- _____ (1920). *Más Allá del Principio del Placer*. Vol. XVIII.
- _____ (1925) *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. Vol. XIX.
- _____ (1927) *El Porvenir de una ilusión*. Vol. XXI.

_____ (1931). *Sobre la sexualidad femenina*. Vol. XXI.

Gallo, H. (1989). *Disparatorio*. *Revista colombiana de psicoanálisis*. *Saber y sexualidad*.

Fundación Freudiana de Medellín. Abril 3 de 1989. N° 1. (p.27-35).

Giraldi, G. M. (2003). *El fracaso escolar*. En Daumas, A. & Stiglitz, G. (comp.) *Psicoanálisis con niños y adolescentes, políticas, prácticas y saberes sobre el niño*. Departamento pequeño Hans. Tomo II. Buenos Aires: Gramma ediciones.

Giraldi, G. M. (2004). *El niño en la encrucijada, acerca del juego y la sexualidad infantil*.

Rosario - Santa Fe - Argentina: Homo Sapiens Ediciones.

Giraldi, G. M. (2008). *La educación sexual escolar y los síntomas actuales. Conexiones entre la educación y el psicoanálisis*. Rosario Argentina: Homo Sapiens Editores.

Heidegger, M. (1927). *El ser y el tiempo*. Traducción, prólogo y notas de Jorge Eduardo

Rivera. Edición digital de: <http://www.philosophia.cl>.

Lacan, J. (2003). *Escritos 1*. (2ª ed. Segovia, T. Trad.). Buenos Aires: Siglo XXI editores.

_____ (1949). *El estadio en el espejo*.

_____ (1957). *La instancia de la letra en el inconsciente*

Lacan, J. (2003). *Escritos 2*. (2ª ed. Segovia, T. Trad.). Buenos Aires: Siglo XXI editores.

_____ (1957). *La instancia de la letra en el inconsciente*.

_____ (1958). *La Juventud de Gide o la Letra y el Deseo*.

_____ (1960). *Subversión del Sujeto y Dialéctica del Deseo en el Inconsciente Freudiano*.

_____ (1966). *La ciencia y la verdad*.

Lacan, J. (2012). *Otros escritos. Los complejos familiares en la formación del individuo.*

Buenos Aires: Editorial Paidós.

_____ (2012). *Nota sobre el niño.* Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, J. *Seminarios* establecidos por Allain-Miller, J. Buenos Aires: Editorial Paidós.

_____ (2010). *Seminario 4. La relación de objeto.* (9ª reimp. Traducción de Enric Berenguer).

Buenos Aires: Editorial Paidós.

_____ (2007). *Seminario 7. La Ética del Psicoanálisis.* (1ª ed. 10ª reimp. Ravinovich, D.

Trad.). Buenos Aires: Editorial Paidós.

_____ (2011). *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis.* (1ª ed.

18ª reimp. Delmont-Mauri, J. & Sucre, J. Trad.). Buenos Aires: Editorial Paidós.

_____ (2008). *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis.* (1ª ed. 7ª reimp. Berenguer, E. &

Basols, M. Trad.). Buenos Aires: Editorial Paidós.

_____ (1981). *Seminario 20. Aún.* (1ª ed. Ravinovich, D., Mauri, J. & Sucre, J. Trad.).

Barcelona: Gráficas Instar, S.A.

Maldacena, J. (1997). *Los agujeros negros y la estructura del espacio-tiempo.* Maldacena

Institute for Advanced Study, Princeton, New Jersey 08540, EEUU. (p. 4).

Maldacena, J. (2005). *Agujeros negros, cuerdas y gravedad cuántica. Vol. 18.* Institute for

Advanced Study -School of Natural Sciences Einstein Drive - Princeton, NJ, 08540,

USA. (p. 108).

Mejía, S. (2011). *La relación maestro -alumno desde el psicoanálisis, un estado del arte en*

Colombia. Educación y Pedagogía. Revista Separata. (p. 89-118).

- Miller, J. (1999). *Lógicas de la vida amorosa*. Jornadas del Campo Freudiano. (2ª ed.) Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Nicholl, C. (2005). *Leonardo da Vinci, el vuelo de la mente*. 7ª ed. Trad. de Carmen Criado y Borja García Becerro. Madrid: Santillana Ediciones Generales.
- Ramírez, M. (2007). *Psicoanálisis con niños y dificultades en el aprendizaje*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Santiago, A. L. (2009). *La inhibición intelectual en Psicoanálisis*. (A. S. Núñez, Trad.) Caracas, Venezuela: Editorial Melvin C.A., Grupo Pomaire de Venezuela.
- Sissy, F. (2012). *La posición subjetiva del niño en la familia. Sus posibles desencuentros con el deseo de aprender*. Tesis de Maestría. Guayaquil, Ecuador: Universidad Católica Santiago de Guayaquil.
- Solano E. (1996). *Un saber que no se conoce y no se sabe, pero que puede saberse*. En II Jornadas del Instituto del Campo Freudiano. *El niño y el lazo social*. (Jul de 1997). Centro pequeño Hans asociado al Instituto del Campo Freudiano. Buenos Aires: Atuel.
- Parménides. Heráclito (1977). *Fragmentos. Historia del pensamiento*. (Miguez J.A Trad. del griego, prólogo y notas). Barcelona: Ediciones Orbis, S.A.
- Platón (2008/388 a.c.). *Diálogos II. Georgias, Menéxeno, Euditemo, Menón, Crátilo*. (Calonge, R., Acosta, M., Oliveri, F. & Calvo. Trad.). Madrid: Editorial Gredos, S.A.
- ____ (387 a.c.). *Diálogos III. Fedón, Banquete y Fedro*. (García, C., Martínez, H. & Lledo, I. Trad.) E. Madrid: Editorial Gredos, S.A.

_____ (404 a.c.). *Diálogos IV. La República*. (Eggers, C. Trad.). Madrid: Editorial Gredos, S.A.

Plotino (1985). *Enéadas III-IV*. Tomo III. (Ígal, J. Trad.). Madrid, España: Editorial Gredos.

Valéry, P. (1996). *Escritos sobre Leonardo da Vinci*. (Castejón, E. & Conte, R. Trad.) España: Editorial Visor Dis., S.A.

Zöllner, F. y Nthan, J. (2011). *Leonardo da Vinci. Obra pictórica completa y Obra gráfica*. Tomo I y II. Leipzig: Editorial Taschen.

Zuleta, E. (2010). *Lógica y crítica. Lecciones de Filosofía*. (5ª ed.). Medellín: Hombre Nuevo Editores.